



GERALD DURRELL
*Cómo cazar a un
naturalista aficionado*

Título original: *How to shoot an amateur naturalist* (1984)
Traducción de A. Padilla y A. Borrás

A modo de Prólogo	- 4 -
Vocabulario	- 7 -
Plano Primero	- 8 -
Plano Segundo	- 20 -
Plano Tercero	- 31 -
Plano Cuarto	- 39 -
Plano Quinto	- 46 -
Plano Sexto	- 55 -
Plano Séptimo	- 64 -
Plano Octavo	- 74 -
Plano Noveno	- 83 -
Plano Décimo	- 94 -

Este libro está dedicado a Paula, Jonathan y Alastair, con amor y respeto

A MODO DE PRÓLOGO

Quizá sean necesarias unas palabras para justificar el título —un tanto excéntrico a primera vista— de esta obra.

En caso de que usted se decida a buscar el significado del verbo «cazar» en el diccionario, hallará, entre otras muchas definiciones, la de «proceder al rodaje de una película»¹. Queda explicado el título si añadimos que este libro constituye una crónica del año que mi esposa Lee y yo invertimos en el rodaje de los trece capítulos, de media hora de duración cada uno de ellos, que integran la serie televisiva *El naturalista aficionado*.

Hace algún tiempo recibí el encargo de escribir un libro con el título sugerido de *La perfecta guía para el naturalista aficionado*. Por principio, me opuse al empleo del adjetivo «perfecto»; argüí que «guía» y «perfecta» eran dos palabras incompatibles, especialmente en relación con el mundo de la naturaleza, en el que los descubrimientos se producen a un ritmo tal que apenas si tenemos tiempo de asimilarlos. En consecuencia se optó por un título menos arriesgado y más simple: *El naturalista aficionado*.

En principio el libro estaba concebido como una pequeña guía, reducida al ámbito de las islas británicas. Pronto alguien sugirió ampliarla un poco para abarcar toda Europa; otra opinión defendió con vehemencia la necesidad de una guía así en América, y no tardaron en aparecer elocuentes partidarios de hacerla extensiva a Australia y Nueva Zelanda, Sudáfrica y, en general, los puntos más dispares del planeta. El asunto se me escapaba de las manos.

Era consciente de que yo no podía simultanear las tareas de escribir un libro de esas características y reunir el material necesario para su estructuración; por ello sugerí a Lee que pusiera manos a la obra y desempolvase su título de doctora en Filosofía: ella supervisaría el trabajo de investigación. Tarea nada fácil, pues la obra amenazaba ya con exceder las proporciones de la *Encyclopaedia Britannica*. Lee aceptó el encargo con resignación y, una vez acordado efectuar una división en ecosistemas en lugar de la acostumbrada y artificial clasificación por países, se entregó a la monumental tarea de peinar centenares de libros una y otra vez (no tienen ustedes idea del modo en que los científicos se contradicen unos a otros), amén de ponerse en contacto con todas las lumbresas en la materia.

A medida que toda una montaña de datos aterrizaba sobre mi mesa de trabajo, emprendí la tarea de transformarla en lo que Lee denomina sarcásticamente mi «verbo florido».

¹ El verbo inglés *to Shoot* comparte, efectivamente, las acepciones de «filmar» y «cazar». (*N. del t.*)

Nos llevó algo más de dos años terminar el libro, y el hecho de que no acabáramos divorciándonos dice mucho en favor de la paciencia de Lee. La obra constituyó un inmediato éxito editorial y —plenamente satisfechos por la marcha de las cosas— pensamos que por fin había llegado el momento de permitirnos unas buenas vacaciones. Sin embargo, antes de que nos diéramos cuenta, ya nos habíamos comprometido a realizar una serie de televisión basada en el libro. Han pasado casi dieciocho meses desde entonces y la serie está, por fin, terminada.

La producción de la serie fue encomendada a Paula Quigley («Quiggers» para los amigos), quien ya había trabajado con nosotros en el rodaje de la serie *El arca viviente* en Madagascar y las islas Mauricio. Paula es una mujer pequeña y delgada, con una pelambrea tan oscura como rizosa, una naricilla chata como la de un pequinés, esos curiosos ojos que tanto pueden ser verdes como azules (depende de las ropas con que Paula se vista), amén de unas pestañas desmesuradamente largas, sólo comparables a las de una jirafa. Paula posee una agradable, muy femenina, voz de soprano; pero, cuando lo desea, es capaz de emitir unos rugidos que le darían el primer premio en cualquier concurso de pregoneros. Durante el rodaje ello se reveló extraordinariamente útil, pues al efectuar el presupuesto habíamos olvidado incluir megáfonos y *walkie-talkies*. Con Paula a mano no había necesidad de tales artilugios.

La realización de la serie correría a cargo de Jonathan Harris y Alastair Brown. Alastair dirigiría siete capítulos y Jonathan seis. Las pronunciadas entradas de Alastair creaban una frente imponente, lo que aportaba cierto aire profesoral a su rostro. Tras los cristales de sus gafas, los ojos azul claro mostraban un brillo casi místico, digno del Caballero Blanco, mientras que sus labios esbozaban una sonrisa casi perpetua. Por contra, tenía el extraño hábito de ladear la cabeza y describir lentos círculos con ella, fiel imitación de la figura del ahorcado en las cartas del tarot. Tenía también la costumbre de expresarse mediante frases inconexas e inconclusas, lo que hacía algo difícil la comunicación. Por fortuna, Paula hacía las veces de traductor cuando Alastair se ponía lo suficientemente nervioso como para hablar en lo que tenía todas las trazas de ser patagón. Su figura contrastaba con la de Jonathan, moreno y con aspecto de estar siempre furioso por algún oscuro motivo. Jonathan era un hombre atractivo, un poco al estilo de Heathcliffé, de voz ronca y con una meticulosa forma de expresarse, que inicialmente le hacía pasar por pedante, hasta que su malicioso sentido del humor se hacía evidente.

El hecho de emplear dos realizadores tiene sus pros y sus contras. Es evidente que un sano espíritu competitivo redundaba en beneficio de la serie; el problema es que los realizadores, cuando se les dejan las manos libres, tienden a la desmesura y, en este caso concreto, ambos rivalizaban en hacernos ejecutar las hazañas más peligrosas y escalofriantes. De no ser por los desvelos de Paula, hace ya tiempo que Lee y yo habríamos pasado a mejor vida, pues cuando un realizador se empeña en rodar una determinada escena, nada le hará cambiar de opinión y uno no tarda en descubrir que su propia vida es prescindible a los ojos del realizador. En palabras de Alfred Hitchcock: «Yo no digo que los actores sean como ganado; digo que deben ser tratados como si lo fueran.» Ahora me toca a mí desquitarme sobre el papel.

No habíamos contado tampoco con el hecho de que Paula, Alastair y Jonathan no eran naturalistas. Pronto descubrimos que sus conocimientos sobre la naturaleza podrían caber en una caja de cerillas y dejar espacio aún para

bastantes cerillas. Tras pensárselo mucho, quizá lograban distinguir una jirafa de un ratón, un cangrejo de un tiburón, una rana de una boa constrictor o una mariposa de un águila. Pero incluso esto ya constituía para ellos un esfuerzo desmesurado. Con todo, a medida que transcurría el rodaje de la serie, acabaron transformándose en unos auténticos —si bien rudimentarios— naturalistas. Ello no dejó de reconfortarnos, pues ése era precisamente el propósito de la serie: que, en cualquier parte, cualquier persona con más de nueve años y menos de noventa tuviera la oportunidad de convertirse en un naturalista aficionado.

A pesar de las numerosas dificultades con que nos tuvimos que enfrentar, estamos satisfechos de la tarea realizada. Otra cuestión es saber si nos habríamos embarcado en el rodaje de haber sido conscientes de lo que nos aguardaba. Ello es, cuando menos, dudoso. Con todo, pocas cosas son tan placenteras como viajar por el mundo con todos los gastos pagados; por otra parte, aunque mucho de lo que vimos no era nuevo para mí, sí lo era para Lee, y nada era más fascinante que la visión de su propia fascinación.

El rodaje de los trece capítulos nos llevó doce meses, en los que recorrimos casi 80000 kilómetros, desde las Montañas Rocosas canadienses a Panamá, de Sudáfrica al extremo norte de las islas Británicas. Quisiera añadir, por último, en relación con las personas que imaginan nuestro modo de vida como algo exótico y placentero, que si bien resulta fascinante viajar de este modo, la realización de trece capítulos para una serie de televisión constituye una tarea trabajosa y extremadamente agotadora. El hecho de que todos los miembros del equipo sigamos siendo buenos amigos tras la conclusión, no deja de ser verdaderamente milagroso.

VOCABULARIO

Diseminados por entre las páginas de este libro se hallan algunos términos cinematográficos. A riesgo de aburrir al lector, defino aquí algunos de ellos — los más comunes— en un intento de no hacer innecesariamente laboriosa la lectura de este libro.

1. *El talento*. Lee y yo, o cualquier persona lo bastante lunática como para presentar una serie de televisión.
2. *Primer plano*. Rostro que ocupa totalmente la pantalla, exhibiendo impudicamente los estragos causados por una vida dedicada a la disipación. Modo de que el espectador pueda admirar la belleza de Lee.
3. *Plano medio*. Imagen que muestra tu cuerpo a partir (aproximadamente) de las rodillas hasta la cabeza, mostrando didácticamente el efecto producido por el consumo continuado de manjares selectos y aromáticos vinos a lo largo de toda una vida. Lee en la pantalla, tan esbelta y delgada como un pececillo presumido.
4. *Plano general*. Plano en el que, para alivio del espectador, casi ni se nos ve, semiocultos como estamos entre árboles, montañas y demás trozos de naturaleza.
5. *Plano—secuencia*. La cámara te persigue, implacable, a medida que caminas (o tropiezas), tratando de recordar lo que tienes que decir y de no hacerte un lío con el cable del micrófono.
6. *Zoom*. Te encuentras a casi un kilómetro de la cámara y, cuando menos te lo imaginas, la cámara se halla a dos palmos de tu rostro, revelando al espectador que has olvidado peinarte la barba. Por si ello fuera poco, en virtud de las lentes empleadas muestras un aspecto aún más enfermizo del que imaginabas tener. Para tu envidia, Lee aparece con mejor aspecto que Jackie Onassis tras una siesta y un baño de espuma.
7. *Vista a la cámara*. Con los ojos clavados en la cámara, le hablas cariñosamente, como si se tratara de tu mejor amigo, haciendo esfuerzos desesperados por no olvidar lo que tienes que decir.
8. *Gazapo*. Hablas a la cámara y dices: «Fíjense búho en este bien...», en vez de: «Fíjense bien en este búho...» Por desgracia, los gazapos suelen venir en cadena, por lo que pronto te encuentras farfullando párrafos enteros desprovistos de todo sentido y sientes la imperiosa necesidad de reposar a la sombra de un árbol bajo la mirada compasiva de tu esposa y los ojos inyectados en odio del realizador.
9. *Presupuesto*. Suma de dinero cuidadosamente calculada para ser siempre demasiado corta.
10. *Aforar*. Una vez que —tan sólo tras quince intentos— consigues finalizar una escena particularmente complicada, el *cameraman* advierte que gran parte del paisaje circundante se ha introducido («aforado») misteriosamente en el campo visual de la cámara, arruinando por completo la escena. En consecuencia, se hace necesaria una repetición en la que inexorablemente introducirás gazapos y olvidarás lo que tienes que decir. En más de una ocasión, algún *cameraman* con tendencia a «desaforar» ha hallado la muerte en circunstancias poco claras.

PLANO PRIMERO

Una ola de calor se abatía sobre la ciudad provenzal de Nimes. La gente mostraba un aspecto lánguido, como si el aire que les abrasaba los pulmones fuera incapaz de retener la vida. La ciudad, con sus amplios bulevares y su maraña de callejuelas de indefinible olor, mezcla de pan recién horneado, sumideros, frutas y gatos, parecía cocerse tranquilamente bajo la cegadora luminosidad.

En el centro de la urbe, el teatro romano reposaba impávido, como la corona de algún rey milenario, recubierta por el coral, que hubiera sido rescatada del mar. Relucientes bajo los fieros rayos del sol, infinidad de palomas se guarecían por entre sus recovecos. Los perros se arrastraban, jadeantes, de árbol en árbol, dejando un reguero de blanca saliva a su paso. Las cigarras cantaban incansables, escondidas en el tronco de los plátanos que se alineaban en el bulevar. En los cafés, el hielo de los vasos se fundía mientras aguardábamos. ¿Cómo podía hacer tanto calor? Tanto calor como para asar un buey en las arenas del teatro. Tanto calor como para escalfar un huevo en los estanques del parque de La Fontaine. Tanto calor como para hacer tostadas en las baldosas de las casas... o por lo menos así nos lo parecía. Con treinta y ocho grados a la sombra, sentías como si tu cuerpo fuera de goma vieja, pestilente y odioso. Sidney Smith solía contar que, en cierta ocasión, hacía tanto calor que tuvo que desprenderse de la piel y la carne, pues sólo en los puros huesos se podía resistir al sol. Ahora, en pleno centro de Nimes, nos sentíamos solidarios con Sidney.

En las afueras de la ciudad, donde se extienden los comienzos de la reseca *garrigue*, continuaban las obras de renovación de nuestra casa. Resultaba difícil entenderse con los pintores, los carpinteros, los fontaneros..., todos tan anonadados por el calor como nosotros mismos. Precisamente entonces recibimos la noticia: todo había sido puesto a punto, el rodaje de *El naturalista aficionado* debía comenzar inmediatamente. El primer capítulo estaría dedicado a la fauna de los acantilados y de las costas rocosas; en él intentaríamos mostrar el modo en que los animales se reparten en un área tan, aparentemente, limitada. Según dicen, los contrastes son buenos para las personas. Si ello es cierto no podemos quejarnos, pues tras despedirnos de la radiante ciudad de Nimes y del gangoso hablar provenzal nos encaminamos al extremo norte de Gran Bretaña, a la isla de Unst, perteneciente al archipiélago de las Shetland, de templado clima y guturales acentos.

Una vez resuelta toda la intrincadísima maraña burocrática —inevitable si caes en las garras de una agencia de viajes—, no tardamos en sobrevolar paisajes de un verde balsámico y en hallarnos, a una temperatura bastante más fresca, en el aeropuerto de Aberdeen, donde nos reunimos con el resto del equipo. Chris, el *cameraman*, era un hombre chaparro y barbudo, con aire de conocer perfectamente su oficio y aspecto de gnomo travieso. Brian, nuestro técnico de sonido, con su pulcra figura y sus cabellos rizados parecía más el director de una sucursal bancaria que alguien dispuesto a arrastrarse por entre los arbustos en busca de los mágicos sonidos del reino animal. No dejó de sorprenderme la conducta del ayudante de Chris un muchacho bien parecido llamado David, quien parecía poseído por un trastorno nervioso semejante al baile de San Vito. Mis sentimientos compasivos para con el muchacho desaparecieron tras una

observación más detenida, al advertir que no hacía sino bailar al son de los ritmos tribales producidos por sus diminutos auriculares Sony.

Aberdeen es una ciudad hermosa y limpia, con casas de aspecto solemne y tejados de pizarra; en sus calles se alinean los macizos de rosas, unas rosas de aspecto delicado, con grandes pétalos multicolores, que constituyen un regalo para la vista y el olfato. Si queríamos arribar a las Shetland en la fecha prevista, debíamos tomar un avión de Aberdeen a Lerwick, en el extremo sur del pequeño archipiélago para, una vez allí, viajar en autobús hasta Unst, empleando dos transbordadores. A fuer de sincero, nada me complacía tanto como la posibilidad de admirar el magnífico paisaje de la zona.

No dejaba de impresionarme la coloración de la naturaleza. La delicadeza de aquellos colores llevaba a pensar que los verdes y los marrones habían sido rebajados con pinceladas de yeso y que las nubes habían sido retocadas una y otra vez hasta teñirlas del mismo matiz, entre gris y café pálido, que mostraba la lana que las ovejas dejaban prendida en los matorrales. Las suaves, apenas pronunciadas, colinas exhibían una coloración tenue, esmeralda cremosa o, donde crecían los brezos, malva achocolatado. Junto a la carretera, los setos eran dorados allí donde crecían los ranúnculos y dientes de león, los lirios amarillos refulgían como estandartes sobre un ejército de verdes, afiladas hojas. Me parecía hallarme en Nueva Zelanda, con sus paisajes ondulados y vacíos, sus carreteras desiertas y la misma indefinible sensación de lejanía. En ocasiones, allí donde la turba había sido extraída a la tierra, los brezos aparecían macheteados a conciencia. Las grandes balas de turba rica y oscura como un *plum-cake* se secaban a la vera de huertas diminutas. Por fin llegamos a nuestro motel, situado junto al mar; una vez instalados en nuestra habitación recibimos la visita de Jonathan, sabiamente acompañado de una botella de pálido Glenmorangie, el néctar de los dioses.

—Mañana iremos a las Rocas Blancas —comentó Jonathan tras saborear el whisky—; se trata de una gran colonia de alcatraces en la punta de Hermaness. Tenemos que bajar por el acantilado y...

—¿A qué acantilado te refieres? —le interrumpí—. Nadie me habló de ningún acantilado.

—Pues ahora te hablo yo —respondió Jonathan en tono altanero—. Numerosísimas especies escogen ese acantilado para la puesta; pájaros bobos, gaviotas, frailecillos... Se trata de una de las mayores colonias de aves marinas del hemisferio norte.

—¿Qué hemos de hacer en ese acantilado? —pregunté en tono inflexible.

—Debemos descender por él. Es el único modo de filmar a esas aves.

—¿Qué altura tiene?

—No mucha. Es un acantilado bastante pequeño —respondió Jonathan evasivamente.

—¿Qué altura tiene?

—No mucho más de cien metros —respondió él—. Pero existe un sendero perfectamente transitable que utilizan los guardas—añadió, al observar mi expresión.

—Creo haberte dicho que sufro de vértigo. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Sé que sería mejor para todos que sufriera de otra cosa, pero no puedo evitarlo. De veras que no puedo. Sólo con que el zapatero me haya puesto medias suelas en los zapatos, ya me paso dos semanas mareado.

—Comprendo lo que sientes —mintió Jonathan—. Pero ya verás qué fácil te resulta una vez estés allí. Tan fácil como bajar por un tobogán.

—La verdad, no puedo felicitarte por tu acierto en la selección de metáforas —repliqué en tono agrio.

Para asombro de todo el equipo, la mañana siguiente amaneció con el cielo límpido de nubes, de un azul casi mediterráneo. Jonathan estaba eufórico.

—Magnífico día para una filmación —comentó, dirigiéndome una mirada rapaz a través de sus gruesas gafas—. ¿Qué tal te sientes?

—Si lo que deseas saber es si se ha producido un milagro y me he curado de mi vértigo durante esta noche, mi respuesta es no.

—Ya verás como todo marcha bien —respondió él, algo irónico—. De verdad. El sendero está en perfecto estado; todo el mundo baja por él y jamás se ha producido el menor accidente.

—Te aseguro que lamentaría crear un precedente.

Tras un breve paseo en autobús nos hallamos cruzando una ladera recubierta de hierba verde esmeralda y matas de brezo en dirección a los grandes acantilados de Hermaness. Por entre las matas de brezo acechaban las plantas carnívoras en espera de algún insecto desprevenido; diminutas orugas se arrastraban sobre el retorcido tallo de los brezos. El algodón crecía profusamente en las verdes praderas moteadas de ovejas que pacían. Desde lejos, uno creía hallarse ante enormes campos nevados; sólo al acercarse advertía el auténtico carácter de aquellos miles de rabitos de conejo al viento.

Sobre nuestras cabezas, los achocolatados skuas* no dejaban de observarnos mientras desplegaban sus enormes alas. La vigilancia a que nos sometían tenía su razón de ser: las crías anidaban entre los brezos. No tardamos en descubrir una de ellas, del tamaño de un pollito. Una criatura encantadora, recubierta de plumillas leonadas, con el pico negro y los ojos grandes y vivaces. Lee y yo corrimos tras ella al tiempo que sus progenitores se lanzaban en picado sobre nosotros. Aquello resultaba estremecedor. Las gigantescas alas, tensas como cuerdas de arco, batían el aire arrojándose en nuestra dirección. Por fortuna, aquellas aves parecían rehuir el ataque frontal; a escasos metros de nuestras cabezas interrumpían su trayectoria para, tras describir un amplio círculo, volver a lanzarse sobre nosotros. Lee había atrapado ya a la cría, motivo por el cual los dos enormes pájaros concentraron sus raids sobre ella. Yo sabía que los skuas pueden dejar K.O. a un hombre con un golpe de sus alas, así que arrebaté la cría a Lee de modo que sus padres concentraran su atención sobre mí, lo que no tardaron en hacer. Al principio opté por encogerme ante sus ataques, pero pronto descubrí que si les dejaba acercarse a cuatro o cinco metros, no tenía más que agitar mis brazos para ponerlos en fuga momentáneamente.

—Atención —ordenó Jonathan—, vamos a filmar un poco a estos skuas y a su hijito del alma.

En pocos instantes la cámara estuvo instalada y el micrófono me fue anudado al cuello. Toda esta actividad puso aún más nerviosos a los skuas, que redoblaron sus ataques contra mi persona y la cámara. Todo estaba preparado y me disponía ya a iniciar una fascinante charla acerca de aquellos tenaces bichos cuando el

* Skua: especie de gigantesca gaviota. (*N. del T.*)

bebé skua, tras asestarme un picotazo en la mano, procedió a defecar ruidosa y copiosamente sobre mis rodillas.

—La madre naturaleza —comentó Jonathan mientras me esforzaba en limpiar aquella gelatina nauseabunda de mis pantalones ayudándome de mi pañuelo—. Me temo que tendremos que prescindir de esta escena.

—Cuando acabes de desternillarte —conminé a Lee— harías bien en alejar de mí a este bicho repelente. Creo que ya he tenido bastante ración de skuas por hoy. Dicho y hecho, Lee tomó amorosamente a mi regordete amigo y lo dejó en libertad a una decena de metros de nosotros. El pequeño skua inició una desgarrada carrera en pos de la libertad; a mí me recordaba a una rolliza señora envuelta en un abrigo de pieles que corriera tras el autobús.

—¡Qué animal tan precioso! —musitó Lee en tono melancólico—. Es una pena que no podamos conservarlo.

—No, no es ninguna pena. ¡Lo que nos ahorramos en gastos de lavandería!

Los skuas son unas de las aves depredadoras más hermosas que existen. Como piratas bronceados por el sol, acostumbran a perseguir a otros pájaros, a los que acosan hasta obligarles a soltar el pez que han capturado entre sus garras. Cuando ello ocurre, el skua se lanza en picado y atrapa al pez en su caída. El celo de estos audaces bucaneros les lleva en ocasiones a arrancar parte del ala a algún alcastraz reacio a soltar su presa. Los skuas comen de todo y no sólo no hacen ascos a expoliar a los alcastraces y las gaviotas (emparentados con ellos), sino que a veces llegan a devorar los huevos y las crías de estas especies.

Olvidado el incidente, reemprendimos la marcha. Los rebaños de ovejas se asemejan a grandes grumos de nata en el inmenso pastel de la pradera. El sol brillaba en todo su esplendor, lo que no dejaba de ser paradójico. Todos los miembros del equipo habíamos venido bien provistos de prendas de abrigo en previsión del tempestuoso clima de las islas Shetland. Ahora no dejábamos de sudar y nos teníamos que quitar a toda prisa chaquetas y jerseys. No tardamos en hallarnos junto a los acantilados, frente a un Atlántico azul como un prado de gencianas. Los culiblanco, con sus vistosas rabadillas de un blanco luminoso, volaban a nuestro alrededor. Dos cuervos negrísimo volaban majestuosamente sobre el borde del acantilado intercambiando melancólicos graznidos. Recortándose contra el cielo, una alondra desgranaba, impávida, su maravillosa, cristalina, canción. Si una estrella fugaz pudiese cantar, estoy convencido de que su música debería mucho al canto de la alondra.

Desde el borde del acantilado se divisaba el espectáculo de las olas estrellando su furia contra los rompientes, ciento cincuenta metros más abajo; resultaba impresionante la visión de las barrocas formas que trazaba la espuma de las olas, como crisantemos blancos abandonados al viento. El estrépito de los rompientes rivalizaba con los gritos de los miles y miles de aves que planeaban junto a las paredes del acantilado. La mente se extraviaba ante aquel pandemónium: cientos y cientos de alcastraces, gaviotas, cormoranes, alcas y skuas; decenas de miles de frailecillos. ¿Podía el mar albergar peces bastantes para alimentar a semejante ejército cacofónico, del que no hacíamos sino entrever una porción insignificante?

Justo en el borde del acantilado, allí donde la tierra era lo bastante maleable, residía el territorio de los frailecillos. Agazapados por centenares en rudimentarias madrigueras que construían con sus picos y sus patas, eran tan confiados que uno podía casi pisarlos antes de que se decidiesen a emprender la fuga; cuando lo hacían, se arrojaban planeando sobre el abismo con las patas

moviéndose alocadamente, como minúsculas y rojizas palas de ping—pong. Había que ver aquello, la verde cornisa del acantilado tomada por cientos de pájaros de cómico andar, todos muy envarados en su frac blanquinegro, con sus enormes picos a franjas rojizas, semejantes a narices de carnaval. Uno se sentía ante una convención de payasos. Algunos de ellos mostraban un aspecto todavía más ridículo; tras una expedición en busca de alimento —los frailecillos, en ocasiones, se aventuran hasta a trescientos kilómetros para ello—, regresaban con un puñado de anguilas sujetas por el pico que hacían el efecto de un grasiento y negruzco bigote. Lo más extraordinario es que las anguilas estaban dispuestas, de la cabeza a la cola, como sardinas en lata. Cómo son capaces los pájaros de distribuir tan meticulosamente a sus víctimas en el pico sigue siendo un misterio.

Caminando junto al borde del acantilado nos topamos con dos hombres entregados a una ocupación bastante extraña: la pesca del frailecillo. Ya sabía que en las regiones más aisladas del globo los habitantes suelen comportarse de modo algo excéntrico, pero jamás había visto algo semejante a esto. Tras acercarse, con infinitas precauciones, al mismo reborde del acantilado, uno de los hombres, armado de una larga vara en cuyo extremo había un nudo corredizo, escrutaba a aquellos pájaros de rostro solemne. Cuando hallaba el ejemplar deseado, maniobraba cuidadosamente con la vara hasta situar el nudo corredizo alrededor de una pata del animal. A continuación tiraba de la vara. El frailecillo, convertido en un frenético amasijo de plumas, era atraído hasta las expertas manos del segundo hombre. Me chocó aquel modo de tratar a las aves en lo que podía ser considerado como su santuario, hasta que, al acercarme, advertí que los hombres estaban atareados en anudar una anilla a la pata del frailecillo. Estas anillas, empleadas por los ornitólogos, constituyen algo así como el pasaporte del pájaro. En caso de muerte, lesión o captura, la anilla indica la procedencia y la fecha del anillaje del ave. Estos métodos burocráticos no son quizá demasiado simpáticos, pero constituyen una ayuda inapreciable para nuestro conocimiento de la misteriosa vida que llevan las aves marinas.

Los dos guardas nos aseguraron que había alrededor de cien mil frailecillos en los acantilados de Hermaness. Nos hallábamos en plena temporada de reproducción, única oportunidad de capturarlos para el anillaje. Uno de los guardas me entregó a su cautivo para exhibirlo ante la cámara y no tardé en descubrir que, a pesar de su cómico aspecto, los frailecillos saben cuidar perfectamente de sí mismos; en un instante el grueso pico se había cerrado con furia sobre mi pulgar al tiempo que mis manos eran masacradas sin piedad por las garras del pájaro, tan afiladas como las de un gato. Tras una fugaz disertación ante la cámara, me sentí feliz de despedirme de mi beligerante *partenaire* y permitir a Lee una inspección de mis manos laceradas.

—Bien, ahora que ya he sido casi despellejado por un frailecillo, ¿qué nuevo tormento has ideado para mí? —pregunté a Jonathan.

—Ahora tendremos que bajar por el acantilado.

—Por ésta —me indicó, señalándome una pared que parecía caer a pico. Ciento cincuenta metros más abajo, el mar se estrellaba contra los rompientes.

—Jonathan, tú me aseguraste que había un sendero.

—Y lo hay. Acércate bien al borde y lo verás.

De mala gana, con el estómago rebelándose, me acerqué al borde. Por entre algunas briznas de hierba serpenteaba una finísima línea que diríase trazada por algún rebaño de cabras enloquecidas en el transcurso de Dios sabe qué orgía.

—¿Eso es lo que tú consideras un sendero? Si fuese una gamuza, todavía podría creérmelo, pero te aseguro que ningún ser humano intentaría aventurarse por ahí. Mientras pronunciaba estas palabras, Chris, David y Brian pasaron por mi lado, cargados con todo el pesado material de filmación, y se adentraron por aquel sendero casi invisible.

—No eres muy buen profeta —comentó Jonathan— Será mejor que te lo tomes con calma. Nos vemos abajo —sentenció, desapareciendo a su vez por el sendero.

Lee y yo intercambiamos una mirada que lo decía todo. Yo sabía que ella también sufría de vértigo, aunque no de un modo tan extremo como yo.

—¿Viste si nuestro contrato mencionaba algo acerca de acantilados? —consulté a Lee.

—Sin duda lo haría en la letra pequeña.

Tras encomendarnos a Dios iniciamos el descenso.

A lo largo de mi vida he sentido miedo en diversas ocasiones pero jamás he emprendido algo tan terrorífico como el descenso de aquel acantilado. El resto de los miembros del equipo se habían aventurado por aquel sendero casi invisible como si se tratase de una amplia y confortable autopista. Pero ello no me servía de consuelo mientras me arrastraba sobre mi estómago, aferrándome a los más endebles matorrales, fijando mis pies desesperadamente sobre aquel caminito de apenas quince centímetros de ancho, intentando apartar mis ojos del abismo; tenía las manos y las piernas contraídas por el temblor y todo mi cuerpo bañado en sudor. Era plenamente consciente de lo risible de mi estampa, pero nada podía hacer por evitarlo. El miedo a la altura resulta imposible de curar. Cuando, por fin, terminó aquel descenso infernal, los músculos de las piernas me temblaban de tal modo que tuve que permanecer diez minutos sentado hasta que fui capaz de caminar otra vez. A continuación pronuncié una retahíla de denuestos dedicados a la ascendencia de Jonathan, amén de idear en voz alta refinados martirios a los que se había hecho acreedor.

—Ya lo ves, no ha sido tan difícil —replicó lacónicamente a mis invectivas—. Ahora sólo te has de preocupar por volver arriba otra vez.

—Te equivocas, por completo. Lee y yo nos quedaremos aquí y te haremos responsable de que nos manden una tienda de campaña y nos suministren comida regularmente. Los ermitaños de Unst te pesarán para siempre en la conciencia.

La verdad es que ello hubiera sido maravilloso. Allí donde el famoso sendero terminaba se extendía un prado diminuto excelente para la observación del acantilado. A continuación, lindando con el mar, se amontonaban gran número de gigantes cantos rodados, algunos del tamaño de una habitación, contra los que se estrellaba el oleaje, en busca de una salida. La pared del acantilado aparecía enteramente cubierta de pájaros. El aire albergaba asimismo infinidad de aves, cuyo vuelo pausado daba la impresión de que una ventisca de nieve se abatía sobre nuestras cabezas. El chillorío que aturdí nuestros oídos era indescriptible. En casi todos los salientes se veían grandes grupos de pájaros bobos, muchos de los cuales protegían sus huevos. Huevos marrones, amarillos o parduscos, manchados o moteados; como si de huellas digitales se tratara, no existían dos iguales. Los extraños, casi gruñones, gritos de aquellas aves resonaban por todo el acantilado mientras jugueteaban entre sí. Habíamos llegado demasiado tarde para observar la época de celo de los pájaros bobos, fenómeno que ya había presenciado en otros lares. El ritual más curioso de la

época de celo se da cuando estas aves protagonizaban una especie de baile sobre el mar. En efecto, los pájaros bobos «danzan» en grupo sobre la superficie de las olas durante largo rato hasta que, y aquí viene lo más extraordinario, como obedeciendo a una invisible señal, el grupo se sumerge al unísono y prosigue con su baile, esta vez bajo las aguas. Resulta impresionante el modo en que grupos de quizá un centenar de aves ejecutan todo tipo de movimientos al unísono, en perfecta coordinación. Resulta un misterio qué tipo de señal emplean para llevar a cabo estas danzas con tan precisa sincronización.

En otros salientes del acantilado veíanse los nidos de las gaviotas, elaborados con lodo y raíces. Otras especies emparentadas con la gaviota han abandonado el mar, estableciéndose junto a los vertederos de las ciudades; afortunadamente la pulcra gaviota se muestra conservadora en este aspecto. Siempre me ha maravillado el contraste que se establece entre el delicado, frágil aspecto de estas aves y el áspero graznido que emiten. No tardé en advertir que las gaviotas de Hermaness destacaban por su laboriosidad; sentadas en sus nidos, empleaban la mayor parte del tiempo en rediseñar una y otra vez el fango, los guijarros y las raíces sobre las que se efectúa la puesta.

Algunas rocas por debajo de las gaviotas anidaban las hermosas alcas, de pulcro plumaje blanquinegro y afilados picos blancos. Su aspecto recordaba el de prósperos hombres de negocios. Debo decir también que durante el apareamiento adoptaban una posición bastante grotesca, la gaviota yacente castañeteando con el pico mientras su *partenaire* le daba mordisquitos en el cuello. En honor a la verdad, jamás me he tropezado con prósperos hombres de negocios que, por muy sociables que fuesen, se comportasen de este modo en público.

No podían faltar los petreles, de lomo y cola casi negros y pecho y cabeza negros. Los petreles tienen un aspecto curiosamente similar al de las palomas y, a pesar de ser animales de por sí plácidos, saben muy bien cómo proteger a sus crías. En caso de que uno se aventure demasiado cerca de su nido, el petrel simplemente abrirá su pico y rociará al intruso con un desagradable líquido fétido y pegajoso. La puntería de estas aves, por otra parte, es extraordinaria. Cuando Jonathan fue instruido acerca de este particular método defensivo, se mostró ferviente partidario de filmarme en el acto de ser rociado por papá petrel. Me negué en redondo a ello, pues no tenía la menor intención de pasarme el resto del día oliendo a cloaca. Eso era algo que, desde luego, no entraba en mi contrato, y ya tenía bastante con mis pantalones decorados con excrementos de skua.

A primera vista, los acantilados mostraban una confusa mezcla de aves, dispuestas sin orden ni concierto; pero tras una inspección más detenida, se hacía evidente la rígida separación que las distintas especies establecían entre sí. El entresuelo estaba ocupado por los cormoranes moñudos. Luego venían las alcas, los pájaros bobos y los *auks*. Los últimos pisos estaban ocupados por los petreles y las gaviotas, mientras que los cómicos frailecillos se alineaban sobre el borde del acantilado. Los cormoranes moñudos, aves de reluciente plumaje verde oscuro y ojos verdes como esmeraldas, habitaban el laberinto de enormes cantos rodados que emergía junto al mar. Las crías, regordetas y de pelaje achocolatado se encogían de temor ante nuestra presencia, al tiempo que sus progenitores nos obsequiaban con un recital de amenazadores graznidos. A la vista de las grandes aves de afilado pico abierto amenazadoramente, ojos

inyectados en sangre y erectas y tremolantes crestas, se necesitaba mucho valor para acercarse a los nidos.

En los grandes escollos, ya en mar abierto, anidaban los gigantescos cormoranes. El cormorán se diferencia de su congénere moñudo sólo por el plumaje, de un tono como de bronce reluciente, y por las manchas blancas bajo el pico y en las mejillas. Sentados hieráticamente, con las alas completamente abiertas, parecían remedar a las aves de aspecto terrorífico que uno se encuentra en los escudos heráldicos de los viejos castillos franceses. Al ver un cormorán sentado en esta extraña posición, como si pretendiera secarse las alas al sol, siempre pienso que ofrece un aspecto curiosamente prehistórico. Quizá el pterodáctilo se sentaba también así a descansar.

Justo enfrente de nosotros se alzaba un gigantesco escollo que se asemejaba a un monstruoso queso *cheddar* que emergiera del mar, a unos cien metros de la costa. Si de lejos recordaba a un enorme queso cubierto por la nieve, al acercarnos parecía más bien un arrugado y desaseado mantel sembrado de una infinita vajilla destartalada. Nos hallábamos ante el territorio de los alcatraces, la roca blanca sobre la que anidaban unos diez mil ejemplares de esta especie. El estrépito que de allí llegaba hería nuestros oídos como el peor de los puñetazos. «Ruidoso» no sería más que un pálido adjetivo para definir al país de los alcatraces; Nueva York a las cinco de la tarde, en comparación, sería un remanso de paz. Las más diversas ocupaciones estaban representadas en aquel peñasco blanquecino; desde la incubación al *flirt*, pasando por el pavoneo, el coito, el cuidado de las crías, el vuelo majestuoso y breve ... Resultaba impresionante la apostura de aquellas aves de cuerpo beige claro, alas negrísimas en su extremidad y cabeza anaranjada. A pesar de la relativa torpeza de movimientos que exhibían en tierra firme, la majestuosidad de su vuelo resultaba incomparable. Encuadrados por aquel cielo de un azul restallante, se deslizaban sin apenas molestarse en mover las alas, ayudándose de las corrientes de aire con una facilidad y una gracia pasmosas. En vuelo rasante se lanzaban sobre el escollo planeando hasta casi rozar la roca con sus alas, cuando, de pronto, plegando bruscamente las alas en un movimiento apenas perceptible por el ojo humano, se posaban sobre el blanco peñasco. En un instante pasaban de ser una gran cruz blanquinegra en el aire a uno más de los ruidosos habitantes de aquella colonia.

No menos impresionante resultaba su particular método de pesca. Planeando a unos treinta metros por encima de las olas, los pálidos ojos fijos en la superficie, no tardaban en efectuar un brusco giro sobre sí mismos y lanzarse a toda velocidad contra el mar con las alas encogidas, transformados en proyectiles vivientes. Con inmenso estrépito, arrojando una columna de espuma al aire, el alcatraz se hundía bajo la superficie para reaparecer un instante después con un pescado aprisionado entre su pico. Cuando, como ahora sucedía, existía un banco de pescado, uno se sentía anonadado ante la espectacular visión de treinta o cuarenta alcatraces operando al unísono.

Estuvimos muy atareados durante todo el día filmando aquella enorme concentración de pájaros, deteniéndonos apenas lo imprescindible para un almuerzo que todos necesitábamos. La brillante luz del sol, intensificada por la acción del mar, acabó por producirnos quemaduras a casi todos. Lee en particular tenía la piel tan enrojecida que me recordaba a un frailecillo con peluca. (Extrañamente, cuando se lo comenté, no pareció encontrarlo muy divertido.) Al caer la noche habíamos filmado casi todas aquellas actividades a

las que se podían dedicar las aves marinas, desde cuidar de sus pequeñuelos hasta amarse apasionadamente, pasando por discutir con los vecinos. Ocupaciones todas ellas curiosamente similares a las de los seres humanos.

A medida que la luz se hacía más tenue y el cielo pasaba del azul a un desvaído tono lavanda, recogimos nuestros enseres y, no sin cierta tristeza, abandonamos el país de las aves. Correré un tupido velo sobre mi ascenso al acantilado. Baste decir que el descenso, en comparación, resultó un entretenido paseo. Que, nada más llegar a la cima, me arrastré haciendo acopio de mis últimas energías hasta alejarme lo más posible del abismo. Que durante largo rato permanecí tumbado de espaldas sobre el prado, los ojos abiertos a la inmensidad del cielo. Y que Jonathan, en un insospechado arranque de ternura, extrajo una botella de Glenmorangie de su macuto y me la acercó a los labios. A continuación nos pusimos en marcha hacia el autobús. Las matas de brezo mostraban ahora un tono marrón rojizo. Sobre las tremolantes matas de algodón, los skuas persistían en sus bombardeos en picado sobre nosotros.

Podíamos considerarnos realmente afortunados por haber obtenido en un solo día todas las imágenes de aves que necesitábamos. Ya sólo eran precisas algunas tomas del paisaje, cosa que hicimos al día siguiente. El rodaje en los acantilados de Hermaness había finalizado.

Nuestro próximo destino era la isla de Jersey, donde queríamos recoger escenas en las costas rocosas. A pesar de lo reducidísimo de sus dimensiones, Jersey posee una costa enormemente tortuosa, ideal para nuestros propósitos. Además, las aguas que bañan la isla están relativamente poco contaminadas y, lo más importante, la bajamar tenía allí más de cien metros de longitud y ponía al descubierto las más insospechadas especies naturales.

El mar constituye un universo fascinante. Es como si dispusiéramos de otro planeta adicionado a éste; tan diversa y abigarrada es la vida marina, tan rica y sorprendente. Para un naturalista, pocas cosas hay tan atractivas como el ecosistema de las franjas costeras. Esta fascinación se agudiza allí donde existen mareas, pues centenares de criaturas se ven obligadas a vivir bajo unas condiciones particularmente inclementes, bastantes metros por debajo de la superficie, en ocasiones, y a la intemperie, otras veces. El modo de adaptación a estas adversas condiciones es, obviamente, casi infinito. Tomemos, por ejemplo, el caso de la lapa, casi ignorado de tan evidente. La lapa constituye un ejemplo de perfecta adaptación al ambiente. Por un lado, su concha, cuya forma recuerda curiosamente a una tienda de campaña, está diseñada del modo más idóneo para resistir el fiero embate de las olas; por si ello no bastara, la lapa ha desarrollado además una especie de ventosa muscular con la que se aferra fuertemente a la roca. La lapa posee, además, una especie de branquia que forman una cortina protectora. Si en el período de marea baja estas branquias se secasen, la lapa, incapaz de respirar, moriría. Sin embargo, la concha se acopla tan perfectamente a la roca que es capaz de mantener una pequeña reserva de agua, suficiente para suministrar humedad a las branquias durante la bajamar. Este ingenioso mecanismo de supervivencia funciona del siguiente modo: la concha del animal se aferra fuertemente a la roca; como consecuencia, una microscópica depresión circular aparece en la roca cubierta por la concha, la ventosa muscular de la lapa intensifica aún más la presión, reteniendo el agua necesaria para resistir algunas horas.

Cuando la lapa necesita alimentarse, comienza por desplazarse lentamente sobre las rocas recubiertas de líquenes. La diminuta cabeza de la lapa posee un par de

tentáculos protuberantes sobre los que se apoya para desplazarse; ahí es cuando la rádula la lengua de esta criatura, entra en juego. Se trata de un largo apéndice sembrado de dientecillos microscópicos que raspan las algas y los líquenes que hallan a su paso. La lapa, en su búsqueda de alimento, se mueve en un amplio círculo a partir de la diminuta depresión que le sirve de morada, por lo que es de capital importancia que el animal pueda regresar a su hogar antes de la bajamar; de no hacerlo, moriría desecado. Así, la lapa ha desarrollado un extraordinario sentido de la orientación que, por cierto, constituye aún un misterio para los investigadores, pues tanto la vista como el tacto y el oído de este animal son más bien limitados. En cierto modo resulta reconfortante descubrir que incluso un animal tan corriente como la lapa ofrece todavía aspectos desconocidos, merecedores de estudio y, quizá, solución por parte del naturalista aficionado. La vida sexual de la lapa resulta desconcertante para todo aquel que no sea una lapa. Al igual que sucede con muchas otras especies marinas, se trata de un animal capaz de cambiar de sexo con relativa facilidad. Parece demostrado que las lapas jóvenes son en su mayoría masculinas, mientras que los ejemplares más viejos son mayoritariamente femeninos. El momento crítico en que se produce este cambio de sexo suele radicar en la adolescencia del animal.

La lapa, sin duda un animal de costumbres algo chocantes, se contenta con diseminar su futura progenie por el mar; las lapas permanecen en estado de plancton durante largo tiempo hasta que, un buen día, deciden sentar la cabeza de una vez y buscar una buena roca a la que aferrarse.

Las lapas conviven en este extraño universo —húmedo y seco alternativamente— con infinidad de otras criaturas: tritones de aspecto semejante a la cochinilla, pulgas de mar, diversos tipos de algas, esponjas y gusanos, etcétera. Sin embargo, es en los pequeños charcos que la bajamar deja entre las rocas donde hallamos las más variopintas y extraordinarias especies. Además de extraños modos de reproducción, encontramos aquí ingeniosos métodos de defensa, además de asombrosas formas de procurarse alimento. Un animal tan corriente como la estrella de mar, por ejemplo, ofrece particularidades inéditas. La estrella de mar no sólo se contenta con abrir las valvas de un molusco empleando la más pura fuerza física (lo que ya constituye una hazaña, como podrá apreciar todo lector que alguna vez haya intentado abrir una ostra), sino que, una vez abiertas las valvas, extrae su propio estómago, lo aplica sobre el molusco y, tranquilamente, procede a su digestión. Otro ejemplo asombroso lo constituye la oikopleura, criatura de exótico nombre, de aspecto similar al renacuajo, que tiene un modo bastante excéntrico de procurarse alimento. La oikopleura segrega una sustancia mucosa con la que construye una extraña trampa para el plancton en forma de dirigible. Sentado en el centro de la trampa, el animal efectúa unos movimientos con la cola que producen una corriente de agua entre los dos orificios situados en los extremos del dirigible, a donde son atraídas las minúsculas partículas que constituyen el plancton. Lo más extraordinario es el complicado sistema de filtros existente en estos dos orificios, filtros que tienen a un tiempo función selectiva y protectora. Por si todo ello no bastara esta madriguera mucosa posee además una salida de emergencia, por la que la oikopleura puede escapar cuando se siente amenazada por algún enemigo.

Si los métodos de procurarse alimento forman legión, no menos diversos son los modos de defensa y protección. La anémona de mar, por ejemplo, rociará de agua los ojos del individuo que tenga la curiosidad de manosearla; el cangrejo, si

es atrapado por una pata, tiene la facultad de amputarse esa extremidad mediante una contracción muscular y, acto seguido, generar una pata nueva. El pulpo, el calamar y la delicada liebre de mar envuelven a sus enemigos con una nube de tinta, cegándolos mientras ellos escapan. La estrella de mar puede permitirse el lujo de perder varias de sus puntas en combate, pues le basta con irlas reemplazando tranquilamente. La vieira emplea un sistema similar a la propulsión a chorro para huir de sus enemigos; simplemente, propulsa un chorro de agua lo bastante potente como para hundirse varios centímetros bajo el lecho marino.

La sexualidad submarina resulta igualmente inesperada. La ostra, por ejemplo, nace siendo de sexo masculino, más tarde pasa a ser femenina, momento en el que, por si la situación no fuera ya lo bastante confusa, produce esperma y pone huevos indistintamente. El doliado —ciertamente un nombre pintoresco— presenta una «biografía» no menos accidentada. Al salir del huevo, la larva presenta un aspecto similar al del renacuajo, pero no tarda en crecer y convertirse en un animal de forma similar a un barrilillo; el doliado posee inicialmente las larvas en el interior de su propio cuerpo; luego las traslada a un apéndice exterior en forma de rabo en el que las crías crecen hasta transformarse en pequeños barrilillos, del modo semejante a su progenitor, momento en el que obtienen la plena independencia.

No es de extrañar que Jonathan se sintiera algo confundido ante el abigarrado espectáculo que ofrecía el litoral de Jersey. Para empeorar las cosas, las condiciones climáticas, que tan propicias habían resultado en Unst, eran ahora adversas a nuestros propósitos. Un persistente viento frío batía la isla, el mar mostraba temperaturas gélidas y no había ni rastro del sol. Cada mañana nos veíamos obligados a acercarnos a la playa y permanecer tiritando junto al mar, a la espera de que el sol brillase. Cada vez que se abría algún resquicio entre la compacta masa de nubes, Lee y yo teníamos que quitarnos zapatos y calcetines, arrollarnos los bajos del pantalón, empuñar redes y cubos y adentrarnos en las gélidas aguas.

—Haced ver que lo estáis pasando muy bien. ¡Sonreíd, sonríd! —nos exhortaba Jonathan desde su seguro refugio en la playa.

—No puedo sonreír con los dientes castañeteándome. Si me consigues unos paños calientes quizá pueda intentarlo.

Los ojos nos lloraban de frío, no cesábamos de moquear, y a causa de la baja temperatura habíamos perdido toda sensibilidad de rodillas para abajo.

—Magnífico, magnífico —se entusiasmaba Jonathan—. Hacedlo de nuevo, adentrándoos un poco más en el agua. Y sonríd; no olvidéis que lo estáis pasando muy bien.

—No lo estoy pasando bien en absoluto. ¿Te has creído que soy un oso polar?

—Como si lo fueras. El público debe creer que te divierte mucho hacer estas cosas.

—Al cuerno con el público.

—No digas eso jamás —protestó Jonathan, vivamente herido en lo más hondo.

—Diré eso y cosas mucho peores como no termines de una vez con esta maldita escena. Empiezo a notar los síntomas de la neumonía y la nariz de mi mujer tiene el mismo tono azulado que el trasero de un mandril.

—Un momentito y acabamos —repetía Jonathan sin piedad.

Como resultado de aquella escena, Lee y yo cogimos sendos resfriados tremeundos. Afortunadamente, Paula, que acababa de reunirse con el equipo,

extrajo de su bolso un inesperado alijo de Glenmorangie, con el que roció persistentemente nuestras entrañas hasta hacernos sentir otra vez como seres humanos.

PLANO SEGUNDO

Existen pocos lugares en el mundo de clima tan inclemente y tan barridos por los vientos como las hermosas islas Shetland. En particular, el extremo norte de este pequeño archipiélago, zona en la que habíamos estado trabajando. Por ello nos sentimos encantados de trasladarnos a la cálida comarca de la Camarga, en el sur de Francia.

La Camarga constituye un área muy peculiar, completamente distinta del resto de Francia... y de Europa, cabría decir. Se trata de una zona en la que se entremezclan las más diversas especies naturales, especialmente reputada por los caballos y toros de lidia que allí se crían. Los vastos pantanos y cañizares que se alinean junto al delta del Ródano albergan una exuberante vida salvaje. Coipos de Sudamérica, ratas almizcleras, ciervos... Cada año, decenas de miles de aves procedentes de África cruzan la zona en dirección a sus criaderos en Europa. Centenares de especies tienen su criadero en la propia Camarga, que adquiere así rango de santuario.

Queríamos aprovechar el segundo capítulo de la serie para mostrar la importancia que poseen este tipo de zonas pantanosas, no sólo para las especies que allí viven, sino también para las que escogen las marismas como criadero o para las que, simplemente, cruzan la zona en tránsito. Conviene hacer hincapié en ello debido a que, por alguna extraña razón, el ser humano parece enemistado con las áreas pantanosas. Cuando el hombre se tropieza con alguna marisma pletórica de vida no se siente satisfecho hasta que no la ha rociado con pesticidas, drenado, arado, plantado y librado de todo animal mínimamente comestible. El invariable resultado de esta sucesión de monstruosidades es un pedazo de tierra estéril donde antes había un exuberante mosaico viviente. Esta actitud, tan ridícula como peligrosa, ha sido la característica del hombre en los últimos siglos. Se trata de una política que redunde en detrimento del hombre, ya que durante siglos, zonas como la Camarga le han provisto de alimento, combustible y otros bienes materiales (para el cercado, el hilado...), plantas medicinales, especias... Estas zonas pantanosas, auténticos santuarios naturales, reemplazaban sin esfuerzo alguno todo lo que el ser humano sustraía; lo único que éste debía hacer era tomar cuanto quisiera sin alterar el ecosistema. Estas consideraciones nos impelían a mostrar la Camarga antes de su desaparición — inevitable por la constante presión de lo que eufemísticamente denominamos *progreso*—, pues deseábamos subrayar ante los espectadores una de las zonas salvajes más extraordinarias de Europa.

Lee y yo sentimos una especial debilidad por la Camarga, debido a que nuestra casita de campo, Mas Michel, se halla a tan sólo un corto paseo en automóvil de estas tierras pantanosas. En ellas hemos realizado más de un picnic memorable, bebido ingentes botellas de buen vino, tomado el sol; nos hemos bañado en su costa, hemos admirado el rosa carmesí de sus flamencos, el resplandor opalino de sus abejarucos y el rosa asalmonado de sus abubillas. Hemos visto desfilar, en las calles de Arles, a los *gardiens* (los *cow-boys* de la Camarga) montados en blancos corceles junto a sus hermosas mujeres, vestidas aún con el traje típico. Al galope, los *gardiens* conducen a un rebaño de toros bravos por las calles de la ciudad hasta encerrarlos en la plaza, mientras el público les obstaculiza la tarea, intentando que algún toro escape del estrecho cerco de sus vigilantes, lo que

constituiría un enorme demérito para éstos. Hemos estado en la plaza, en realidad un viejo circo romano, rodeados por la vistosa muchedumbre. Las notas de *Carmen* resuenan, las puertas se abren. De donde en otro tiempo quizá surgieron leones, elefantes y cristianos irredentos aparece ahora un toro solitario, negro y lustroso como el azabache, esbelto, musculado, con cuernos diríase que marfileños, de patas cortas y robustas, tan ágiles como las piernas de una bailarina. Las puertas se cierran a su espalda y allí permanece, mancha de un negro intenso sobre la pálida arena. Tras dirigir una mirada a su alrededor, el toro resopla enfurecido, avanza unos pasos, baja la testuz, piafa sobre la arena desafiando a todo aquel que se atreva a acercarse. Comienza la corrida.

Antes de que el indignado lector estelle este libro contra la pared y moja su pluma en vitriolo para escribirme una carta sobre la crueldad de las corridas, será mejor que me apresure a explicar que existen dos tipos de corrida, y que en ésta en particular no se da muerte al toro. Es más, el toro no resulta dañado en absoluto, mientras que sus contendientes, los *razateurs*, corren el riesgo de recibir gravísimas heridas, en ocasiones mortales. Como he tenido ocasión de presenciar, el animal que ha participado en varias corridas acaba por cogerles el gusto. Los negros toros de la Camarga terminan por darse cuenta de que todo se reduce a un juego algo extravagante; con todo, su ferocidad es tal que pueden causar la muerte sin pretenderlo.

Antes de salir a la arena, al toro le son prendidas varias escarapelas en los cuernos. El objeto de la corrida (que tiene más de competición atlética que de corrida propiamente dicha) estriba en que los *razateurs* se apoderen de estas escarapelas dentro de un límite fijado de tiempo, nunca superior a los veinte minutos. Los *razateurs*, vestidos de un blanco impoluto, están únicamente armados de una vara atada a la muñeca con la que intentarán desatar las escarapelas. Por cada escarapela tomada al toro se recibe una determinada cantidad de dinero, suma que aumenta a medida que transcurren los minutos. En ocasiones, los *razateurs*, en presencia de toros novatos o sosos, agotan deliberadamente el plazo de veinte minutos hasta apoderarse de las escarapelas, justo cuando se paga más por ellas. Si el toro está muy experimentado, es frecuente que el plazo se agote sin que nadie haya sido capaz de arrebatarle los adornos que cuelgan de sus astas. Cuando ello ocurre, la corrida finaliza y la marcha de *Carmen* es tocada en honor del animal. El hecho de que los toros experimentados aprecian toda esta fanfarria lo pude apreciar hace ya varios años, durante el rodaje de un documental sobre la *Course libre*, denominación que recibe este tipo de corrida.

Un toro experimentado entra en la plaza de modo verdaderamente histriónico. Tras examinar impertérrito a la audiencia, trata de impresionarla con la acostumbrada parafernalia: bufidos, piafadas, testuz amenazante... Diríase que no advierte la presencia de los *razateurs* que, de un blanco reluciente, han saltado a la arena. De pronto, con una rapidez de movimientos y una agilidad pasmosas, se lanza sobre ellos con los cuernos por delante. Los *razateurs* huyen desordenadamente, semejantes a copos de nieve arrastrados por la ventisca, hasta refugiarse a toda prisa tras la barrera, dando saltos que harían la envidia del mismísimo Nureyev. A veces el toro, para exhibir su bravura, cornea las tablas de la barrera, reduciéndolas a astillas. En ocasiones un toro demasiado entusiasta sigue el ejemplo de los *razateurs* y salta la barrera, poniendo al público en fuga. Más de una vez he presenciado cómo el toro disfrutaba tanto con la corrida que se negaba a retirarse de la arena tras los veinte minutos

reglamentarios. Cuando ello ocurre, un cabestro o monitor, provisto de una campanilla anudada al cuello, es sacado a la arena para que persuada al toro recalitrante. Cierta tarde inolvidable el toro-monitor se entusiasmó tanto que comenzó a perseguir a los *razateurs* en compañía del toro al que en teoría debía sacar de la plaza; un tercer toro debió ser enviado para conducir fuera de la arena a sus dos juguetones congéneres. Ninguna visita a la Camarga puede considerarse completa sin presenciar una de estas apasionantes corridas. Muchos toros acaban por hacerse un nombre como consecuencia de sus hazañas, ganándose fervientes admiradores entre los provenzales, que les siguen devotamente allí donde «actúan», como si se tratase de boxeadores o futbolistas. Dado que Mas Michel estaba todavía en manos de los fontaneros y los albañiles, nos alojamos en un coquetón hotel en el casco viejo de Arles, hotel en cuyo precioso jardín pasamos horas sentados, bebiendo y planificando el rodaje. Nuestros días en Provenza transcurrían de modo plácido; nos hallábamos a tan sólo unos minutos de la Camarga, el tiempo era magnífico, como suele serlo en el sur de Francia, y nada resultaba tan reconfortante como levantarse por la mañana consciente del efecto terapéutico que la continua luminosidad ejercía sobre los nervios de nuestro realizador. Nuestro primer día de filmación estuvo dedicado a visitar las marismas, refugio natural de millares de aves acuáticas que tenían allí sus criaderos o, simplemente, se hallaban de paso, en dirección a otros parajes, más al norte, donde efectuaban la puesta.

Nos guiaba un hombre llamado Bob Brittan, diminuto personaje con aspecto de gnomo travieso, experto conocedor de la Camarga, a cuyo estudio había dedicado varios años. Nuestro hombre fue inmediatamente rebautizado como *Brittanicus*, sobrenombre que resultaba dudosamente apropiado a su persona.

A pesar de lo distinto de las respectivas especies, la variedad ornitológica de la Camarga resultaba tan impresionante como la existente en las islas Shetland. Acurrucados en nuestro escondrijo, teníamos ante nosotros un magnífico panorama. La vasta extensión de aguas relucientes al sol albergaba una multicolor congregación de aves. Patos silvestres de verde cabeza, patos silvestres de aspecto diríase que herrumbroso, cercetas de ojos verdes, tadoras de carnavalesco aspecto, un maremágnun de aves que manchaban la inmensa charca o se entrecruzaban en el aire. Las pintorescas cigüeñas pescaban en los bajíos; en ocasiones, dos cigüeñas se enfrentaban y hacían repiquetear sus picos entre sí, las cabezas echadas para atrás como si fueran dos boxeadores miedosos. Pájaros-espátula de excéntrico pico, semejante a una raqueta de ping-pong deformada, se movían con aire solemne, hundiendo sus picos en aquel lodo rico en plancton. Flamencos similares a grandes pétalos de rosa se alzaban sobre las aguas, emitiendo unos desagradables e insistentes graznidos que contrastaban con la esbeltez de sus figuras. Destacaban también las garzas cangrejas, pálidas como el caramelo, de pico negriazul, y patas de un rosa intenso. Elegantes avetoros se escondían entre los cañaverales con expresión entre melancólica y preocupada; garzas nocturnas de aspecto piratesco, con la espalda y la coronilla negras y tremolante y alegre cresta blanca escrutaban las marismas con sus penetrantes ojos rojizos. No lejos de ellas, las garzas violeta, con su aspecto sinuoso, su largo cuello de color castaño y sus agudos chillidos, recordaban a un extraño Uriah Heep con plumas. La variedad de aves zancudas resultaba anonadante: lavanderas de movimientos entre torpes y graciosos, como quinceañeras que calzaban sus primeros tacones; archibebes claros y oscuros; zancudas cuya esbeltez recordaba a las hermosas muchachas con que uno se

topa en Estados Unidos. Y qué decir de la quintaesencia de las aves acuáticas, la avoceta, de elegantes movimientos, piernas azulinas, ropaje blanquinegro, diríase que confeccionado a medida en la más refinada *boutique* parisiense, aristocráticos morritos que picoteaban las aguas con regularidad de metrónomo. En los bancos, junto a las marismas, relucía el verde botella y el azul de los abejarucos; ocultos entre los bosquecillos de pinos anidaban las garcetas, semejantes a estrellas blancas incrustadas en un cielo verde oscuro.

Resultaba difícil la elección a la vista de tantos prodigios que filmar. Uno se quedaba atónito ante aquel enjambre de instantáneas familiares, *flirts*, discusiones, peleas, expediciones de caza; el cielo se hallaba salpicado de escuadrillas que se entrecruzaban caprichosamente, levantando oleadas de espuma al posarse sobre las aguas. No había sólo aves en aquel lugar; escondidos en nuestro refugio, nos veíamos constantemente distraídos por las cachipollas de alguna gran araña o el inesperado surgimiento de una mariposa antes invisible. En los cercanos cañaverales veíanse orondas, enormes ranas de un verde reluciente, casi esmaltado; no lejos de ellas serpenteaba la culebra, su enemigo natural. Escondidas en las afiladísimas hojas del cañaverl se intuían las sombras de las rubetas; bastaba con volver cuidadosamente una hoja para hallarse ante los enormes ojos húmedos de uno de estos anfibios de color esmeralda.

La gran dificultad de realizar una serie de este tipo radica en que el guión debe poseer una flexibilidad rayana en la inexistencia. Por ejemplo, yo había sugerido que tratásemos de filmar algún castor, pues la mayoría de la gente sostiene la creencia de que este roedor sólo se da en los lejanos ríos del Canadá, cuando existe también en Europa. A pesar de mi interés, la tarea se reveló tan dificultosa que tuvimos que conformarnos con filmar al coipo, roedor bastante más accesible que su pariente.

El coipo es un animal proveniente de los grandes sistemas fluviales de Sudamérica que se importó en Europa para criar en cautividad (debido a su hermosa piel, tan semejante a la de la nutria y que se vendía con ese nombre); como siempre sucede, algunos ejemplares se las ingenieron para escapar y, tras acomodarse en los ríos de Inglaterra y el continente, florecieron en gran número, llegando a constituir una especie tan extendida como la del visón, también de origen sudamericano.

El coipo es un animal tan simpático como atractivo, lo que no tardamos en advertir tras un recorrido por los canales de la Camarga. Estos canales, estrechos y poco profundos, de aguas semiestancadas y flanqueados de abundante vegetación, constituyen un hábitat ideal para un roedor de las características del coipo. A los flancos del canal en que nos hallábamos se extendían los tamariscos sombreados de flores color rosa pálido, grandes macizos de lirios de un amarillo destellante. Las golondrinas volaban *ventre á terre* sobre los campos de trébol moteados de margaritas y pimpinelas. Grandes macaones, listados como tigres, surcaban los cañaverales en grácil vuelo bajo un sol de justicia. No tardamos en advertir que habíamos llegado al país de los coipos por la profusión de excrementos que se mecían sobre las tranquilas aguas del canal. Excrementos éstos plenamente distinguibles por su semejanza, en forma y en color, a pequeños y achatados cigarros.

Con frecuencia nos veíamos obligados a cruzar la maraña de canales a través de puentes más o menos estables, generalmente algunas tablas cimbreantes y dispuestas al azar. En nuestro afán por preservar de todo contacto con el agua las

valiosas cámaras y magnetofones, y a pesar de nuestros deseos, resultó inevitable que hiciéramos algún ruido. Como consecuencia, cuando ya todo estuvo por fin listo para la filmación, nos encontramos sin el menor coipo que llevar a la cámara.

—Maldita sea. ¿Y ahora qué hacemos? —imprecó Jonathan.

—Esperar —fue mi lacónica respuesta.

—Pero estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Querido Jonathan, da la casualidad de que estamos filmando animales salvajes —le expliqué pacientemente—. Es una lástima que los animales salvajes, a diferencia de los actores de televisión con los que acostumbras a trabajar, sean unos seres más bien díscolos y no estén dispuestos a seguir tus instrucciones.

—¿Y qué me dices de Lassie y Rintintín?

—Estamos tratando con coipos, no con estrellas de Hollywood. Será mejor que te armes de paciencia. Concéntrate en esos fascinantes excrementos que flotan sobre las aguas.

—Por desgracia, en Londres no apreciarían demasiado un documental de media hora centrado en los curiosos excrementos del coipo. Tengo que pensar en mi carrera —aseveró Jonathan, no sin cierta lógica, debo admitirlo.

—Paciencia —le recomendé en tono comprensivo—. Ya volverán.

Sin embargo me equivocaba. Los coipos no volvieron y, tras varias horas en las que intenté, infructuosamente, consolar a Jonathan mediante la narración de fracasos todavía más esplendorosos a lo largo de mi carrera como fotógrafo de animales, decidimos seguir el consejo de *Britannicus* y regresar al anochecer, hora en que, según él, el coipo saldría indefectiblemente a cenar.

En consecuencia, optamos por marcharnos, filmar algunas aves y regresar al atardecer. Dado que ya conocíamos toda aquella maraña de puentes y senderos, nuestro regreso resultó algo menos ruidoso. Ocultos en un espeso bosquecillo de tamariscos aguardamos impacientes. Si algún coipo se decidía por fin a salir teníamos previsto tomar *ipso jacto* cuantos planos pudiéramos; a continuación Lee y yo intentaríamos aproximarnos a él, pues Jonathan deseaba filmar alguna escena que englobara a «talentos» y animales en la misma imagen.

—Estoy hasta las narices de esos programas en los que el «talento» aparece arrastrándose por entre los arbustos provisto de unos prismáticos y a continuación, milagrosamente, aparece el plano de un pingüino dando saltitos; el espectador adivina indefectiblemente que el «talento» sólo ha visto pingüinos en el zoológico —me comentaba Jonathan entre susurros.

Herido en mi honor profesional, me disponía a rebatir sus demagógicas consideraciones cuando Lee chistó de repente.

—Guardad silencio. Creo que algo se mueve en el agua.

—Algún excremento, sin duda —aseveró Jonathan en tono sarcástico.

Sin embargo, concentramos nuestras miradas en el canal y no tardamos en ver una cabeza peluda de dientes amarillentos ridículamente grandes que rompía la plácida superficie del canal. Afortunadamente, Chris, situado a alguna distancia de nosotros, no estaba distraído y ya se aprestaba a filmar al animal.

Al arribar a la orilla, el roedor emergió pesadamente, mostrando un enorme corpachón, gordo como un globo, de gigantescos pies planos y larga cola escamosa parecida a la de una rata. Sentado sobre sus amplios cuartos traseros, el coipo olisqueó la atmósfera con desconfianza; sus pequeñas patas delanteras se habían convertido en dos absurdos puñitos, sus protuberantes dientes amarillentos esbozaban una sonrisa retorcida. Con el añadido de un monóculo y

una vieja corbata escolar, se hubiera asemejado poderosamente a la imagen que el americano medio tiene del inglés medio. Considerándose fuera de peligro, procedió a la limpieza de su piel. Para ello el coipo posee dos glándulas sebáceas —en la comisura de la boca y cerca del ano—, pues su piel consta de dos capas, la segunda de las cuales (la que se comercializa bajo el nombre de nutria) es sumamente delicada y requiere de constantes cuidados. Resultaba instructivo observar al animal lubricar su piel una y otra vez, empleando la meticulosidad más extrema y el cuidado más exquisito. Nuevos rostros dentones habían aparecido ahora en la superficie del canal y muy pronto un nutrido regimiento de coipos de tamaño variable, desde jovenzuelos escuálidos hasta obesas matronas, se acercaba a la orilla y pulía su piel con fruición, tras de lo cual se dispersó en derredor de la succulenta vegetación. Se trataba de animalillos de aspecto plácido e inofensivo, con la única manía de su dedicación a la ingeniería subterránea.

Chris nos dio a entender con ademanes que ya había tomado todos los planos necesarios y que Lee y yo podíamos acercarnos al grupo de coipos. La atmósfera mostraba una calma tal que no debíamos preocuparnos de la dirección del viento; lo único que teníamos que hacer era no dejarnos ver por los animales. A gatas, como un par de expertos exploradores indios, nos aproximamos a un tamarisco aislado que habíamos elegido como punto de referencia, justo enfrente de la colonia de coipos. Al llegar allí, nos pusimos en pie muy lentamente, con infinitas precauciones. Nos hallábamos a siete metros escasos de los roedores.

Todo marchaba bien. Los coipos no se habían dado cuenta de nuestra presencia, por lo que, centímetro a centímetro, nos acercamos a ellos. Me sentía ridículo, como practicando ese juego infantil denominado de las estatuas, en que un grupo se acerca a una persona vuelta de espaldas y cuando ésta se gira, todo el mundo debe quedarse inmóvil. No sin resignación, Lee y yo seguimos jugando a las estatuas con nuestros amigos, los coipos, al rato, nos habíamos aproximado lo bastante como para aparecer junto a ellos en la imagen. Justo cuando Chris nos estaba filmando, completamente petrificados, un macho se dio media vuelta y nos dirigió una mirada cargada de recelo. En teoría, ello no debiera significar gran cosa, inmóviles como estábamos. Pero una cosa es la teoría y otra la práctica. Quizá debido a alguna brisecilla inoportuna, el animal interrumpió su almuerzo y, sin perder un instante, correteó hasta la orilla y se arrojó a las aguas del canal. Como por ensalmo, a sus compañeros les faltó tiempo para seguir su ejemplo y desaparecer en bloque bajo la superficie de las aguas.

Aquella noche, mientras disfrutábamos de una copa en el jardincillo del hotel, Jonathan se mostró —por vez primera y sin que sirviera de precedente— satisfecho con el trabajo realizado aquel día.

—Ojalá las cosas salieran así todos los días. Ahora ya sólo nos queda filmar a los toros y los jabalíes. ¿Cómo está *la Porcina*?

—Bien. Vendrá mañana al amanecer —respondió *Britannicus*—. Ah, se me olvidaba; será mejor que os aprovisionéis de loción antimosquitos.

—¿Mosquitos? Oh, no, Dios mío —se lamentó Brian—. ¡Con el aprecio que tienen por mi piel!

—Pues creo haber oído que se trata de la mayor concentración existente en Europa —añadió *Britannicus* malévolamente.

Brian emitió un quejido.

—¡Paparruchas! No sé qué manía tenéis con los mosquitos. A mí nunca me pican —intervino Jonathan.

—No querrán coger la sarna —comentó Chris, exhibiendo la característica devoción que todo *cameraman* siente por el realizador con el cual trabaja.

—¿Quién es *la Porcina*? —inquirió Paula. Los vinos y las viandas de la dulce Francia habían resultado demasiado para su cristalino estómago, motivo por el que se había pasado el día en la cama y no estaba al corriente de las últimas novedades.

—*La Porcina* es una joven estudiante de zoología que está investigando la vida de los jabalíes locales —le aclaró Jonathan—. Tras capturarlos, les fija un collar con un emisor de señales y luego estudia sus movimientos desde una camioneta equipada al efecto. Mañana por la noche filmaremos sus métodos de investigación.

—¿Y no podría esa tal *Porcina* tomarse un descanso hasta alguna hora que no haya tantos mosquitos? De noche hay demasiados...

—Me temo que los jabalíes apenas si se mueven durante el día —le interrumpió Jonathan—. ¿No es así, *Britannicus*?

—Más o menos. El jabalí, efectivamente, suele alimentarse de noche, en especial en aquellas áreas en que se les caza, la Camarga en este caso.

—Pobres bichos —saltó la indignada Lee—. ¿Por qué demonios no pueden dejarles en paz?

—Porque son animales extremadamente dañinos para los cultivos —le explicó *Britannicus*—. Además, se reproducen con extrema facilidad: si existe pasto abundante, cada año pueden tener dos camadas de hasta seis jabatos. Por ello los campesinos intentan mantener su número bajo control.

—Se te ha olvidado añadir que la carne de jabalí está considerada como un manjar exquisito.

—Cierto. La verdad, estoy seguro de que en muchos pueblos de la Camarga se exagera el daño causado por los jabalíes como excusa para darles caza.

Al atardecer, nos pusimos en camino para encontrarnos con *la Porcina*. La carretera, estrecha y mugrienta, discurría rectilínea, blanca por la sal que el viento arrastraba del mar; a sus márgenes se extendían campos de malvas semejantes a gigantescas alfombras, sembrados de bosquecillos de falsos olivos, árboles de un verde plateado, enanos y frondosos, de caprichosas —casi barrocas— formas. Los bosquecillos eran más espesos a medida que avanzábamos; cuando arribamos a nuestro destino —un cruce de caminos de un blanco destellante por la sal— alcanzaban proporciones respetables. El cielo, de un azul impoluto, manchado débilmente por un crepúsculo dorado, exhibía hacia el oeste unas nubes apenas entrevistas, mágicas pinceladas ora doradas ora rosáceas o azulinas.

Tras aparcar nuestros automóviles, nos dispusimos a aguardar a *la Porcina*. Al rato, dando tumbos sobre los polvorientos caminos, se hizo visible la figura de una desvencijada furgoneta «dos caballos» sobre la que una antena de considerable longitud bamboleaba con alegría de látigo. Al arribar a nuestra altura, la furgoneta frenó estrepitosamente, la portezuela se abrió y *la Porcina* apareció ante nosotros. Antes de proseguir con mi relato debo confesar que a causa del mote con que tan alegremente había sido bautizada, me imaginaba a *la Porcina* como a un ser con algo de monstruoso, de colmillos retorcidos y conversación en forma de gruñidos monosilábicos, con hábitos sin duda desagradables, que esperaba no incluyeran el devorar a sus crías. En consecuencia, me sentí aliviado al hallarme frente a una esbelta y atractiva muchacha que estaba lejos de poseer las virtudes que inconscientemente le había

atribuido. Marise —éste era su nombre— escuchó divertida los requerimientos de Jonathan; sin duda le debimos parecer una partida de chiflados, pero se sintió contenta de ayudar a los *anglais*. Jonathan quería filmarla en su «dos caballos» bamboleante mientras recorría alocadamente los bosquecillos de falsos olivos rastreando los jabalíes; era conveniente además rodar aquella escena a la magnífica luz del crepúsculo. Obedientemente, Marise dio unas cuantas vueltas con su furgoneta hasta que Jonathan se dio por satisfecho y la oscuridad se cernía ya a nuestro alrededor.

Cuando se hizo la noche, los mosquitos, como obedeciendo a una señal, se lanzaron sobre nosotros en bandadas compactas como una pared. Yo siempre había sostenido que no existía lugar en el mundo que pudiera competir en número de mosquitos con el Chaco paraguayo, cerca del Matto Grosso. Bien, tras haber visitado la Camarga de noche, quizá me vea obligado a retractarme. Allí donde enfocásemos nuestras linternas no se veía sino un espeso, casi compacto, velo de mosquitos. No podíamos respirar por la nariz, a riesgo de llevar buen número de ellos a nuestros pulmones. Nuestras manos, nuestros rostros y nuestros cuellos se veían ennegrecidos por los insectos. Sin compasión alguna, atacaban incluso a través del cuero cabelludo y de las finas ropas veraniegas que vestíamos. En cuestión de segundos, Brian se retorció de dolor, lanzando aullidos y descargando ciegos manotazos; la famosa loción antimosquitos con la que se había embadurnado de la cabeza a los pies parecía constituir, para los mosquitos de la Camarga, un aperitivo suculento antes de emprenderla con el plato fuerte que corría por sus venas. Lee y yo sabíamos lo afortunados que éramos al no vernos afectados por los mosquitos. Por supuesto, no resultaba demasiado agradable encontrarnos en los ojos o en el interior de nuestras fosas nasales, pero, debido a mis correrías tropicales y a los dos años que Lee pasó en Madagascar, tenemos una piel tan delicada como pueda serlo la de un rinoceronte; las picaduras de aquel ejército apenas si nos afectaban. Ahora bien, sabíamos por propia experiencia que ante una persona atormentada por los mosquitos, cualquier comentario acerca de nuestra inmunidad podía conducir a un intento de linchamiento; prudentemente, guardamos silencio.

Entre maldiciones y manotazos, fueron dispuestos los focos para la siguiente escena. Mientras, Marise, Lee y yo, en compañía de un par de millones de mosquitos, nos acomodamos en la parte trasera de la pequeña furgoneta. Imperturbable, Marise nos explicó detalladamente el método que empleaba para sus investigaciones. ¡Cómo cambian los tiempos! Cuando yo era joven, si uno quería conocer los hábitos de alguna especie animal debía confiar por entero en su sentido de la vista y en el rastreo. Ahora, las ondas hertzianas simplifican y perfeccionan extraordinariamente la investigación. Basta con anudar un diminuto emisor al cuello del animal y el emisor envía una señal que es recogida por una pequeña pantalla de radar. Luego se aplica un mapa de la zona en cuestión sobre la pantalla para conocer en todo momento los movimientos del animal.

Marise, experta conocedora de los jabalíes, se iba entusiasmando a medida que desarrollaba su explicación, impertérrita por completo al acoso de los mosquitos. ¿Sabíamos acaso que el jabalí no hace ascos a casi nada a la hora de alimentarse? Aunque su comida es principalmente la que corresponde a un herbívoro —bellotas, hayucos, pasto, hierbas silvestres—, no vacila en ingerir carroña, pájaros que atrapa en su nido, huevos, lagartos, serpientes, insectos, cangrejos... Se ha visto incluso a jabalíes corriendo tras algún ratoncito. Durante

la época de celo, prosiguió Marise, los machos entablan tremendos duelos en los que se acometen mutuamente con sus afilados colmillos. Durante estas peleas, el jabalí tiende a acometer a los hombros de su adversario; por ello, como protección ante los afilados colmillos de sus enemigos, cada macho posee en la época de celo una gruesa placa de carne correa que le protege los hombros: algo así como los petos que empleaban los caballeros medievales. En contraste con estos violentos procedimientos se encuentra la conducta de las hembras que van a parir; cuando el parto es inminente, la hembra se separa de la manada y, tras dar con un lugar lo bastante apartado, construye una especie de nido, que incluso llega a cubrir, donde poco después pare.

Una vez que el interior de la furgoneta (junto con los dos millones de mosquitos) estuvo iluminado por los focos, Marise mostró a la cámara el funcionamiento de su aparato de seguimiento. Tras extraer unos pequeños mapas y conectar la pantalla de radar, hizo girar la antena del techo de la furgoneta. Al cabo de un instante, un puntito verde apareció en la pantalla y pronto le siguieron otros hasta formar una pequeña constelación. Resultaba fascinante: a uno o dos kilómetros de los jabalíes podíamos seguir a la perfección sus movimientos, cosa harto difícil con los métodos acostumbrados dado el carácter naturalmente huraño y escurridizo de estos animales.

Casi desangrados por los mosquitos, pero satisfechos por lo que habíamos visto, agradecemos a Marise su colaboración y, tras quedar citados para la mañana siguiente, en que visitaríamos las trampas para jabalí, regresamos a nuestro hotel sin más incidencias.

Pocas horas más tarde estábamos de nuevo en la carretera. Sobre nuestras cabezas, el cielo mostraba hacia el este una tímida luminosidad anaranjada. El canto de los pájaros anunciaba la proximidad del nuevo día; sobre nuestras cabezas bandadas de patos surcaban el aire. Tras abandonar los automóviles nos encaminamos a un claro en el que nos esperaba Marise con su trampa, una gran caja de madera y alambre en cuyo interior se hallaban representados los más diversos cebos y señuelos. Era de crucial importancia comprobar al amanecer lo capturado en las trampas; de hacerlo más tarde exponíamos a los jabalíes a una insolación. A pesar de haber examinado todo tipo de trampas en las zonas más dispares del gobio, me sentía particularmente excitado ante la perspectiva de acercarme a una de ellas en pleno amanecer, desconocedor de lo que hallaríamos en su interior, caso de haber algo. Para nuestro deleite nos vemos recompensados con una lechigada de seis jabatos del tamaño aproximado de un *terrier*, de piel rojiza y ligeramente rayada.

Marise observó con regocijo que uno de los jabatos exhibía, anudado al cuello, uno de sus pequeños transmisores; al parecer, el animal había conducido a sus hermanos a la misma trampa en que él cayera anteriormente.

Apretujados en la trampa, los jabatos gruñían y arañaban la madera con sus pezuñas, atemorizados ante nuestra presencia. Marise y sus colaboradores pusieron rápidamente manos a la obra. El trabajo debía realizarse con suma rapidez o de lo contrario el *stress* acabaría adueñándose por completo de los animales. Uno a uno, los pequeños jabatos fueron extraídos de la trampa por un pequeño pasadizo en forma de embudo; tras serles anudado el collar emisor, eran puestos en libertad inmediatamente. Libres de nuevo, los animales no tardaban en desaparecer raudos por entre los árboles, desconocedores de que ninguno de sus movimientos nos resultaría ya extraño. Debo confesar que no las tenía todas conmigo ante el uso de estos métodos policíacos; sin embargo, el

pleno conocimiento de los hábitos y las funciones de las distintas especies resulta imprescindible para luchar contra el peligro de extinción de una fauna cada vez más amenazada.

A la mañana siguiente, mientras devoraba los *croissants* de su desayuno, Jonathan mostraba un aspecto exultante.

—Ya he arreglado lo de los toros.

—Bien —respondí distraídamente—. ¿A qué toros te refieres?

—A los toros de la Camarga, naturalmente. Los mismos que ensalzabas tan apasionadamente el otro día.

—Pero todavía faltan varios meses para que comience la temporada taurina...

—Ya lo sé. Los filmaremos en libertad.

—Siempre hablas en plural —le previne—. ¿Te refieres también a Lee y a mí?

—Claro, hombre —respondió Jonathan en tono paternal—. Sólo se trata de ir a los pantanos, reunir a los toros en manada y hacerlos desfilar frente a la cámara.

—¿Hacerlos desfilar frente a la cámara? —le pregunté—. Son toros bravos, no vacas lecheras.

—No hay problema, puedes ir a caballo.

—Qué divertido —aprobó Lee con entusiasmo.

—No será tan divertido —le aseguré—. Hace casi treinta años que no monto a caballo y me pedís que vaya por ahí dirigiendo una manada de toros bravos...

—No te preocupes —dijo Jonathan—. Cuando llegue el momento, te resultará tan fácil como...

—Nanay. Ya me hiciste la misma comparación en los acantilados de Unst y aquello de fácil no tuvo nada.

—Tal vez podamos conseguir caballos viejos, fáciles de montar —sugirió Lee.

—En ese caso, sólo aceptaré uno que ya esté desahuciado —aseguré.

—No te preocupes —espetó Jonathan—. Me prometieron escoger los más dóciles.

—Lástima que Paula tenga que guardar cama. Con ella aquí no podrías imponer tus manejos.

Por fortuna, al vérnoslas con los caballos comprobamos con agrado que eran extremadamente dóciles. Sus monturas, dispuestas al estilo americano, resultaron tan cómodas y seguras como sillones, de modo que todos mis temores quedaron olvidados. Después de transportar las cámaras hasta el borde del pantano, las colocamos estratégicamente junto a un bosquecillo lindante. Auxiliados por diez o doce *gardiens* de aspecto agitanado, nos dispusimos a entrar en la ciénaga de los toros.

El caballo resulta ideal para cualquier naturalista, ya que permite desplazarse a la velocidad que uno desea. Puedes detenerte y observar cualquier fenómeno sin tener que desmontar, así como acceder a parajes casi inaccesibles. A esto puede añadirse el trato especial que la naturaleza concede al jinete, ya que éste representa una amenaza menor para ella.

Con un sol de justicia a nuestras espaldas iniciamos la marcha. El brillante azul del cielo atravesaba los matorrales de tamarisco verde y rosado, mientras nuestras monturas chapoteaban sobre las lípidas aguas del pantano, circunvaladas por una flora de exultante belleza. Aquí y allá se veían lechos de prímulas amarillas, brillantes bajo el sol. A medida que nos internábamos en el pantano, las aguas eran más profundas y más cegadora parecía la claridad.

Las ranas se escurrían bajo el agua asustadas por la imponente presencia de los caballos, y enormes libélulas, rojas y azuladas, volaban como flechas a nuestro

alrededor. Frágiles bandadas de mariposas surgían repentinamente de entre los matorrales. En una ocasión, una enorme libélula escarlata, de alas resplandecientes, pasó presurosa junto a nosotros; entre sus fauces yacía, aprisionada, una de estas mariposillas. Golondrinas y abejarucos opalinos volaban en derredor, dando buena cuenta de los miles de insectos que poblaban la zona, mientras que por entre los tamariscos, las grullas, los avetoros, las garzas y los martinetes se aprovisionaban de ranas y pececillos.

De pronto divisamos cerca de un centenar de toros paciendo entre los árboles. Sus negras figuras, recortadas sobre el verde de las aguas, ofrecían un aspecto temible. Tras aconsejarnos prudencia, los *gardiens* se desplegaron entre silbidos y arengas, rodeando a los animales, que resoplaban con recelo ante nuestra presencia. Poco a poco, fueron conduciendo a los toros hasta el lugar donde nos hallábamos, permitiéndonos seguir a la manada. Al principio, los toros se movían con lentitud; pero, excitados por los gritos de los *gardiens*, no tardaron en lanzarse al trote en grupo cerrado, levantando nubes de espuma sobre sus relucientes astas. Inmersos en la excitación del momento, galopábamos en pos de la manada entre aquel estruendo, imitando los silbidos propios de los *gardiens*. En cuestión de segundos, las cosas se pusieron serias: de improviso, los animales se detuvieron frente a un bosquecillo de tamariscos y, con la velocidad del rayo, arremetieron contra nosotros en estampida. Aquello fue el «sálvese quien pueda». Durante cinco larguísima minutos nos vimos perseguidos por un torbellino de afilados pitones hasta que los *gardiens* lograron controlar la situación, reagrupando a las bestias. Una vez calmadas, las condujimos de nuevo hacia las cámaras... a un ritmo menos trepidante, desde luego.

Era el momento perfecto para vengarme de Jonathan: había sido él quien, tratando inútilmente de ocultar las cámaras en un bosquecillo cercano, provocara el desconcierto entre los animales. Pero, en esta ocasión, avistando claramente la procedencia del peligro, y sin pensárselo dos veces, las reses arremetieron contra las cámaras. Nuestra intención era hacerlas desfilar dócilmente mientras se tomaban algunos planos. Pero, inexplicablemente, sin que los *gardiens* pudieran hacer nada para evitarlo, Jonathan y las cámaras habían desaparecido bajo una auténtica cascada de toros enloquecidos que, como si se tratara de un alud negro, hacían astillas todo lo que encontraban a su paso. Afortunadamente, era tal el pánico que reinaba entre los animales, que no repararon en Jonathan ni en Chris, aunque se llevaron medio bosque por delante.

Tras dirigirme al lugar, me topé con ambos, que temblaban de pies a cabeza.

—¿Qué tal, Harris? —saludé tan campante—. Ha sido divertido. ¿no?

—¿Divertido? —me preguntó sin aliento—. Casi nos mandan al otro barrio. No he pasado tanto miedo en mi vida.

—No exageres. Por cuatro toros de nada...

—¡Cuatro toros de nada! —protestó Jonathan, indignado—. ¡Di mejor cuatrocientos! ¡Casi nos matan!

—No sé de qué te quejas. Todo ha resultado según tus cálculos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Bueno, tú mismo dijiste que sería tan fácil como bajar por un tobogán —le respondí en tono inocente—. Y tenías razón.

Harris me lanzó esa clase de mirada que los directores dedican al «talento» cuando pierden la paciencia esa mirada que popularizara Boris Karloff.

PLANO TERCERO

La Camarga resulta una zona tórrida, con un exuberante ecosistema; sin embargo, no puede compararse con la riqueza que muestra el trópico, tanto en flora como en fauna. Y precisamente era esta riqueza la que nos interesaba, en esta ocasión, mostrar en todo su esplendor.

Las partes norte y sur del continente americano quedan unidas entre sí por el istmo de Panamá, una estrecha franja de tierra que hace las veces de cordón umbilical, permitiendo que las selvas brasileñas se desborden, atravesando Ecuador, Honduras y Méjico, hasta desvanecerse poco a poco en las regiones más templadas de Estados Unidos.

Panamá es un país maravilloso, el sueño dorado de cualquier naturalista. Por la mañana se puede explorar la indescriptible riqueza y complejidad de la selva húmeda y por la tarde bucear entre inmensos arrecifes llenos de vida y colorido. Por esta razón elegimos Panamá, ya que nuestro escuálido presupuesto no nos permitía ir dando vueltas por el mundo: en este pequeño país teníamos selva y mar al alcance de la mano. Nuestra intención era comparar dos estructuras diferentes: el arrecife de coral y la selva tropical. Pues si sustituyéramos el coral por hierba y árboles y pusiéramos peces, cangrejos y otras criaturas marinas en lugar de pájaros, mamíferos y reptiles, ambos ecosistemas resultarían sorprendentemente equivalentes.

Panamá ofrecía otra ventaja desde nuestro punto de vista. La construcción del canal y los inevitables desbordamientos que una obra de tal magnitud conlleva, acabaron por formar la isla de Barro Colorado, que ha servido durante muchos años como centro de investigaciones al Smithsonian Institute. Esta institución también dispone de una base científica en las islas San Blas, frente a la costa oriental, a una hora de vuelo desde la capital. Grupos de científicos pasan largas temporadas en un mismo paraje, de manera que llegan a reconocer cada hoja y cada árbol. Esta información tan exhaustiva resulta de inestimable valor cuando no se dispone de mucho tiempo.

Al llegar a Panamá, Lee y yo estábamos molidos. Era lo menos que se podía esperar después de atravesar todo el Atlántico, haciendo escala en Nueva York. A pesar del cansancio, no podíamos disimular la alegría que nos producía visitar de nuevo el trópico y poder contemplar desde la ventana de nuestra habitación las negras y solemnes oropéndolas que parecían asistir a un funeral sobre los bloques de pisos en construcción. Así como observar los colibríes y las mariposas, grandes como la palma de la mano, que revoloteaban por el jardín del hotel. Pero, sobre todo, sentir aquel aire cálido, húmedo y fragante, semejante al aroma del bizcocho recién hecho, que parecía dar la bienvenida a la zona más rica de la superficie terrestre: el trópico.

A la mañana siguiente, tras merecido descanso, nos reunimos con Paula y Alastair para recabar la información necesaria. Alastair tiene un modo hartamente curioso de expresarse; tanto es así, que aunque presumo de mi capacidad para comunicarme con cualquier ser humano, cuando me enfrento con Alastair, me veo en la necesidad de que Paula actúe como intérprete. Alastair suele pronunciar frases incompletas o, lo que es peor, parrafadas inconexas, obligando al interlocutor a rellenar mentalmente los espacios en blanco. Es algo así como un crucigrama sin contar con las definiciones. Por ejemplo:

—¿Ya descansados? Bien. He pensado que... ya sabes... San Blas primero. Los arrecifes parecen... mejor dicho... bosques, los peces realmente, como pájaros sólo que sin alas. ¿No te parece? E islas... bonitas... porque uno no... veremos al llegar. Así que sabemos por... Barro Colorado, ¿no?

Tomé mi copa y la vacié de un solo trago. Hacía ya varios meses que no trabajaba con Alastair y no recordaba sinsabores de esta especie desde mis desesperados intentos de comunicación en las islas Mauricio. Miré silenciosamente a Paula, esperando que captara mi llamada de socorro.

—Lo que Alastair intenta decirte, cariño, es lo siguiente —atajó—: Si intentamos establecer una comparación entre la selva y el arrecife, él opina que en este último hallaremos mayores dificultades, ya que se trata de filmación subacuática, así que sugiere que vayamos primero a las islas de San Blas. ¿De acuerdo?

—Muy bien. No tengo inconveniente.

—De acuerdo entonces. Saldremos mañana temprano. ¿Os parece bien, chicos?

—De perilla —le respondió Lee. Quien, acto seguido, cometió un grave error al intentar sonsacar más información a nuestro director.

—¿Cómo son las islas San Blas? —le preguntó.

—Cubiertas por... ya sabes... cosas bonitas, palmeras, o sea islas... la mayoría indios, el gobierno no puede controlar... mujeres... anillos en la nariz, y eso. Arrecifes, grandes —dijo Alastair agitando los brazos, excitado—. Te gustará... seguro... Conrad.

—¿Tienes algún libro sobre ellas? —inquirió Lee a Paula sin esperanza.

Alastair no resultaba un gran guía turístico, pero transmitía entusiasmo a raudales. A menudo he pensado lo que ocurriría si los marcianos visitaran la tierra; podrían tener la mala pata de toparse en su primer contacto con la raza humana con este hombre, el más amable, el más liberal y el más incomprensible.

A la mañana siguiente, nos reunimos en un minúsculo aeródromo en las afueras de la capital con nuestro *cameraman*, Roger Moride, un francés alto y bien parecido, con cierto aire de un Maurice Chevalier de pacotilla. Gustaba de contar historias divertidas y se las daba de conquistador.

Tras introducir nuestros bártulos en el interior de una pequeña avioneta con capacidad para una docena de pasajeros, nos dispusimos a tomar asiento en ella, junto a un grupo de indios fornidos y morenos, de rasgos mongoloides. Los hombres vestían pantalón, camisa y sombrero, mientras las mujeres lucían faldas de brillantes colores, así como pañuelos y blusas —estampadas al *batik*— de muy bella factura. Una de estas damas lucía sobre su pecho un extravagante tucán de mirada traviesa; otra mostraba dos enormes peces rojos que sonreían, cara a cara, sobre un fondo de azul ultramar; y una tercera acogía en su regazo a todo un grupo de negritos que, armados con frágiles cañas de pescar, intentaban capturar, desde su canoa, pececillos del tamaño de espermatozoides. Todas ellas, ataviadas de esa guisa y parloteando como periquitos, exhibían un adorno adicional: un anillo dorado, del tamaño de una alianza, colgado de la nariz. Así de rumbosos eran los habitantes de las islas San Blas.

Tras un agitado vuelo sobre el centro de Panamá alcanzamos finalmente la costa del Caribe, pudiendo comprobar la transparencia de sus aguas, salpicadas por ondulantes arrecifes que semejabán serpientes sumergidas en ámbar azul. Cientos y cientos de islas se esparcían en todas direcciones, cada una con su correspondiente penacho de palmeras y su arrecife bordeando la playa, tan diminutas y parejas que parecían juguetes fabricados en serie.

Para mi sorpresa, el piloto comenzó a descender más y más sobre el azul del mar, dirigiendo el aparato hacia una isla tan microscópica que me hizo dudar sobre su sentido de la orientación. Ya nos deslizábamos en vuelo rasante sobre la superficie del océano cuando Alastair, a quien gustaban los aviones pequeños tan poco como a mí las alturas, empezó a mostrarse intranquilo. Cuando ya creíamos que el batacazo era inevitable, empezamos a sobrevolar la blanca arena de una playa, y, de inmediato, divisamos la pista de aterrizaje. Tras una serie de topetazos menores, nos deslizamos sobre la pista a toda velocidad mientras chirriaban los frenos. Al detenernos, advertimos que aquél era el único método «factible» de aterrizar, pues la pista ocupaba toda la isla: o, lo que es lo mismo, la isla era del mismo tamaño que la pista, lo que no permitía el más mínimo error. Por si la cosa no queda clara, añadiré que tomamos tierra en un extremo de la pista y nos detuvimos en el extremo opuesto justo frente al mar. No hace falta que les diga que Alastair no fue el único en alegrarse de abandonar el avión.

Ya en tierra nos tomamos un pequeño respiro, nuestro equipo achicharrándose al sol y cubierto por saltamontes verdes y marrones que parecían hallarlo especialmente atractivo. Nuestros compañeros de viaje habían sido recogidos en canoas y no eran más que puntos sobre aquel mar chispeante, dirigiéndose hacia el racimo de islas que se extendían por el horizonte. En aquel preciso instante, una gran lancha se acercó al embarcadero y de ella descendió un fornido hombrecillo de piernas arqueadas cuyos rasgos, inequívocamente tibetanos, hacían suponer que venía directamente de Lhasa. Resultó ser Israel, el propietario del hotel donde nos íbamos a hospedar.

La mar estaba en calma, templada y tan clara como la ginebra; albergaba pequeños bancos de peces multicolores que se agitaban y daban capirotaeos sobre la arena del fondo. Al poco vimos una isla sembrada de palmeras de unos cuatro o cinco acres de extensión. Tras dar un pequeño rodeo, nos acercamos a un diminuto embarcadero de hormigón tras el cual se alzaba el hotel. La vista del edificio me cortó la respiración.

—¡Demonios! —silbó Lee—. En mi vida he visto nada igual.

—Es el hotel más extraordinario que mis ojos han visto jamás —añadí—. Alastair, te mereces una matrícula de honor. Aquí lo pasaremos divinamente.

—Bonito, ¿eh? —rezongó Alastair, sonriendo. Cuando utilizaba frases cortas era digno de toda confianza.

Era un hotel de ensueño. Sobre una planta en forma de L, se alzaban dos pisos, acabados en un tejadillo de hojas de palma trenzadas, y edificados mediante cañas de bambú atadas concienzudamente con una fibra parecida a la rafia. Una doble terraza rodeaba la casa., Tanto en la planta baja como en el primer piso, amplio» portales conducían a lo que suponíamos eran los dormitorios. Todo el conjunto estaba ubicado sobre una profunda balsa en la que nadaban miles de pececillos de colores y un par de enormes tortugas. Al lado del hotel, construido también a base de bambú y hojas de palma, se erigía un inestable edificio con un cartel abollado que rezaba: *Bar*. Altas palmeras, curvas como arcos, se diseminaban en derredor, y se mecían, susurrantes, con la brisa. Un derroche de malvaviscos y otros arbustos tropicales florecían en todo su esplendor. Aquella estampa, iluminada por el más refulgente de los soles, tenía un aspecto irreal, digno de Hollywood. Esperaba encontrarme, de un momento a otro, con el mismísimo Somerset Maugham bajando por las desvencijadas escaleras luciendo un impecable traje blanco. Pero lo más parecido que allí había eran las dos tortugas, cuya expresión de desdén era bastante similar a la de Maugham.

Nuestro dormitorio constituía una verdadera novedad. Las ventanas estaban de más, pues la luz se filtraba por los entresijos de las paredes. Las camas eran enormes y aparecían combadas en su mitad, debido seguramente a un uso prolongado. Al caminar, la arena que cubría el suelo crujía en modo harto agradable, dando a la habitación un toque natural. A un lado de esta *suite* nupcial, un pequeño cubículo del tamaño de un ataúd, construido con latas de queroseno vacías recubiertas de trapos viejos con un estampado parecido al *tartán*. De este conjunto escocés sobresalía un pequeño grifo del que manaba un chorro de agua salada. No era precisamente el Ritz, pero, entre aquel idílico entorno, ¿quién se preocupaba por estas menudencias?

No habíamos sacado aún nuestra ropa de las maletas cuando, a través de la verja de la terraza, vimos que se acercaba una canoa, conducida por un joven de aspecto saludable y una chica rubia. Comprobamos que se trataba de Mark, quien llevaba a cabo una investigación sobre los peces de la zona por cuenta del Smithsonian Institute, un grupo desordenado de edificios que se divisaba sobre el arrecife a unos cuatrocientos metros de distancia. Mark se había ofrecido como guía y asesor durante el tiempo que durase nuestra estancia. Era un joven apuesto, con ciertos rasgos orientales; más tarde supe que su madre era japonesa. Debido a su extrema erudición, no tardó en convertirse en nuestro mentor y amigo, junto con la rubia, una estudiante que le ayudaba. Aquella misma tarde nos acompañó al arrecife en el que realizaba sus investigaciones: parecía conocer a los peces casi por su nombre de pila. Tras embutirnos el equipo de buceo, nos lanzamos al agua en un santiamén. Nunca podré acostumbrarme a la maravillosa sensación que produce el sumergirse en las diamantinas aguas de los mares tropicales. La careta de buceo es como una puerta que al abrirse suaviza las perturbaciones y pliegues del agua, dejando que uno penetre sin el menor esfuerzo en un mundo mágico de inimaginable belleza. Al principio nos dejamos llevar sobre la dorada arena, contemplando las insólitas reverberaciones que la luz solar producía. Pequeños grupos de pastinacas, semejantes a sartenes salpicadas de extrañas motitas, se alejaban en todas direcciones, asustados por nuestra presencia. Aquí y allá, se esparcían pequeñas islas de coral, brillantes como joyas y adornadas con esponjas y pólipos de vivos colores, cada una con su correspondiente comparsa de peces. Los había para todos los gustos: naranja, escarlata, azul cielo y amarillos, a rayas o con lunares, pudiendo escoger entre un amplio surtido de formas y tonalidades. En aquel preciso instante divisamos el arrecife, plagado de grutas, canales e intrincados jardines de esponjas, rodeados de enormes castillos de coral desde cuyas almenas ondeaban multitud de arbustos y plantas marinas. Parecía el resultado de una batalla entre gigantes, cuyos cráneos y esqueletos hubieran quedado atrapados entre el coral. A nuestro alrededor, los peces se alimentaban plácida y ruidosamente, dirigiéndonos quién sabe si velados insultos.

Tras internarnos en un túnel especialmente tortuoso, reparamos en un grupo de erizas, diminutas esferas negruzcas, que se arracimaban sobre las paredes de la gruta. En un ensanchamiento del túnel nos topamos con un pequeño banco de arena cubierto de babosas negras y rechonchas. Parecían salchichones sobre el mostrador de una tocinería marina. Ante nosotros se extendía un vasto valle repleto de peces que, al igual que nosotros, intentaban mantener su posición a pesar del fuerte oleaje. Seguimos deslizándonos hasta llegar al borde del arrecife, cuya base se perdía de vista en las profundidades entre la más tenebrosa oscuridad.

Mark conocía estos arrecifes como la palma de su mano. Nos conducía, sin ningún tipo de problemas, entre aquel intrincado laberinto hasta las especies más interesantes. Totalmente familiarizado con el lugar, su ayuda resultaba impagable.

El lenguaje de las aves, el de los mamíferos, o incluso el de los reptiles, se estructura a base de pequeños gestos y movimientos, y resulta extremadamente difícil de descifrar. Si difícil resulta entender lo que intenta comunicar el lobo al mover la cola de una determinada manera, algo parecido ocurre cuando se intenta desentrañar el comportamiento de los peces. ¿Por qué aquel pez se tumbaba de costado? ¿Por qué aquel otro permanecía boca abajo? ¿Qué intentaba defender tan apasionadamente uno de ellos? ¿Qué pretendía aquel otro persiguiendo así a sus congéneres? Sin la ayuda de Mark no habiéramos podido comprender nada de lo que veíamos.

Tomemos, por ejemplo, a la doncella del mar. Esta pequeña criatura, regordeta y aterciopelada, es una entusiasta de la jardinería. La doncella selecciona su guarida entre el coral y amontona minúsculas cantidades de alimento, delimitando de este modo su territorio y su despensa. Además, defiende sus posesiones con inusitada bravura, como comprobamos tras filmar a una de ellas protegiendo su parque ante la inocente aproximación de un enorme erizo. De todos modos, no tardamos en comprobar que las intenciones del erizo no eran del todo pacíficas: el muy ladino pretendía irrumpir en el jardín de la doncella, de ahí su despliegue de agresividad. Una mañana, vimos a nuestra amiga la doncella al borde de la desesperación, ya que su precioso jardín era visitado por todo un grupo de peces-loro. Estos peces, grandes y llamativos, suelen contonearse sobre el arrecife como pandillas de maleantes y el ruido que producen al rascar el coral puede oírse a gran distancia. Había tal número de ellos que la pobre doncella no sabía por cuál empezar. Los agresores adoptaron una inteligente estrategia; uno de ellos entraba en el jardín, robaba un pedacito de su alimento y huía a toda prisa perseguido por la doncella del mar, que no tardaba en recuperar su propiedad. Pero mientras ésta estaba ocupada, el resto del grupo se abalanzaba sobre el alimento y la doncella iniciaba una nueva persecución; el mismo proceso se repetía una y otra vez. Afortunadamente, llegamos antes de que los peces-loro causaran gran daño y los ahuyentamos. Pero nuestra amiga la doncella nunca llegó a confiar en nosotros. Tal vez sospechaba que Lee estaba a dieta de algas y no quería correr riesgos.

Mark nos mostró aspectos fascinantes de la vida en el arrecife, pero ninguno tan interesante como la vida sexual del *cynobetias*. Ni el mismísimo Freud podría psicoanalizar con éxito a uno de estos animales. Para empezar, no sabría distinguir a los machos de las hembras, lo que puede acarrear serios problemas. Amarillo en su juventud, el *belloti* muda de color a medida que va creciendo, llegando al azul oscuro en la edad adulta. Entonces es el momento de buscar territorio propio y defenderlo a la espera de pretendientes. Este pez, grande y atractivo, puede aparearse con más de cien hembras al día, un dato que deja las hazañas de cualquier humano a la altura del betún. Las hembras, deslumbradas por su brío, suelen encontrarlo irresistible y visitan a docenas su apartamento de coral. Y es aquí cuando surgen problemas. Los machos jóvenes, demasiado débiles para defender un piso de soltero, penetran en territorio de los adultos y atacan a las hembras, obligándolas a desovar y soltando su esperma sobre los huevos. Este método no resulta del todo satisfactorio, ya que la mayor parte del esperma y de los huevos se pierde en el agua. En teoría, los machos jóvenes han

de defender su territorio y aparearse en él con las hembras del modo adecuado, así que su ilusión es crecer, cambiar de color y adquirir un «picadero» propio.

Resulta evidente que el número de huevos que una hembra puede depositar es muy pequeño comparado con la extraordinaria potencia de los machos, así que ¿cómo se las arreglan? Parece cosa de magia, pero resulta muy normal para un *belloti*. Simplemente, cambian de sexo: las hembras amarillas se convierten en machos azules, suficientemente fuertes para defender su territorio. Una vez conseguido el cambio, se aparean con docenas de hembras diariamente. Supongo que se trata del primer movimiento feminista submarino. La vida amorosa del *belloti* es muy interesante, aunque un tanto confusa para el naturalista aficionado.

Días después, filmamos a la doncella defendiendo su paraíso y la inusitada actividad sexual del *belloti*, entre otras cosas. Alastair estaba tan preocupado que intentó darnos instrucciones bajo el agua y casi se ahoga. Hay que reconocer que se trató de un rodaje memorable.

Aunque nuestro siguiente destino era Barro Colorado, Lee y yo nos quedamos unos días en San Blas preparando el viaje. Decidí que era el momento oportuno para tener unas palabras con Israel, el propietario del hotel. No suelo discutir con el personal de los hoteles donde me hospedo, pero en este caso lo creí necesario. No nos preocupaba la arena en la habitación, ni que la ducha se estropease de repente, pues todo ello carecía de importancia en aquel lugar paradisíaco. Lo que nos traía de cabeza era la comida. El desayuno, consistente en café, tostadas, mermelada y cereales, era muy apropiado, pero no sucedía lo mismo con el resto de las comidas.

—Israel, quisiera hablar contigo sobre la comida.

—¿Eh? —me respondió. (Olvidé señalar que su inglés dejaba mucho que desear.)

—La comida. El desayuno es muy bueno.

—Desayuno bueno, ¿eh?

—Mucho. Pero ya hace dos semanas que estamos aquí, Israel, dos semanas.

—Sí, dos semanas.

—Y ¿qué hemos comido cada día?

—Langosta —respondió, tras meditarlo unos instantes.

—Exacto. Langosta todos los días. Langosta para comer y langosta para cenar.

—Pero te gusta la langosta, ¿no?

—Me gustaba —corregí—. ¿No podrías servirnos alguna otra cosa, para variar?

—¿Quieres otra cosa?

—Sí. Pulpo, por ejemplo.

—¿Pulpo?

—Sí.

—De acuerdo, te daré pulpo —dijo, encogiéndose de hombros.

Durante los cinco días siguientes comimos pulpo hasta reventar.

El día de nuestra marcha, mientras tomábamos una copa bajo las palmeras, Israel se presentó visiblemente excitado. Señalaba una canoa repleta de mujeres y niños, con los que había discutido enérgicamente. Le persuadí para que se calmara y me explicara qué sucedía exactamente.

La tarde anterior, un indio llegó al bar desde una de las islas vecinas con la intención de celebrar una racha de buena suerte. Bebió hasta muy tarde y marchó hacia su casa dando tumbos. Su mujer, inquieta por la tardanza del marido, embarcó en una canoa a toda la familia y salió en su busca. Todo lo que

encontraron fue su canoa vacía flotando sobre el arrecife. Tras responsabilizar a Israel de su muerte por proporcionarle la bebida, le instaron a que buscara el cadáver. Israel quería saber si podía contar con nuestra ayuda.

Cualquier mujer se hubiera arrojado ante una proposición semejante, a excepción de mi esposa.

—¡Qué emocionante! —aseguró—. Aún tenemos tiempo ¿no?

—Sí. Nada más agradable que un baño de despedida con cadáver.

Mientras nos preparábamos, un huésped recién llegado al hotel salió a nuestro encuentro. Se trataba de una morena voluptuosa de sonrisa dentífrica, cuyo bikini resultaba innecesario de tan pequeño. No pude imaginar el motivo de su estancia en un lugar tan primitivo como San Blas.

—Disculpen —pricipió, mostrando una larga fila de dientes nacarados—. ¿Van a tomar un baño?

—Algo parecido.

—¿Les importa que vaya con ustedes?

—Claro que no. Pero vamos a buscar un cadáver.

—Sí —contestó ladeando la cabeza—. ¿De verdad que no les importa?

—Si no le da reparo... —contesté, galante.

Al subir a la barca, casi nos asfixia con una mezcla de Chanel número 5 y Ambré Solaire.

Israel nos condujo hasta el arrecife donde había sido hallada la canoa vacía. La afligida familia del finado buscaba con tesón entre las límpidas aguas. Israel propuso comenzar por un extremo del arrecife mientras Lee y yo hacíamos lo propio por el otro. Miss Copacabana ya se había sumergido en el agua con toda elegancia y permanecía agarrada a un lado de la barca. Parecía estar fuera de su ambiente natural.

—¿Va con Israel o se viene con nosotros? —le pregunté.

—Iré con ustedes.

A los diez minutos nos reunimos con los demás. Ni Lee ni yo habíamos encontrado nada. Con el agua por las rodillas, me acerqué a Miss Copacabana.

—¿Lo ha visto? —le pregunté.

—¿El qué?

—El cadáver.

—¿Qué?

—El cadáver. El muerto.

—¿El muerto? —graznó ella—. ¿Qué muerto?

—El muerto que estamos buscando, ya se lo dije.

—¡Oh, *Madre de Dios*². ¿Un muerto? ¿Aquí en el arrecife?

—Sí.

—¿Y han dejado que me meta en el agua con un cadáver?

—Usted se empeñó en acompañarnos.

Ipsa jacto, nuestra Venus particular volvió a la barca batiendo todos los récords y se agazapó en su interior.

—Vaya —intervino Lee, taimada—. Si llega a toparse con el difunto le da un síncope.

Ya era la hora de tomar el avión, pues nuestra búsqueda sólo nos había reportado una dama histérica. De todos modos, me inclino a pensar que lo que hicimos fue

una temeridad: no hay nada más atractivo para los tiburones que un cadáver flotante.

Mientras sobrevolábamos por última vez aquellas preciosas islas, nos prometimos regresar algún día para tomar un baño en aquel paraje encantador y ampliar los conocimientos gastronómicos de Israel.

² En español en el original. (*N. del T.*)

PLANO CUARTO

Media hora, aproximadamente, nos llevó llegar a Barro Colorado. Al aproximarnos, no tardamos en avistar los bosques en los que íbamos a trabajar. Nuestra lancha se deslizaba sobre las oscuras aguas en dirección a un multicolor laberinto de árboles. La selva era densa e intrincada, una masa de brillantes colores verde, rojo y marrón salpicada a trechos por cimbreantes orquídeas púrpura, que pendían de los árboles más altos. En una ocasión, dos tucanes de enormes picos amarillos volaron pesadamente sobre aquel vergel. Al desembarcar vimos varios colibríes opalinos revolotear sobre las flores. A primera hora de la mañana, el cielo era ya de un azul intensísimo y el sol nos hacía sudar la camiseta. Sentíamos el fragante aroma del bosque a nuestro alrededor, la delicada esencia de un millón de flores, hongos y frutas y el perfume de las raíces muertas que se cocían al sol.

La isla aparecía erizada de frondosas colinas cuyos reflejos se difuminaban en las aguas como dibujos al pastel. Junto al embarcadero, una enorme mariposa del tamaño de una golondrina hizo varias piruetas sobre nuestras cabezas, desapareciendo al momento entre la vegetación. Tras desembarazarnos de nuestros bártulos, contemplamos la escarpada pendiente de la colina más próxima, parecida a uno de aquellos templos aztecas que Lee y yo visitamos en Méjico unos años antes. Por la ladera descendía una especie de funicular tirado por algo parecido a una locomotora monorraíl. Apilamos el material en uno de sus vagones, al tiempo que dirigíamos un rápido vistazo a la cima.

—Bueno —comenté—. Subiré caminando, aunque sólo sea para poder decir que lo he hecho; pero luego me apunto al Orient Express.

Fue una de las decisiones más desafortunadas de mi vida. A mitad de camino ya estaba agotado y bañado en sudor. Al llegar a la cima sólo me restaban fuerzas para derrumbarme en una silla y aferrarme a la cerveza que Lee me tenía preparada. Para mi fastidio, Lee no mostraba en su rostro el menor síntoma de fatiga.

Comprobé que todo el equipo había estado muy ocupado buscando los mejores lugares para filmar y tomar fotografías de los animales, la mayoría de los cuales ya sufrían el acoso de docenas de atareados científicos. Alastair no tardó en acercarse para explicarme lo que había visto.

—Hay buen material por aquí. Me refiero a, tal vez... sala de montaje, pero... parece interesante, sí, hay esas... cosas que rugen... monos, sí, y montones de árboles enormes cubiertos de epicetos.

—¿Epicetos? —le pregunté, convencido de hallarme ante una nueva especie de planta parasitaria sólo existente en Barro Colorado.

—Sí, ya sabes, esas cosas puntiagudas que parecen orquídeas.

—Querrás decir epífitas.

—Eso. Ya sabía yo que era algo parecido —apuntó Alastair con aplomo—. Y también había cosas de esas con largas... eh... narices, nombre divertido.

—¿Tapires?

—No, con la nariz muy larga, van olisqueando, muy divertidos. —Alastair parecía algo disgustado por mi ignorancia ante una explicación tan detallada.

—¿Osos hormigueros? —le pregunté.

—No, no, no; van por el suelo.

—Y los osos hormigueros también.

—Los llaman algo así como «cocas».

Lo pensé detenidamente. La comunicación con Alastair resultaba siempre muy difícil, pero cuando éste olvidaba algún nombre o se equivocaba, la cosa era tan complicada como descifrar los manuscritos del mar Muerto con un diccionario portugués-esquimal.

—¿No querrás decir coatimundi? —le pregunté en un momento de inspiración.

—Sí, eso —confirmó Alastair, triunfante—. La nariz larga, olisquean, suben a los árboles.

Al poco, nos adentramos hacia el centro de la isla para observar los lugares que Alastair había escogido y poder echar un vistazo a los animales. Cada vez que visito los trópicos, me siento embargado por la misma emoción indefinible al penetrar en lo más oculto de la selva. En un primer momento, los ojos necesitan acostumbrarse a la penumbra. La primera impresión suele ser de frescor, un frescor húmedo como de mantequera. Aunque esto es relativo, ya que uno sigue sudando a chorros. Lo segundo que adviertes es la increíble lozanía de las plantas que te rodean. Por todas partes surgen nuevas especies de exuberante riqueza. Árboles gigantescos, de raíces semejantes a los contrafuertes de una catedral, quedan firmemente entrelazados por una maraña de lianas y enredaderas. Así dispuestos, parecen los mástiles de un grupo de goletas que, el velamen convertido en harapos, hubieran naufragado tierra adentro.

En algunos lugares, el bosque parecía dotado de vida propia. Era lo menos que se podía pensar a la vista de las numerosas hileras de hormigas que, tras hacerse con un pedacito de hierba, volvían apresuradamente a su escondrijo. Entre matorrales y troncos caídos, recorrían una distancia de más de cien metros en apretada fila; vista más de cerca, se asemeja a una diminuta regata de verdes veleros.

A medida que nos adentrábamos en la selva, más audible se nos hacía la estrepitosa conversación de un grupo de monos aulladores. Aquel impresionante barullo, mezcla de aullidos y chirridos, hacía que el bosque rechinara de un modo aterrador. Al momento, nos topamos con los monos. Negros como el azabache, saltaban con torpeza de rama en rama, tomaban el sol o simplemente se atiborraban de hojas y jugosos brotes. Sus largas colas prensiles les permitían balancearse sobre aquel jardín aéreo sin utilizar las manos. En cuanto advirtieron nuestra presencia reaccionaron de un modo bastante agresivo, arrojándonos hojas, ramitas y otros proyectiles menos gratos.

—Se están pasando de la raya —se quejó Alastair tras esquivar una bola de excrementos.

—No te ofendas, Alastair —le consoló Paula—. Es probable que esos bichos de ahí arriba ya se hayan topado antes con algún realizador de televisión.

Los monos, al comprobar que la lluvia de ramas y excrementos no surtía efecto, rompieron a gritar desaforadamente para convencernos de que aquél era su territorio.

Aquello me recordaba a los coros del Ejército Rojo entonando el himno de Mongolia Exterior.

—Creo que están asustados —advirtió Paula a voz en grito.

—Lo mejor sería... ya sabes... gritar, sí... sitio alto... árboles —dijo Alastair.

—Hay un altozano por aquí cerca.

—Perfecto.

—Y mide más de cuarenta metros —informó Paula con entusiasmo.

—Fantástico —espeté, algo receloso—. Me encantará ver a Alastair trepando por él.

—Perdona, cariño, me olvidé de que no te gustan las alturas —se excusó Paula—. No te preocupes. Subiremos el equipo mientras Lee y tú nos esperáis aquí abajo.

—Eres la productora ideal, Paula.

Al poco nos internamos en el bosque, teniendo buen cuidado de no pisar a las laboriosas hormiguitas. Había tantas que el bosque seguía en pie de puro milagro. El transporte de hojitas constituye, en realidad, una forma de cultivo, ya que las hormigas amontonan el material en almacenes subterráneos con el fin de que, al descomponerse, crezcan los hongos que les sirven de alimento. En cierto modo, advierten que la defoliación masiva de la zona les acarrearía la muerte por inanición, de manera que seleccionan cuidadosamente sus objetivos, sin explotarlos en demasía.

A la mañana siguiente nos dirigimos hacia un claro del bosque, nacido tras la muerte de uno de los árboles más altos. Las lluvias torrenciales habían socavado el terreno y el árbol cayó con la misma facilidad que un dentista saca una muela. Este caso demuestra realmente la fragilidad de los bosques tropicales. El suelo es tan poco consistente que los árboles han de desarrollar poderosas raíces para mantenerse erectos. Por otra parte son autosuficientes, ya que sus propias hojas, al descomponerse, producen el humus que les sirve de sustento. El proceso es tan rápido que sólo una pequeña capa de suelo resulta útil. La tala indiscriminada de estos árboles, cada vez más extendida, deja al descubierto el fino estrato de humus, que dura muy poco tiempo como terreno cultivable, ya que desaparece con la erosión. De todos modos, la muerte natural de los árboles es muy beneficiosa para el bosque. Al caer, arrastra consigo a otros árboles de menor tamaño y abre una brecha de dimensiones considerables. El sol ilumina el claro y permite que arbustos y enredaderas, sumidas hasta entonces en la oscuridad, crezcan a gran velocidad. Muchos brotes esperan una oportunidad como ésta para dispararse hacia el cielo, antes de que otras plantas les cierren el paso. La muerte de uno de estos gigantes constituye el punto de partida para nuevas formas de vida.

Mientras permanecíamos en aquel claro llegaron hasta nosotros unos chillidos que provenían del interior del bosque. No necesitamos caminar mucho rato para darnos de bruces con un grupo de monos araña que comían alegremente bajo los árboles. El apelativo de monos araña los define con propiedad, ya que sus oscuras extremidades y su larga cola, tan útil y prensil como un tercer brazo, les confiere un aspecto muy semejante al de la araña. Al contrario que los aulladores, los monos araña se sentían atraídos por nuestra presencia y se acercaban más y más a cada momento. Uno de ellos en particular, mostraba un interés especial por Lee o, mejor dicho, por la naranja que tenía en la mano. Poco a poco, se fue aproximando hasta detenerse a pocos metros de ella. Aquel antropoide negruzco observaba a Lee como lo haría un antropólogo al estudiar las costumbres alimenticias de un aborigen. Para nuestra sorpresa, tomó uno de los gajos que le ofrecíamos y se lo llevó a la boca, no sin antes observarlo detenidamente. A partir de ese momento, nos siguió entre la maleza con aire pensativo y sólo nos abandonó al comprobar que no nos quedaban más naranjas. Alastair decidió rastrear la zona en busca de alguna especie digna de ser filmada. La pequeña expedición dio sus frutos: al día siguiente, Alastair apareció con uno de mis animales favoritos: el perezoso. Esta insólita criatura, de pequeña cabeza

y ojos protuberantes, lleva dibujada en el rostro una eterna sonrisa entre soñadora y benevolente. Es tan lento y confiado que se deja coger sin reparos de todas las maneras imaginables y sólo se aparta un par de metros cuando, tras media hora larga de observación, empieza a inquietarse. Los perezosos son unas criaturas maravillosas. El hecho de pasar largas temporadas boca abajo unido a su dieta a base de hojas indigestas, hace que sus órganos no se parezcan en nada a los de cualquier otro mamífero. Su metabolismo es tan lento como sus movimientos, casi tan lento como la burocracia. Por ejemplo, el perezoso pasa más de una semana sin orinar.

La piel del perezoso es diferente a la de los otros animales. El pelo de los mamíferos crece a partir del espinazo, así que la raíz, por decirlo así, se halla emplazada en su columna vertebral. Sin embargo, el pelo del perezoso se extiende a partir de su panza, subiendo progresivamente hacia la espalda y esto le proporciona una mayor protección contra la lluvia, por ejemplo, cuando están boca abajo. Su piel se adapta en modo hartó extraño al entorno, ya que permite el desarrollo de unas algas verdeazuladas entre el pelaje. Esto confiere al animal un color verdoso que actúa como camuflaje entre las hojas. El perezoso parece, así, una especie de jardín ambulante.

Aún más curiosas son las diferentes especies de ácaros que pueblan el pelaje del perezoso, así como un tipo especial de polilla llamada polilla trompetera.

Existen unas doce mil especies de este tipo repartidas por todo el mundo, algunas bastante curiosas. Por ejemplo, las hay que tienen un tímpano en la base del abdomen. Este órgano auditivo les permite captar los ultrasonidos producidos por los murciélagos, pudiendo así escapar de tan temible depredador. Algunas de sus larvas viven en plantas acuáticas, y se adaptan de tal manera a ese medio que llegan a desarrollar branquias. Esta variedad guarda una curiosa relación con la polilla. Ésta deposita sus huevos entre el pelaje del perezoso y las algas que allí crecen sirven de alimento a las larvas recién nacidas. De este modo, el perezoso no constituye tan sólo un jardín ambulante, sino también un hotel ambulante para estos insectos.

Nuestro siguiente invitado a posar frente a las cámaras fue el hormiguero enano, un animal tan pequeño que cabe en la palma de la mano. Como el perezoso, este oso hormiguero, el más pequeño del mundo, se adapta perfectamente a la vida en los árboles. Su pelo, de un color ambarino, es corto y denso, muy suave al tacto. Su cola prensil está pelada en su extremo, lo que le permite asirse más firmemente a las ramas. Tiene un hocico corto, parecido a una cañería, pequeños ojitos y orejas escondidas entre el pelaje. Lo verdaderamente extraordinario de este animal son sus pies. Sus extremidades, gordezuelas y rosadas, acaban en tres dedos muy finos, de los cuales el central es el mayor. Estas pequeñas garras pueden cerrarse como la hoja de un cortaplumas. El talón de sus pies está constituido por una almohadilla muscular en forma de copa que le permite agarrarse a las ramas como una ventosa. Cuando está en peligro, el hormiguero enano enrolla la cola en una rama, fija sus pies en otra y ataca a su adversario con las afiladas garras. A diferencia del perezoso, cuyos dientes, romos y sin esmalte, le sirven de pinzas, el hormiguero enano no tiene dientes. Sólo dispone de una lengua, larga y pegajosa, y de un poderoso estómago que tritura las hormigas que le sirven de alimento.

Durante la filmación, el hormiguero demostró una gran presencia de ánimo y se acostumbró con facilidad a nuestra presencia. Tanto es así que se encariñó con Lee, enrollando la cola en su pulgar entre toma y toma. Cuando llegó el

momento de la despedida, se resistía a dejarnos y permaneció un buen rato espiándonos entre los matorrales.

A pesar de los metros y metros de película que habíamos rodado acerca de las distintas actividades de las hormigas de la zona, Alastair se empeñó en filmar su vivienda subterránea.

—Me gustaría... ya sabes... creo que... bueno, jardines —propuso con un gesto parecido al de un ahorcado—. ¿Hongos, ya sabes... bajo tierra?

—La única manera de hacerlo es cavando, cariño —le respondió Paula, siempre práctica.

—¿Es posible? —preguntó Roger—. ¿No demasiado profundo?

—A veces los hongos quedan cerca de la superficie —le informé—. Pero no creo que a las hormigas les guste que entremos en su casa así, por las buenas.

—Paula, tú tgaes palas y nosotgos cavamos, ¿eh? —propuso Roger con entusiasmo—. Desentegamos los pequeños *jardins des champignons*, ¿no?

—Sí... palas. Traed algunas palas.

Al momento, Paula se dirigió al campamento y volvió con unas cuantas palas. La palabra «productor» significa precisamente eso: sacar del sombrero todo tipo de cosas, desde un camión de cuatro ejes hasta una lancha motora, pasando por una botella de whisky.

—Manos a la obra —ordenó Alastair.

Él y Roger empezaron a cavar. Como yo tenía alguna experiencia con ese tipo de hormigas, tomé del brazo a Lee y a Paula y las aparté del lugar. Estos animales son de una especie muy desarrollada. Toda la colonia se forma a partir de la hormiga reina, que en su vuelo nupcial trae gran cantidad de hongos para alimentar a sus futuros súbditos. Una vez acabada la boda, la reina planta los hongos en un cámara especial, abandonándolos con sus propios excrementos. Si los hongos mueren, la colonia desaparece, pero cuando tiene éxito, la colonia se expande a un ritmo trepidante, alcanzando el millón de habitantes. Se lo estaba contando a Paula y a Lee, cuando las hormigas decidieron acabar con aquella intromisión. En un primer momento, Roger y Alastair parecían dos jardineros preparando un semillero con gran atención; pero instantes después saltaron y se retorciaban de un modo que hubiera dado envidia al ballet de Moscú. Acompañaban su número con gritos de agonía e insultos de toda clase.

—Virgen santa —exclamó Alastair mientras pataleaba—. ¡Ay, ay! Me están mordiendo las muy...

—Ay, ay. *Merde alors!* —le acompañaba Roger dando manotazos a sus pantalones—. Muegden, muegden.

El motivo no era otro que Alastair llevaba pantalones cortos y calzaba un viejo par de playeras y ello no le protegía del ataque de las hormigas, que intentaban devorarlo. Roger lo tenía aún peor, ya que llevaba unos pantalones muy ajustados que permitían la rápida ascensión de las hormigas por sus pantorrillas. Algunas mordían sobre la tela y otras, las que se habían colado dentro, acosaban sus partes más íntimas. Las poderosas mandíbulas de estas hormigas, capaces de cortar las hojas más duras, hicieron estragos en las piernas de Roger y Alastair, que no tardaron en verse cubiertos de pequeños regueros de sangre. Apartamos a ambos del lugar y sacudimos las hormigas restantes. Paula realizó los primeros auxilios a base de antibióticos.

—¿Has visto? —dijo Alastair, jadeante—. Las muy bestias querían devorarme.

—¿Y yo qué? —intervino Roger—. A mí ir por las partes íntimas. A mí querer dejar eunuco.

Más tarde, con los pantalones hechos trizas, lograron desenterrar parte del hormiguero y preparar la filmación.

Uno de los capítulos más fascinantes de la historia natural, en lo que atañe al bosque, y tan difícil de filmar como el hormiguero, es el caso de la higuera gigante y de la avispa higuera. Su extraña relación no ha sido descubierta hasta hace poco y muestra el grado de complejidad del bosque tropical y cómo cada planta o animal no es más que un elemento en el conjunto del ecosistema, ya que sin higuera la avispa higuera perecería, y sin avispa la higuera no podría reproducirse y su número se iría reduciendo hasta la extinción.

Las flores del higo presentan una estructura muy curiosa; y de hecho parecen más una fruta que una flor. Cada higo aloja en su interior una serie de flores diminutas y se une al árbol mediante una especie de palanquita situada en un extremo; el otro extremo presenta una pequeña abertura cubierta de escamas. Los higos tienen flores masculinas y femeninas, que intercambian el polen de una manera tan bella como sorprendente. Sucede lo siguiente.

Las flores que maduran primero son las femeninas, y su perfume atrae a las avispa femeninas cuyas patas suelen estar impregnadas del polen de otras higuera. Para llegar a las flores, la avispa debe introducirse por la pequeña abertura escamosa de uno de sus extremos. No es tarea fácil, ya que las escamas son muy rígidas y la hembra de la avispa higuera es bastante frágil, motivo por el cual suele perder alas y antenas en la operación.

Una vez dentro del higo, la avispa deposita sus huevos en el interior de las flores a través de un largo conducto abdominal. Las flores son de dos tipos: unas tienen los estilos largos y las otras los tienen cortos, de manera tal que sólo las de largos estilos reciben huevos mientras las otras se impregnan de polen. Mediante este proceso, las primeras producen larvas de avispa y las segundas semillas. Aunque esto ya es de por sí extraordinario, la cosa se complica aún más.

El siguiente paso llega cuando las larvas forman el capullo. Aparentemente, estos capullos segregan una sustancia que impide que el higo madure; en caso contrario, los higos serían consumidos o se pudrirían con los capullos en su interior. Al final, los capullos llegan a la madurez. Los machos son los primeros en nacer y, al momento, envuelven a las hembras, aún en gestación, para fertilizarlas. En este punto, el higo permanece herméticamente cerrado, de manera que la atmósfera en su interior contiene un diez por ciento de dióxido de carbono, cifra muy alta si la comparamos con el 0,3 por ciento del exterior. Sea como fuere, los machos horadan las paredes del fruto después del apareo y el nivel de dióxido de carbono desciende con rapidez. En cierto modo este proceso acelera el nacimiento de las hembras, así como la aparición de flores masculinas productoras de polen. Machos y hembras, todos a una, perforan las escamas de un extremo hasta encontrar la salida, momento en que las hembras, cargadas de polen y esperma, vuelan hasta otra higuera con flores femeninas, donde fundarán una nueva colonia. Los machos, al no tener alas, no pueden abandonar el higo y mueren.

Éste es sólo uno de los muchos casos fascinantes que se descubren a diario en los bosques tropicales, lo que le hace a uno meditar sobre la complejidad del mundo en que vivimos y darse cuenta de la amenaza que supone el hombre para el equilibrio del ecosistema.

Los bosques tropicales son uno de los mayores bienes que posee la humanidad, aunque a menudo los tratamos como si fueran un peligro. En realidad son el mayor almacén de medicinas, alimentos, madera, tintes y especias que se pueda

encontrar. Prueba de este desconocimiento es la enorme cantidad de plantas y animales que se extinguen aún antes de ser científicamente descritos. Se estima en más de cien mil kilómetros cuadrados la superficie de bosque tropical que es talada o se quema anualmente. A este ritmo, esta clase de bosques desaparecerá en ochenta y cinco años. Si esto llega a ocurrir —y no hay indicios de que la Humanidad vaya a cambiar su actitud de la noche a la mañana— la alteración del clima puede resultar catastrófica y convertir áreas fértiles en desiertos en muy poco tiempo. Podríamos extendernos acerca de los múltiples beneficios que nos han procurado los bosques, aunque, de hecho, sólo tenemos un vago conocimiento de este enorme ecosistema conocido como selva húmeda. No podemos ni imaginar el inestimable provecho que se esconde tras los árboles. No obstante, andamos empeñados en destruir de un modo casi maníaco algo que nunca se podrá crear artificialmente, algo de incalculable valía para la Humanidad. Algo, por otra parte, que se renueva a sí mismo si se explota con cuidado. Al paso que llevamos es probable que en menos de cien años, y con más bocas que alimentar, tengamos que cultivar en el desierto. Y todo por nuestro comportamiento egoísta e inconsciente. Ello nos incumbe a todos y cada uno de nosotros, independientemente de nuestra raza, credo o ideas políticas. Si no nos movemos con rapidez, nuestros hijos no tendrán la oportunidad de conocer la región biológica más importante y fascinante del planeta: el bosque tropical.

PLANO QUINTO

Sin duda hicimos bien en no ir directamente de Barro Colorado, donde las temperaturas se miden con uno delante, a nuestro siguiente emplazamiento, Riding Mountain, ya que la temperatura allí era de treinta grados bajo cero. Decir que hacía frío no es decir gran cosa. Al salir del coche, mi barba y mi bigote se helaron de golpe y Paula tenía tanto hielo sobre las pestañas que le era difícil mantener los ojos abiertos.

—Jesús —exclamó mientras contemplaba los campos nevados, el cielo plomizo y la enorme cabaña de troncos a la que acabábamos de llegar—. Vaya sitio habéis ido a escoger.

—Esto... nieve, espero que... aunque la luz no es muy buena. ¿Afecta la nieve a los animales? —preguntó Alastair describiendo círculos con los pies y comprobando la profundidad de la nieve. Lee le tiró una bola de nieve y, desafortunadamente, falló.

La cabaña pertenecía a Bob y Louise Sopuck, una encantadora pareja, nuestros nuevos anfitriones y colaboradores junto con sus vecinos Cheryl y Don Macdonald. Al decir cabaña de troncos no me refería a una de esas cabañas que se suelen ver en las películas del Oeste.

Este enorme edificio estaba construido, efectivamente, a base de troncos de pino gigante, pero allí acababa todo el parecido. Al entrar se podía comprobar que toda la enorme planta baja era una sola habitación. El techo se alzaba más de nueve metros por encima de nuestras cabezas, cobijando las áreas destinadas a cocina, salón y comedor. Unas escaleras llevaban a los dormitorios situados bajo los aleros y otras conducían a las bodegas y dormitorios situados en el sótano. Era una de las casas más raras que había visto en mi vida. Bob y Louise, excelentes cocineros, nos habían preparado un copioso almuerzo para poner nuestros cuerpos a tono tras las tres horas largas de viaje desde Winnipeg: sopa, pan casero y tal cantidad de carne de venado que por un momento creí que todos los ciervos del Canadá habían sido exterminados en nuestro honor. En realidad, Bob sólo caza un par de venados en todo el invierno, lo que supone una beneficiosa caza selectiva y, de paso, le provee de carne deliciosa.

Gracias a esta opípara comida y a la botella de whisky, mi barba retornó a su estado natural y Paula pudo abrir los ojos de nuevo. Sugerí que ella, Alastair y Rodney, nuestro *cameraman* canadiense, hicieran un reconocimiento de la zona mientras Lee y yo aprendíamos los misterios del esquí. No tardé mucho en descubrir que mi figura, mi *en bon point*, como dicen en francés, no estaba hecha para el esquí. Si me inclinaba hacia delante, caía de bruces; si me inclinaba hacia atrás, caía de espaldas; y si me mantenía erguido, caía hacia uno u otro lado, según fuera la dirección del viento. Caminar con raquetas de nieve era harina de otro costal. Resultaba sorprendente poder caminar sobre la nieve sin hundirse. Me sentía como ese pajarillo, la jacana africana, que se desplaza sobre los lirios como por una autopista. Estas raquetas, semejantes a las utilizadas para jugar a tenis, permiten andar sobre una profunda capa de nieve sin verse inmovilizado a los pocos pasos. Lo único complicado es dar la vuelta sin tropezar, y si uno no domina esta técnica puede darse más de un morrazo.

Una vez adquirida cierta práctica, Lee y yo salimos a explorar los alrededores. El cielo era de un color gris pizarra y parecía tan sólido que no tirábamos bolas

de nieve por temor a que rebotasen. Caían copos de nieve del tamaño de sellos de correo, tan finos y blandos como papel secante. A excepción del crujir de la nieve bajo nuestros pies, el silencio era completo: el mundo había enmudecido bajo la nieve. Los pinos parecían espolvoreados de azúcar y las ramas, de un verde intenso, oscilaban bajo su peso. En muchos lugares los árboles aparecían torcidos bajo la nieve y uno tenía la sensación de que posteriores nevadas acabarían por arrancarlos de cuajo. Llegamos a un pequeño lago, redondo y llano, parecido a un plato de leche bajo su capa de hielo y nieve. En sus riberas crecían numerosos pinos de tronco muy oscuro, semejante a bastones de carbón vegetal incrustados en el hielo. En su interior, los castores dormían a la espera de que la primavera fundiera el hielo y les permitiera bañarse en el lago.

El verano siguiente, cuando volvimos a Canadá, visitamos de nuevo este lago al amanecer. El cambio era espectacular. El agua mostraba un color dorado y todo el lago estaba rodeado de espesos matorrales semejantes a los flecos de un trapo de cocina, mientras que lirios blancos emergían de las aguas. El sol se alzaba sobre los relucientes árboles, levantando mechones de niebla en la superficie del agua.

Tras embarcarnos en una canoa, nos deslizamos río abajo hasta la madriguera de los castores, un promontorio curiosamente similar a un pastel gigante. A mitad de camino, una cabeza marronácea surgió repentinamente de las doradas aguas; pudimos comprobar que se trataba de un castor. Inmediatamente dejamos de remar para contemplar sus idas y venidas frente a la madriguera. Vigilaba el lugar como lo haría un auténtico guardia jurado. Sin embargo, cuando nos acercamos se asustó y golpeó la superficie con su enorme cola, haciendo que el impacto resonase por todo el lago como un disparo, antes de sumergirse en el agua. Al cabo de unos minutos, apareció en un lugar diferente; al ver que no nos había asustado lo bastante, golpeó otra vez la superficie y desapareció. Éste fue el único castor que vimos durante nuestra estancia en Canadá y no se mostró muy amable, que digamos.

De nuevo en la cabaña encontramos a Alastair muy animado, ya que había conseguido una enorme manada de ciervos de cola blanca y un alce un tanto reacio, lo que probaba que, en efecto, existían animales en estos helados parajes. Desde luego no puedo culpar a Alastair por pensar que esta zona estaba desprovista de vida (aparte de la humana), ya que sólo vimos un par de cuervos en nuestro viaje desde Winnipeg.

—Mañana podríamos filmaros a Lee y a ti con los ciervos de cola blanca y los alces —propuso Paula.

Paula había olvidado sin duda nuestros días en Madagascar, cuando sólo era la ayudante de producción y se la conocía por el sobrenombre de «golpe en el culo».³

—Y por la tarde podemos ir al lago. Alastair quiere filmarte pescando búhos.

—¿Cómo dices?

—Pescar búhos con un ratón —explicó Paula.

—¿Habéis bebido algo, acaso? —le pregunté.

—No, cariño, hablo en serio. Alastair ha leído en alguna parte que los científicos pescan búhos con ratones como cebo; para anillarlos, o algo así.

—¡Paparruchas! —le contesté—. Además, ¿por qué en el lago? No sabía que los búhos del Canadá fuesen acuáticos.

—No. Lo digo porque allí hay más espacio. En el bosque el sedal se puede enredar entre los árboles.

—No sé, no sé. Todo esto no tiene ni pies ni cabeza. ¿No puedes hacerle cambiar de opinión?

—No —respondió Paula escuetamente.

Aquella misma noche, Lee y yo tuvimos la oportunidad de contemplar por primera vez una aurora boreal. Bob y Louise no nos habían advertido, ya que este fenómeno es muy común en estos parajes y nos creían al corriente. Nos instalaron, muy amablemente, en su propio dormitorio; al meternos en la cama, notamos que del techo se desprendía una luz muy brillante. Tras apagar la luz, tuve motivos suficientes para quedarme perplejo. La enorme porción de cielo que se vislumbraba sobre nuestras cabezas parecía tener vida propia. Recortadas contra la profunda oscuridad del cielo se veían volutas, cortinas y mechones de color púrpura, azul y rosa, así como frondas blancas semejantes a nubes. A cada momento se separaban, alargaban y rehacían en formas diferentes, al tiempo que mudaban de color con cada movimiento. Me recordaba el caleidoscopio que tuve cuando era niño, un tubo triangular parecido a un microscopio. Ante la lente se colocaba un papel tramado o papel de plata y, al hacer girar el tubo, todo tipo de formas y colores se sucedían de un modo milagroso. En aquel momento me pareció que el cielo era como el visor de mi viejo caleidoscopio y que, sin ningún esfuerzo, se producían esos efectos sorprendentes, aunque mucho más sutiles y milagrosos que los producidos por el papel de plata. Observamos este insólito espectáculo durante más de una hora, hasta que desapareció entre un mar de estrellas. De no haber sido así, nos habiéramos quedado despiertos hasta el alba. Aquel fue, sin duda, el fenómeno más espeluznante, delicado y maravilloso que nunca hayan visto mis ojos.

A primera hora de la mañana, tras un desayuno principesco, nos internamos en el bosque, tan abrigados como unos astronautas equipados para moverse en la ingravidez. El mal tiempo había cambiado durante la noche, y ahora gozábamos de un cielo limpio y claro, mientras que el calor del sol fundía parte de la nieve acumulada sobre las ramas de los árboles.

Pensábamos aprovechar nuestra estancia allí para filmar la vida que sigue su curso bajo la fina capa de nieve. No hace mucho se descubrió que la primera capa de nieve cambia su composición al quedar cubierta por las sucesivas nevadas. Según parece, los copos se funden formando cristales de hielo, de manera que esta capa se convierte en un complejo entramado de túneles y cavidades. Este complejo subterráneo recibe el nombre de *pukak*. Estos pasillos de hielo son, evidentemente, unos grados más cálidos que el aire del exterior, ya que las diferentes capas de nieve actúan como aislante. De este modo, pequeños roedores pueden vivir confortablemente en el *pukak* alimentándose de raíces de especies como arañas e insectos, y consiguen pasar un invierno agradable en estado de semihibernación. Para mostrar las maravillosas propiedades aislantes de la nieve, Alastair propuso construir lo que los indios de Norteamérica llaman un *quinzhee*, el equivalente al iglú esquimal.

Mientras acompañado de mi séquito salí en busca de animales, la otra mitad, dirigida por Alastair, emprendió la construcción de un *quinzhee*.

No habíamos ido muy lejos cuando divisamos un alce de astas monstruosas entre los árboles. Los alces son unas criaturas de aspecto hartamente curioso, con sus

³ *Ass. Prod.*, abreviatura inglesa de «ayudante de producción», tiene también la acepción de «golpe en el culo». (*N. del T.*)

patas desgarradas y sus hocicos protuberantes. Siempre me han dado la impresión de estar formados a base de trozos de diferentes animales. Aquel ejemplar nos observó de un modo un tanto lúgubre, moviendo las orejas; y mientras dos columnas de vaho emergían de su hocico, desapareció pesadamente entre los árboles. El alce adulto es un animal magnífico, tan grande como un perchero y con una cornamenta enorme y retorcida. Tuvimos ocasión de observarlos detenidamente cierto día de primavera, mientras bebían en los arroyuelos cubiertos de lirios. Al hacerlo, sus cornamentas se sumergían en el agua, y quedaban decoradas con los tallos vegetales.

Diez minutos más tarde dos enormes alces salieron de nuevo al paso, mostrando sus cornamentas como huesudos candelabros. Nos observaron con desdén durante unos instantes antes de internarse en el bosque cuidadosamente para que sus astas no se enredaran entre las ramas. En aquel preciso instante apareció ante nosotros una manada de ciervos de cola blanca. Trotaban al unísono un tanto temerosas, aguzando el oído y el olfato. En cuanto advirtieron nuestra presencia se detuvieron y apretujaron entre sí, olisqueando el aire nerviosamente. Cuando ya parecían decididos a cruzar la carretera, uno de los ciervos, más nervioso que los demás, perdió la calma y provocó la rápida huida de sus compañeros entre nubes de nieve, y con sus pálidos lomos, semejantes a dianas en forma de corazón, balanceándose entre los árboles.

Al cabo de media hora divisamos un pequeño valle blanco que se extendía entre dos promontorios de árboles sin hojas. Llegados al lugar, los promontorios resultaron ser pequeñas manadas de búfalos que, apretujados unos contra otros, exhalaban nubes de vapor al pasar, cansinamente, sobre la profunda capa de nieve. Aquellas magníficas bestias araban con sus cuerpos el blanco y silencioso valle, semejantes a una avalancha de pelaje rizado, lomos musculosos y cuernos relucientes.

Durante unos diez minutos, los observamos detenidamente antes de que se perdieran de vista definitivamente. Ya nos disponíamos a abandonar el lugar cuando, del interior de la arboleda, apareció un enorme y viejo búfalo paseando confiadamente. El animal deambulaba sobre los campos nevados, blancos como una sábana. Tenía los cuernos curvos como arcos, la frente y el lomo cubiertos de bucles oscuros, el cálido aliento dibujando dos columnas de vapor sobre su cabeza. Se movía despacio, como un acaudalado caballero en su paseo matutino. Aquí la nieve ya no era tan profunda, de manera que sólo le llegaba a media pata. Siguió moviéndose pesadamente hasta alejarse unos trescientos metros del lindero del bosque. Allí se detuvo, meditabundo, mientras su aliento le envolvía el rostro en vapor. Al momento, diríase que a cámara lenta, dobló las patas delanteras, luego, las traseras, hasta desmoronarse sobre la nieve. Tras permanecer unos instantes en esta posición, y con un fuerte impulso, empezó a revolcarse sobre el terreno. Por espacio de diez minutos pudimos contemplar al búfalo tomando su baño de nieve entre gruñidos y pataleos. Cuando dio por terminadas sus abluciones se tendió, jadeante, sobre un costado, instantes después se levantó de un salto, sacudió con fuerza su pelaje y, con toda parsimonia, se dirigió de nuevo hacia el grupo de búfalos. Nos habíamos topado con el rey de la manada.

Al volver encontramos a Alastair con las mejillas coloradas por el esfuerzo, dando vueltas en torno a un pequeño montículo de nieve.

—*Quinzhee* —explicó, orgulloso, contemplando con emoción la nieve apilada—. Tenemos que... raquetas de nieve... y cavar.

Ayudándonos de nuestras raquetas de nieve, alisamos la superficie del promontorio y cavamos una pequeña abertura en uno de los lados. A través de esta abertura, cavamos hasta vaciar todo el interior. Era muy interesante comprobar que la nieve de la fachada no era más que eso, nieve, mientras que las paredes interiores, las que habíamos horadado nosotros, se cristalizaban, aislando por completo del exterior. Al introducirnos en el *quinzhee*, Lee y yo pudimos comprobar su poder aislante. Aunque la temperatura del exterior era de treinta grados bajo cero, la del interior se mantenía un grado sobre cero, lo que si no resulta muy comfortable, puede salvarte la vida si te ves obligado a pernoctar en estos parajes.

Justo cuando terminamos el *quinzhee*, una bandada de pájaros se acercó para ver qué nos traíamos entre manos. Los primeros en llegar fueron los herrerillos, tan frágiles y delicados que uno se preguntaba cómo podían sobrevivir a los rigores del invierno. Excitados por nuestra presencia, jugaban entre los árboles, trinando y revoloteando, pero acabaron por aburrirse y se fueron. Nuestros siguientes invitados fueron los verderones, maravillosos animales de gran pico dorado y plumaje verde oscuro, que destellaban entre las ramas de los pinos como pequeñas lucecitas doradas. Parecían mucho más nerviosos que los herrerillos, y no tardaron en desaparecer en las profundidades del bosque. Por el contrario, el siguiente visitante resultó ser más atrevido. Se trataba de un arrendajo, vestido con grises pálidos y negros brillantes. Apareció de repente de entre los árboles vecinos y vino a posarse en el más cercano a nosotros. Brincaba de rama en rama, deteniéndose para observarnos; ladeaba la cabeza de un modo que me recordaba irresistiblemente a Alastair. Los arrendajos asocian a los humanos con la comida y resultan por ello los más descarados y atrevidos pájaros del bosque. Tras hurgarnos los bolsillos, pudimos ofrecer a nuestro amigo unas migas de galleta y un puñado de cacahuetes.

El arrendajo no tuvo reparo en posarse en nuestros dedos y picotear todo lo que se le ponía al alcance. Cuando tuvo el pico lleno, voló hasta un árbol cercano. Y lo que hizo fue sorprendente. Tras encontrar una rama apropiada, enganchó el alimento en ella, usando como adhesivo su pegajosa saliva. De este modo se hizo con todos los cacahuetes y las galletas que le ofrecimos y los repartió entre seis o siete árboles como despensa para el futuro. Pareció un tanto molesto al comprobar que ya no nos quedaban más golosinas. De todos modos, con lo que había almacenado se podrían alimentar diez de sus congéneres durante una semana.

Cuando atardecía decidimos regresar a casa; Alastair se mostraba impaciente por filmar la secuencia de la pesca del búho. Bob consiguió sedales, así como un par de ratones disecados como cebo. Solemnemente, nos dirigimos al lago helado. Bob me enseñó brevemente cómo lanzar el sedal, pues nunca había pescado con caña. Me mostró cómo agitar la caña en el aire, ilustrando sus explicaciones mediante el lanzamiento del ratón a más de cincuenta metros hacia delante y haciéndolo caer sobre el hielo con la ligereza de una pluma. Me pareció tan fácil que no podía entender por qué los pescadores le dan tanta importancia a esta maniobra. Tomé la caña con toda confianza, apunté hacia el cielo e hice lo que creí iba a ser un lanzamiento perfecto.

Desafortunadamente, el maldito sedal, en vez de desenrollarse y dejar que el ratón descendiera grácilmente sobre el hielo, actuó como un látigo y el ratón se partió en dos mitades. Una de ellas salió despedida hacia el horizonte; la otra, cabeza y patas delanteras, fue lo único que quedó sujeto a la cuerda.

—Cariño —acertó a decir Paula cuando dejó de reír—. El presupuesto no incluye gastos extras para ratones.

—Menos mal que tenemos uno de sobra —se consoló Alastair.

—Me parece que voy a practicar un poco con lo que queda de éste —le respondí—. No quiero echar a perder también el otro.

—Todo el que vea esta secuencia convendrá en que el ratón se partió de risa —aseveró Alastair, satisfecho por su chiste malo.

Así pues, me dediqué a ensayar con mi medio ratón. Una vez adquirida cierta maestría, atamos el ratón entero al sedal y filmamos la secuencia. Ni que decir tiene que no se acercó ni un solo búho en todo el tiempo.

Esa misma noche, la última que pasamos en Riding Mountain, pudimos contemplar de nuevo la belleza de la aurora boreal. Durante dos o tres horas, permanecemos acostados observando las insólitas formas y colores, siempre cambiantes, que nos ofrecía la noche. Me hubiera gustado ser capaz de pintar semejante belleza, aunque era evidente que ningún cuadro resistiría la comparación con aquel alucinante fenómeno.

Nuestra siguiente visita al Canadá tuvo lugar en verano, cuando aquellos parajes presentan un aspecto totalmente distinto, con árboles rebosantes de hojas y flores por doquier. Nuestro destino era Banff, uno de sus parques nacionales más importantes, situado en el centro de las Rocosas, cordillera que ofrece algunas de las vistas más espectaculares del mundo. Montañas, laderas y picos se suceden sin descanso, como un gigantesco mar embravecido y esculpido en piedra. Bosques de pinos se extienden por las laderas, la nieve corona los picos y, aquí y allá, pequeños glaciares, semejantes a la cera derretida de una vela, se aferran a las montañas. El parque era maravilloso; cada rincón ofrecía una vista espectacular de las montañas, y uno llegaba a pensar que ése era el lugar más hermoso del parque; opinión que quedaba olvidada en cuanto se avistaba el siguiente. Las laderas eran tan escarpadas que sólo crecían árboles en su base, pero cada pico tenía nieve en sus valles y salientes, que parecían pañales recién lavados extendido sobre las desoladas rocas.

Hicimos un alto en el camino y, entre un grupo de árboles, encontramos gran cantidad de moras silvestres, brillantes como farolillos, de las que dimos buena cuenta. Parece ser que a los osos pardos y negros, ambos inquilinos del parque, les gustan las moras con pasión y hay que actuar con prudencia si uno no quiere toparse entre las matas con uno de ellos.

Sobre nuestras cabezas se erguían, solemnes, un par de escarpadas montañas. Un pequeño valle, semejante a un cuenco, se extendía entre sus laderas. Sobre tan verde superficie resaltaban unas motitas blancas. Lo que tomé en un principio por manchas de nieve resultaron ser, tras una observación detenida, un grupo de animales de los más interesantes de la zona: la cabra montesa de las Rocosas. No hay que dejarse engañar por el nombre. La cabra montesa de las Rocosas es la reina de las cabras. Con su suave abrigo blanco, más suave aún que el cachemir, y sus cuernos, pezuñas y hocico negros, es el más elegante de los animales. A diferencia de los otros ungulados monteses, esta cabra no muestra temor o prisa en sus movimientos, sino que se desplaza lentamente y con seguridad. Tanto es así, que vimos una de ellas intentando saltar un precipicio para llegar a un pequeño saliente y, al comprobar ya en el aire que éste se hallaba demasiado lejos, golpeó la roca con las cuatro patas, dando un salto hacia atrás que le permitió volver al punto de partida sin despeñarse. Tienen pocos enemigos, y los pocos que tienen no les dan miedo. En cierta ocasión, una cabra, acosada por

perros de caza, mató a dos de ellos con sus cuernos, despeñó a un tercero y, cuando la jauría se retiró agotada, siguió paseando plácidamente como si nada hubiera sucedido. En otra ocasión, se halló el cuerpo de una de ellas, muerta por un oso pardo. Sin embargo, el cadáver del oso apareció a muy poca distancia, con el pecho atravesado limpiamente en dos puntos. Parecía claro que el oso había tenido la resistencia suficiente para matar a la cabra antes de morir a causa de las heridas que ésta le había infligido con sus afilados cuernos. Durante algunos minutos las observamos con nuestros prismáticos, sin tener ocasión de presenciar alguno de tan espectaculares incidentes. Se limitaban a pasear pacíficamente, mirándose de hito en hito sus largas y pálidas caras, lo que les daba un cierto aire de sobriedad y respeto, como si de un grupo de clérigos se tratara.

Una de las cosas que deseábamos filmar eran las actividades veraniegas del pika, un roedor pequeño y extraño que vive en lo más alto de las praderas alpinas.

Estos animales pasan el verano recolectando hierbas y hojas que, una vez apiladas, se secan al sol. Cuando un lado está ya seco, el pika le da la vuelta al montoncito, de modo que todo el alimento recogido recibe su ración de sol. Esta especie de pajares suelen situarse en lugares seguros, formando la despensa de los pikas, sin la cual morirían de hambre cuando la nieve cubre los campos. En cuanto caen cuatro gotas, el pajar se pone a cubierto, y se seca de nuevo al sol al amainar la tormenta.

Según Geoff Holroyd, nuestro joven guía, el mejor lugar para observar a los pikas en plena actividad se hallaba en una pradera situada a unos treinta kilómetros del hotel donde nos hospedábamos. Al día siguiente, a primera hora, nos dispusimos a salir en su busca. En cuanto llegamos a la base de la montaña, abandonamos el coche y comenzamos la ascensión entre pinares y alerces alpinos. A nuestro alrededor se oían los trinos y llamadas de unos pájaros que, a juzgar por lo ruidoso de sus conversaciones, debían contarse por centenares. Al llegar a un pequeño claro avistamos, asomado a la entrada de su madriguera, a la responsable de aquel gemido aflautado: una ardilla, ataviada de llamativos grises y pardos. Su porte solemne recordaba a un guardia vigilando la entrada a palacio y su pecho se hinchaba y deshinchaba al compás de su llamada de aviso. Nos contemplaba con esa mirada vivaz tan común en las ardillas; le temblaban las patitas debido a sus esfuerzos vocales. No debía estar muy asustada, ya que dejó que Lee se le acercara hasta un metro de distancia antes de escabullirse en el interior de su guarida. Geoff nos explicó que se trataba de una ardilla de tierra del tipo *columbia*, y que había tipos diferentes de ardillas según la altitud. De modo que uno podía adivinar a qué altura se hallaba con sólo observar qué clase de ardilla poblaba los alrededores.

A medida que ascendíamos, el pinar se iba haciendo menos espeso; y en donde dejaban su lugar a las plantas árticas, los árboles aparecían empujados a causa de los vientos helados y de las partículas cortantes que arrastra consigo. Así convierten a los pinos en miniaturas semejantes al *bonsai* japonés. Entre estos bosques enanos crecía el anisillo, una hermosa planta de color rosado y amarillo, con las hojas y el tallo recubiertos de pelitos. Estos hirsutos pelitos protegen la planta durante los nueve meses de clima glacial, del mismo modo que el espeso pelaje del oso pardo protege su cuerpo de las inclemencias del tiempo.

A partir de aquel lugar, los árboles desaparecían y empezaban a extenderse el valle, tan verde y exuberante como una mina de esmeraldas. En los flancos de

las montañas que lo rodeaban advertíanse las cicatrices de viejos aludes devastadores. A pesar de ello, el prado parecía intacto. La verde hierba aparecía salpicada de pequeñas plantas alpinas, como el quirquefolio, el brezo amarillo, el delicado abrojillo, el botete y la veza silvestre. Por el centro del valle corría un arroyuelo chispeante y rumoroso que sorteaba columnas de piedras grises, tan graciosamente dispuesta como si el valle hubiera sido «decorado» por un Jaimito alpino.

De repente, un silbido agudo atrajo nuestra atención. El causante era una marmota, gorda y semejante a un cobaya gigante de cola peluda, que se repantigaba al sol sobre una pila de rocas. Creo que dio la voz de alarma para cumplir el expediente, ya que no parecía muy preocupada por nuestra presencia. De hecho, permitió que me acercara, le rascara el cuello y le atusara los bigotes. Representa una sensación muy agradable estar en un lugar en el que los animales le ven a uno como un ser benigno, sin poner reparos a nuestra presencia.

Más adelante, el valle se «estructuraba» en dos niveles entre sí por una escarpada pendiente cubierta de cantos rodados. Al otro lado, una árida ladera formada a base de rocas melladas producto de algún alud. Estos enormes cantos rodados se mostraban repujados con fósiles de conchas y corales, prueba fehaciente de que, en el pasado, las rocas habían estado sumergidas en el mar, aflorando hasta esta altura tras algún movimiento telúrico. Fue aquí, bajo esta fortaleza tambaleante de piedras decoradas con fósiles, donde avistamos el primer pika. Seguramente nos estuvo observando un buen rato sin que nos diéramos cuenta, ya que su pelaje gris se confunde en buena medida con el entorno. Tenía el tamaño de un conejillo de indias y su cara ciertamente parecía la de un conejo. Las orejas eran pequeñas y semicirculares, no tenía cola y el pelaje era tan lustroso como el satén. Tras mirarnos fijamente emitió un gemido de disgusto y se escurrió entre las rocas. Al poco descubrimos varios de sus silos, de medio metro de diámetro y unos veinte centímetros de altura. La mayoría tenían hojas y hierba fresca en la capa superior, de modo que los pikas debían estar todavía en plena recolección. En este valle inferior los pikas se movían nerviosos y sólo se dejaban ver, intermitentemente, entre las grietas y hendiduras. Sin embargo, en el valle superior encontramos a un pika más encantador, tan ocupado almacenando alimentos que no advirtió nuestra presencia. Aquí, el arroyuelo se abría camino entre el espeso y esponjoso césped sembrado de flores, retorciéndose como una trenza de hierba. Un pika gordezuelo y pequeño, suave como el tapete de una mesa de billar, permanecía sentado sobre la hierba, arrancando hojitas y almacenándolas en su boca. De vez en cuando, al tener la boca llena, se dirigía hacia su guarida apresuradamente, con su aspecto de morsa de verdes bigotes. Tras seguirlo hasta su despensa, comprobamos que ésta se hallaba bajo una roca gigantesca, del tamaño de su automóvil, y que albergaba dos silos ya repletos y un tercero en construcción. Estaba tan ocupado en sus tareas recolectoras que no advirtió mi presencia y pude tomar asiento a menos de un metro de su despensa. En cuanto disponía la hierba que traía sobre la capa anterior volvía rápidamente a por más. Con la boca repleta de hierba, no tardó mucho en volver a donde yo me encontraba, se detuvo a un par de pasos y me miró con sus oscuros ojillos; pero no pareció importarle mi presencia, ya que siguió con su trabajo como si no pasara nada. Lo curioso del caso era que cuando los del valle inferior daban la voz de alarma nuestro amigo se detenía y les contestaba, aunque en la mayor parte del tiempo estuvo tan cerca de mí que hubiera podido tocarlo sin el menor esfuerzo. El

simpático animalillo asumía el tenernos allí, filmando y grabando, con una sangre fría ejemplar, ignorándonos y dedicándose por entero a sus ocupaciones como si le fuera la vida en ello. Lo que, por otra parte, era muy cierto. El único momento en el que perdió la calma fue cuando alzamos las cometas, lo que produjo una desbandada entre sus congéneres.

Alastair quiso aplicar el mismo procedimiento que Konrad Lorenz usó para estudiar el comportamiento de las gallinas. Lorenz recortó una silueta en forma de un pato salvaje en vuelo. Cuando hizo volar la silueta en presencia de las gallinas, éstas no le dieron importancia. Pero al darle la vuelta, es decir, al hacerla volar hacia atrás, las gallinas reaccionaron dando muestras de pánico. Esto se debía a que la silueta tenía ahora el aspecto de un halcón; el largo cuello del pato era ahora la larga cola de un halcón y la cola del pato parecía la pequeña cabeza de un depredador. Ni corto ni perezoso, Alastair se propuso reproducir el experimento con los pikas, y para ello compró dos cometas, con el dibujo de un halcón en cada una de ellas, en una juguetería de Toronto. En cuanto hicimos volar las cometas, el efecto no se hizo esperar. Mientras las marmotas proferían todo tipo de obscenidades, los pikas del valle inferior sufrieron una crisis de nervios colectiva, y cuatro que habían estado paseando tranquilamente por el prado huyeron a escape. Nuestro pika, aunque se alarmó un poco, no dejó que la presencia de un halcón se interfiriera en su trabajo. Sólo de vez en cuando, se detenía y soltaba un bufido por entre sus verdes bigotes. En una ocasión, cuando la sombra de una de las cometas se deslizó hacia él, se puso a cubierto, no tardando en reaparecer para continuar su trabajo. Creo que los días que pasamos soltando cometas en las praderas de Kamaskee fueron los más estupendos de los que pasé en Canadá. La fragancia del aire, la luz del sol dibujando sombras azules en las montañas, la viveza de los colores, las chispeante claridad de los arroyuelos y la quietud de aquel paraje, conferían a la zona un aspecto paradisiaco. Era uno de esos lugares en la tierra en los que a uno le gustaría vivir.

PLANO SEXTO

Los bosques canadienses son, desde luego, más espectaculares que los ingleses; pero estos últimos no tienen nada que enviarles en cuanto a variedad de flora y fauna. De ahí que nos desplazáramos posteriormente a New Forest, en el condado de Hampshire, con el propósito de mostrar tanto en invierno como en primavera un típico bosque de hoja caduca. Nombre⁴ que, desde luego, no es el más apropiado, ya que el bosque fue creado por Guillermo el Conquistador en 1079, de modo que es casi milenario. He tenido la fortuna de vivir cerca de estos parajes y puedo asegurar que Guillermo dio en el clavo.

Hoy en día, el bosque cubre una superficie de 80 000 acres o, lo que es lo mismo, cerca de 38 000 hectáreas. La mayor parte está cubierta por bosque abierto, pero también hay bosques ornamentales, así como prados, páramos y matorrales. En su origen, el bosque fue destinado a coto de caza para la realeza, aunque los lugareños tenían permiso (y aún lo tienen) para apacentar su ganado y sus caballos; excepto en unas zonas determinadas que sirven de protección a los retoños y a los árboles jóvenes. Sea como fuere, su primitiva función ha pasado a la historia y disfruta ahora de una nueva designación: reserva natural del Estado. Nuestro guía y asesor por estos andurriales fue Simón Davy, un alto y apuesto joven, gran entusiasta de la naturaleza y conocedor de todos los rincones del bosque.

Como es natural, Jonathan propuso que nos instaláramos lo más cerca posible del bosque, ya que no hay nada tan pesado y fatigoso como tener que conducir más de una hora diaria para llegar al lugar de la filmación. En esta ocasión estuvimos de suerte, ya que Jonathan descubrió un pequeño hotel, el Bramble Hill, en el mismo seno del bosque. De todas formas, la amabilidad del propietario, el capitán Prowse, fue más que discutible. Supongo que, tras nuestra marcha, llegó a la conclusión de que todos los que nos dedicamos a este tipo de trabajo somos más excéntricos que el tonto del pueblo. Creo que todo comenzó con el incidente de la colcha.

Por alguna extraña razón, Jonathan, nada más llegar, subió a los dormitorios para comprobar si estábamos adecuadamente instalados. No logro entender el porqué de esa sospecha, en un hotel de aquella categoría. El caso es que sobre la cama de matrimonio vio una colcha un tanto llamativa, aunque nada del otro mundo, y Jonathan temió que reaccionáramos del mismo modo que lo haría lord Clarke en el caso de encontrarse con una pintada en la catedral de Chartres. Así que cogió la colcha y la guardó en el armario. Tras convencerse de que nuestra delicada sensibilidad estética no sería dañada, bajó a recibirnos. Mientras estaba ocupado con el equipaje, el capitán Prowse, el—del—ojo—que—todo—lo—ve, echó un último vistazo a las habitaciones. Al ver que la cama estaba, por así decirlo, desnuda, puso de nuevo la colcha en su sitio. Cuando llegamos al hotel, Jonathan nos ayudó a subir las maletas. Una vez en la habitación advirtió que aquella colcha tan ofensiva volvía a cubrir la cama, así que la cogió y la guardó de nuevo en el armario. En aquel preciso instante, Lee y yo, acompañados del

⁴ «New Forest»: literalmente, «bosque nuevo». (*N. del T.*)

capitán Prowse, entramos en el dormitorio. La mirada aguileña del capitán fue recorriendo toda la habitación hasta posarse sobre la cama. En su rostro se dibujó una expresión de incredulidad.

—¿Qué... dónde está la colcha?

No era más que una pregunta retórica, pero Jonathan creyó oportuno contestar.

—¿Colcha?

—Sí —respondió el capitán lacónicamente—. Había una colcha sobre la cama. Yo mismo la puse. Alguien la había guardado en el armario. ¿Dónde estará ahora?

—En el armario —dijo Jonathan en voz baja.

—¿En el armario? ¿Otra vez?

—Sí.

—¿Y cómo lo sabe?

—Yo la guardé ahí —respondió Jonathan como si se confesara culpable de un infanticidio.

—¿Que usted la guardó?

—Sí.

—¿También la primera vez?

Como buen militar quería cerciorarse de todo lo ocurrido.

—Sí —murmuró Jonathan.

—¿Por qué? —preguntó el capitán, intentando mantener la calma. El silencio se podía cortar con un cuchillo. Todos miramos a Jonathan, cuyo sonrojo haría la envidia de cualquier heliotropo que se preciase.

—Porque pensé que a ellos no les gustaría —respondió, cargándonos el muerto. De todos modos el capitán, experto en doblegar reclutas chapuceros y despejar todo tipo de excusas, no se dejó engatusar.

—Tengo la certeza de que si el señor o la señora Durrell tuvieran alguna objeción que hacer a las colchas o cubrecamas de la casa serían ellos, y no usted, quienes deberían tomar este tipo de decisiones. De todos modos, supongo que el señor y la señora Durrell convendrán conmigo en la conveniencia de dejar puesta la colcha; en caso contrario serán ellos quienes me formularán sus quejas personalmente, sin la intervención de terceros.

Dicho esto, inclinó la cabeza y abandonó la habitación, dejándonos riendo a mandíbula batiente.

Estábamos a mitad del verano; el bosque, cuando iniciamos nuestro trabajo a primeras horas de la mañana, brillaba en todo su esplendor. La mayor parte del mismo era todavía de un color verde muy intenso, pero en otras zonas las hojas habían empezado a morir, adquiriendo un tono semejante al del azúcar tostado, envueltas en las neblinas del alba. El aire era aún bastante fresco y a nuestro alrededor todo aparecía cubierto de rocío. Pequeños arroyuelos chispeaban sobre la arena de la orilla, tan fragante y negra como un pastel de chocolate, abriéndose paso bajo las bóvedas que formaban las copas de los robles y las hayas.

La humedad del aire y la profunda capa de hojas muertas favorecían la aparición de toda clase de hongos. Sus formas eran tan extraordinarias que conferían al paisaje un aspecto ultraterrenal. Los había de todas las formas y colores: rosados, grises y suaves como el pelo de una foca; curvados hacia arriba, con forma de paraguas o de elegantes parasoles. Otros parecían sombreros chinos dispuestos en grupo como las mesas de un café francés; pero siempre arracimados sobre la corteza de los árboles. Algunos parecían figuras de coral o

mondas de naranja; los políporos sulfúreos, amarillo canario, la *Russula emetica*, de color carmín. Había setas con forma de sombrilla, de color caramelo con manchas semejantes a las tejas de una azotea, o de un color marrón pálido.

Con todo, lo más sorprendente son sus nombres. Los científicos que los recogen y clasifican parecen tener una vena poética; los bautizan con nombres tales como la «gorra peluda», la «peluca del juez», la «viuda llorona», el «bollo de un penique», «Jack el escurrizado» o la «silla de montar». Entre los árboles se podían encontrar la capucha de la muerte» y el «ángel exterminador», cuya parte superior recordaba las alas de una de esas esculturas funerarias tan comunes en los cementerios. También se podía encontrar el llamado «hongo filete», enorme y plano como un plato, tan firmemente fijado a la corteza de los troncos muertos que uno podía sentarse encima, como en un taburete, sin romperlo. Abundaban, a su vez, los pedos de lobo, blandos y redondos, que explotaban silenciosamente al menor contacto, lanzando diminutas esporas como si de volutas de humo se tratara. En un escondido rincón del bosque hallamos un gigantesco roble muerto. Por el diámetro de su tronco, de más de tres metros, aparentaba tener cientos de años. Este enorme cadáver debía haber estado pudriéndose durante bastante tiempo, ya que aparecía cubierto por todo un plantío de hongos y setas. Reunidos en batallones, consorcios, caravanas y multitudes, formaban la colección de hongos más sorprendente que haya visto desde mi estancia en Jujuy, al norte de Argentina. Ignoraba que se pudiera encontrar tal profusión de especies en un área tan pequeña, excepción hecha del trópico.

Pero de todos los hongos que vi, uno me atrajo de forma especial. Se trata de la amanita muscaria, cuyo color escarlata iluminaba la penumbra que reinaba bajo la copa de los árboles. Esta seta de vivos colores, más estridente que un toque de corneta, es muy venenosa, propiedad que se conoce desde la Edad Media, cuando las amas de casa las esponjaban en un plato de leche para deshacerse de las moscas. Sus efectos producen ataques de catalepsia acompañados de convulsiones e intoxicación. Curiosamente, a los renos parece encantarles este hongo, y lo miman como nosotros lo haríamos con una botella de whisky o ginebra que hubiéramos hallado bajo un árbol, y no pierden la ocasión de coger una buena trampa. Los lapones, tras observar a los renos y envidiar posiblemente su estado de embriaguez, descubrieron un par de cosas interesantes. Uno puede comer porciones de amanita si no se mastican: es así como se consigue el efecto deseado. También descubrieron —y me estremezco sólo de pensarlo— que si uno bebe la orina de alguien que ha tomado amanita, se puede obtener el mismo efecto. Se da por supuesto que los lapones, cuando cogen una cogorza colosal, le echan la culpa al reno.

Aunque para nosotros el bosque era encantador, para Jonathan era el peor de los enemigos, ya que sus continuos cambios lumínicos frustraban todo intento de realizar un buen trabajo. Cuando se necesitaba sol, el cielo permanecía encapotado; si hacía falta un día nublado, lucía un sol espléndido; cuando la lluvia era necesaria, no caía ni gota. A nuestro parecer, el bosque se comportaba de un modo intachable, pero para Jonathan mostraba sus más frívolas maneras, como una mujer caprichosa envuelta en hojas. De hecho, fue la cuestión de las hojas lo que le puso más furioso. Puesto que nuestro propósito era filmar el bosque otoñal, Jonathan no se conformaba con que el suelo estuviera plagado de hojas muertas sino que quería captar el momento en que éstas caían de las ramas. De nuevo el bosque dio muestras de su naturaleza femenina y caprichosa, proveyéndola de gran cantidad de hojas muertas esparcidas por el suelo y de

otras, aún verdes, en las copas de los árboles. Cada vez que se desmontaba la cámara caían por docenas; pero en cuanto se preparaba todo de nuevo, permanecían firmemente unidas a sus ramas. Empezamos a temer por la salud de Jonathan: de seguir así las cosas, pronto deberíamos considerar su ingreso en una clínica.

—¿Lo tengo, lo tengo! —exclamó Jonathan cierto día.

—¿El qué, cariño? —atajó Paula, guiñándonos un ojo.

—Bolsas de plástico. Tienes que ir al pueblo y comprar muchas bolsas de plástico, las más grandes que encuentres.

—Claro, cariño. Lo que tú quieras. Pero ¿para qué?

—Hojas.

Todos le miramos sorprendidos. Aún no echaba espumarajos por la boca, de modo que decidimos seguirle la corriente.

—¿Y qué tienen que ver las bolsas de plástico con las hojas? —le pregunté, sin demasiadas esperanzas de obtener una respuesta razonable.

—Recogemos las hojas, las metemos en las bolsas y nos las llevamos al hotel.

—¿Y qué haremos con ellas en el hotel? —preguntó Lee, fascinada.

—Secarlas.

—¿Secarlas?

—Sí, secarlas. Subir a un árbol con una escalera y dejarlas caer desde ahí. Así podré filmar la caída de la hoja.

Este plan, digno del mismísimo Napoleón, volvió a crearnos problemas con el sufrido capitán Prowse. Paula fue el pueblo y volvió con cuatro enormes bolsas de color negro. Azuzados por Jonathan, que deliraba de pura excitación, las llenamos de hojas muertas y las trajimos de vuelta al hotel Bramble Hill. Las dispusimos en el suelo del vestíbulo y Jonathan salió en busca del capitán Prowse. Cuando ambos volvieron, Jonathan le mostró las cuatro enormes bolsas de plástico, como si fueran algún extraño mensaje extraterrestre.

—Quisiera que nos echara una mano con esto —propuso Jonathan.

El capitán examinó las bolsas con sumo cuidado.

—¿Con esto? ¿Desean mi ayuda?

—Sí.

—¿Qué hay dentro de las bolsas?

Estoy seguro que no le había sucedido nada parecido en toda su vida.

—Hojas muertas —explicó Jonathan exultante—. Las cogimos en el bosque.

El capitán Prowse estaba perplejo. Nunca en su larga carrera había esperado tener un huésped que se presentara con cuatro enormes bolsas de plástico llenas de hojas muertas y pidiendo ayuda.

—Ya veo. ¿Y qué se propone hacer con ellas?

—Secarlas —repuso Jonathan, sorprendido por la pregunta del capitán.

—¿Secarlas? ¿Quiere decir... secarlas?

—Sí. Están húmedas.

—¿Pero por qué quiere secarlas?

—Porque si estuvieran húmedas no caerían —replicó Jonathan, impaciente.

—Pero si ya han caído.

—Ya lo sé. Por eso están húmedas y por esa razón queremos secarlas.

Afortunadamente, Paula, que había estado llamando por teléfono, reapareció y se hizo cargo de la situación.

—Capitán Prowse, tal vez yo se lo pueda explicar; estoy segura de que nos puede ayudar —terció ella con su mejor sonrisa, poniendo en marcha los cinco mil vatios de su encanto personal.

—Le agradecerla algún tipo de explicación.

Paula lo hizo simple y concisamente. En un principio, el capitán puso a nuestra disposición un cuarto adicional para guardar el equipo y mantener reuniones de trabajo. Se trataba de una habitación extraña, situada en el primer piso, parecida a uno de los salones de un conservatorio Victoriano. Paula se limitó a preguntar si nos era posible disponer de él para secar medio bosque. El capitán, afortunadamente, no llegó a echarnos del hotel, lo que dice mucho en su favor; por contra nos ofreció una enorme pila de números atrasados de *The Times* para que pudiéramos extender nuestra colección de hojas muertas, amén de un hornillo eléctrico —reliquia de los años treinta— para secarlas. En un santiamén el hornillo convirtió la habitación en un tostadero, mientras Jonathan canturreaba, extendiendo las hojas por el suelo y ocupando con ello medio cuarto. Los demás nos reunimos para saborear un whisky y observar la operación.

—Parece la preparación de un festival de fin de curso —apuntó Chris—. La obra debe llamarse «Los niños del bosque».

—No —contradije yo—. Harris es demasiado viejo para hacer de niño. Se parece más a *La tempestad*. Él hace de Calibán, andando a tientas por su hogar.

—Podéis reiros —cortó Jonathan, sin dejar de mimar a sus queridas hojas—. Pero os aseguro que tendremos hojas cayendo de los árboles.

Dos días más tarde, cuando las hojas se secaron, las llevamos al bosque con toda ceremonia. Nos agenciamos también una escalera que, bajo la supervisión de Jonathan, apoyamos en el tronco de un enorme roble. Brian, como no tenía que grabar sonido, fue facturado a la copa del roble, adjudicándosele el trabajo de dejar caer las hojas. Lo hizo con el mismo cuidado que emplearía la madre Naturaleza.

—Déjalas caer con más naturalidad —le indicó Jonathan.

—¿Con más naturalidad? Pero si tengo que sacarlas de la bolsa de plástico —repuso Brian.

—Chicos, me parece que tendréis más problemas de los que pensabais —apuntó Simón.

—Aquí no se repara en gastos —le dije—. Erich von Stroheim hizo colocar treinta y cinco mil flores de almendro en una ocasión. Y todo porque quería filmar un paisaje primaveral en pleno invierno.

—Dios mío, eso debió resultar muy caro —se alarmó Simón.

—Sí, bastante caro. Harris es uno de sus descendientes. Por eso conoce estos trucos.

—¿De verdad?

—Sí. Su auténtico nombre es Harris von Stroheim, pero, como no le gustaba, lo acortó.

—¿Y por eso le gustan tanto las hojas?

—Sí. Bueno... La verdad es que con el presupuesto que tenemos no podríamos pagarnos flores de almendro.

Como apunté, a Jonathan le parecía que New Forest no cooperaba en la forma debida. Los hongos crecían en rincones demasiado oscuros, de modo que no había luz suficiente para fotografiarlos. Las hojas no caían, llovió a cántaros, la niebla lo cubría todo. Pero lo peor de todo fue lo de las agallas.

Cada uno de los árboles del bosque forma un ecosistema aparte. Cada árbol, al controlar la humedad y el calor de la zona, se convierte en un pequeño mundo para gran cantidad de criaturas que viven en su interior, en su corteza o en sus ramas; o que sólo están de visita, para anidar, por ejemplo. Se ha calculado que un solo roble puede dar cobijo a más de trescientas especies —por no hablar del número de individuos de cada una de ellas— entre pájaros, mariposas, arañas, orugas y otros bichejos. Una de las especies más características de este micromundo es un parásito: la agalla. Las agallas constituyen uno de los elementos más extraños y decorativos del bosque. Jonathan quedó muy impresionado por lo que escribí sobre ellas en *El naturalista aficionado*. El párrafo en cuestión era el siguiente: «Cada agalla es un hogar en potencia para las larvas en crecimiento. En algunas, los insectos incuban sus huevos hasta el verano; en otras, hibernan durante el invierno. Pero la historia de las agallas no acaba aquí, ya que en el interior de cada una de ellas se pueden encontrar otros parásitos recién llegados que actúan sobre el constructor original, o que simplemente se alojan allí. Las llamadas agallas de roble, un ejemplo muy fácil de encontrar, suele dar cobijo a unas setenta y cinco especies diferentes, además del propietario legítimo, la avispa.»

La culpa de todo la tuvo la afirmación «las llamadas agallas de roble, un ejemplo muy fácil de encontrar». Jonathan se propuso filmarnos a Lee y a mí recogiendo algunas muestras al objeto de enviarlas al London Scientific Films para que las fotografiaran con detalle. Normalmente, las agallas son tan numerosas que no dejan ver la corteza de los árboles. Pero no lo eran en este bosque. A la mañana siguiente salimos en busca de agallas. Jonathan llevaba consigo un par de bolsas de plástico, las mismas que utilizamos para transportar las hojas muertas.

—¿Crees que tendrás bastante con dos bolsas? —le pregunté.

—Tú mismo dijiste que eran muy fáciles de encontrar. Quiero llevarme un buen montón.

—Bueno, en esa bolsa caben más de dos mil, así que si llenas las dos bolsas te llevarás unas cuatro mil o cuatro mil quinientas.

—No importa. No quiero correr riesgos. Me las llevaré por si acaso.

Así que, como cerditos en busca de trufas, nos internamos en el bosque.

Nuestra búsqueda se inició en un grupo de robles jóvenes en el lindero del bosque. Estos pequeños árboles son unos de los preferidos por las agallas. Su tamaño hacía muy fácil la tarea de observarlos. Examinamos varios centenares sin resultado. No sólo no había agallas, sino tampoco agallas de roble. Jonathan comenzaba a inquietarse, como solía hacer cuando la naturaleza no cooperaba.

—Eh, chicos —chirrió Paula con su voz de pito—. ¿A qué habéis dicho que se parecen?

—A pequeñas manzanas podridas —le respondí.

Seguimos buscando. Dejamos a un lado los árboles jóvenes y nos dirigimos hacia los más grandes. Nuestra pequeña expedición se había iniciado a las ocho. A las once estaba convencido de que el bosque estaba embrujado y que Jonathan era gafe. Nunca, en mi larga carrera, me había encontrado en una situación semejante. Un bosque de robles sin agallas es tan extraordinario como el desierto del Sahara sin arena. A las once y media, Lee prorrumpió en gritos de satisfacción.

—He encontrado una. He encontrado una.

Todos corrimos hacia el lugar en cuestión.

—¿Dónde, dónde está? —preguntó Jonathan como un poseso.

Lee lo señaló con el dedo. No había la menor duda de que era una agalla de roble, pero tan minúscula, tan escuchimizada y de tan feo aspecto que más parecía algo así como una cagada de elefante liliputiense.

—¿Eso es una agalla de roble? —gimió Jonathan, incrédulo.

—Sí —le respondí—. Aunque admito que las he visto en mejor estado.

—Bueno, es la única que tenemos. Será mejor que nos la llevemos.

También resultó ser la única que vimos. Recuerdo que la llevaron a Londres con tanta precaución como si fueran las joyas de la corona. O, mejor dicho, la joya de la corona. Durante semanas, cámaras y científicos rodearon nuestro hallazgo, observándolo con sumo interés, como si se tratara de un platillo volante a punto de abrir las escotillas. Pero nada ocurrió. Cuando era evidente que nada surgiría de su interior, Jonathan lo cortó en dos mitades con un cortaplumas. Dentro apareció una larva pequeña, muerta desde hacía tiempo. Se ve que no resulta fácil filmar la naturaleza, y menos cuando existe un límite de tiempo.

También tuvimos contratiempos con los tejones, esas magníficas criaturas de antiguo linaje que pueblan los bosques ingleses desde los tiempos en que la humanidad vestía con hojas de parra. Esta seductora criatura, de bellas formas y gran inteligencia y encanto, hace un extraordinario bien al ecosistema, ya que es uno de los mayores depredadores del bosque. Siembra el terror entre todos los animales, desde las cochinillas de la humedad a las ranas, pasando por pájaros, gusanos, caracoles, escarabajos, serpientes y erizos. La palabra «omnívoro» significa que come de todo, y el tejón se ajusta admirablemente a esta definición, ya que saca provecho de todo. A pesar de ese gusto indiscriminado por la vida carnívora, gran parte de su alimento consiste en raíces, setas, moras y grano. Aunque causa grandes daños en los campos de maíz o en las viñas y hace estragos en los graneros, todo queda contrarrestado por su decisiva contribución a eliminar otras plagas.

Las madrigueras de los tejones forman una intrincada estructura de túneles y cámaras subterráneas. Como cada madriguera acoge a varias generaciones de tejones, que continúan agrandando y mejorando el lugar, las ramificaciones de una vieja madriguera pueden ser bastante considerables. Hay dormitorios, escondrijos y cuando alguna mamá-tejón da a luz construye áreas especiales para la limpieza y el cuidado de las crías. Como los tejones mantienen la misma pareja durante toda la vida y son unos animales muy civilizados, suelen mantener buenas relaciones con sus parejas vecinas.

Los tejones, que han poblado los bosques ingleses durante más de un milenio, han sufrido recientemente el acoso de dos grupos diferentes de hombres supuestamente civilizados. Se les acusó de propagar la tuberculosis bovina —lo que podría muy bien ser cierto— y el Ministerio de Agricultura empleó para su estudio a varios veterinarios especializados. Su respuesta al problema fue gasear los tejones bajo las condiciones más desagradables que se hayan visto. Siempre me ha parecido que los veterinarios del Ministerio sólo saben afrontar los problemas de una manera: destruyendo y no solucionando. Afortunadamente, las quejas de la opinión pública consiguieron terminar con tales medidas. Por si esto no hubiera sido suficiente para los pobres tejones, tuvieron que afrontar, además, otro peligro. La caza del tejón con perros se convirtió en el deporte rey para aquellos humanos cuyas costumbres no se diferencian mucho de las de Neanderthal. Los tejones, que al cabo del año seguramente hacen más bien que estos desaprensivos, eran sacados de sus madrigueras acosándolos con perros terrier. Esta persecución de los tejones representa los dos extremos de nuestra

sociedad. Por un lado, la manipulación burocrática; por el otro el honrado trabajador que, sólo porque le gusta ver correr un poco de sangre como en un circo romano, arrastra consigo a toda la sociedad, sudoroso y jadeante en su juego de dolor y muerte.

Habíamos conseguido buenas tomas de los tejones en su guarida subterránea gracias a Eric Ashby, quien había permitido que los tejones construyeran su hogar bajo los cimientos de su propia casa. Con la ayuda de un cristal camuflado, Eric suele observar y filmar la vida subterránea de los tejones. Con el propósito de completar esas secuencias, Jonathan quería algunas tomas de Lee y de mí mismo a la entrada de una madriguera en el preciso momento en que aquéllos asomaban la cabeza.

—Vosotros os sentáis a la entrada de la madriguera. En cuanto empiece a oscurecer asomarán la cabeza —aseguró Jonathan.

—¿Ya has hablado con los tejones? —le pregunté.

—Saldrán, no te preocupes —añadió en tono confidencial—. Saldrán a comerse el *sandwich*.

—¿*Sandwich*? ¿Qué *sandwich*? —inquirió Lee.

—Uno de manteca de cacahuete.

—¿De qué estás hablando?

—A los tejones les encantan los *sandwichs* de manteca de cacahuete —explicó Jonathan con aire de superioridad—. Si dejas uno en el bosque, todos los tejones, sin excepción, saldrán a por él desde los lugares más recónditos.

—¿De dónde has sacado información tan extraña? —le pregunté.

—Lo leí en un libro sobre los tejones. Dicen que nunca falla.

—A mí me suena muy raro —confesé—. Nunca he oído que se pueda atraer a los tejones con manteca de cacahuete.

—A las ardillas listadas sí que les gusta —afirmó Lee—. Yo misma solía darles esa golosina en Memphis, así que no veo por qué no les pueda gustar a los tejones.

—Les encanta —repetió Jonathan—. Harían cualquier cosa por un poco de manteca de cacahuete.

Nos internamos en el bosque llevando con nosotros gran cantidad de *sandwichs* de manteca de cacahuete hasta llegar a la entrada de una madriguera. Todo parecía indicar que varios homínidos habían acampado por los alrededores.

—No me gusta parecer pesimista —advertía—. Pero ¿qué harás si no aparece ningún tejón?

—Ya lo he pensado. De un momento a otro llegarán mis refuerzos.

—¿Qué refuerzos? —se extrañó Lee.

—Un tal David Chaffé. Tiene dos tejones domesticados. De manera que si los del bosque no aparecen podremos filmar los suyos.

Tras emplazar las cámaras, Lee y yo tomamos posiciones junto a la entrada de la madriguera. No hace falta decir que no apareció ni un tejón. Lo que no era muy sorprendente, ya que un equipo de filmación no suele permanecer mudo y los tejones tienen un oído finísimo. En ese momento apareció David Chaffé con su larga barba y dos hermosos tejones. Sacó a los tejones de las jaulas y los colocó a la entrada de la madriguera.

—Ahora —indicó Jonathan— quiero que mires a la cámara y digas: «Hay una manera infalible de atraer a un tejón. Este simpático animal comparte con los seres humanos la pasión por la manteca de cacahuete, cebo con el que se puede

atraer al tejón más desconfiado.» Después dejas el *sandwich* frente a la entrada y los tejones se lanzarán sobre él.

Cumpliendo con mi deber recité mi parte y dispuse el *sandwich* frente a la entrada. Los tejones asomaron la cabeza, olisquearon el *sandwich* y salieron a escape gruñendo violentamente y dando muestras del mayor descontento y repulsión. Evidentemente, los *sandwichs* de manteca de cacahuete no eran su plato preferido. Este incidente no hizo sino confirmar las sospechas de Jonathan. La madre naturaleza se resistía a cooperar.

PLANO SÉPTIMO

A pesar de mi vasta experiencia, me asombra la gran variedad faunística que puebla la campiña inglesa.

Durante más de un milenio, setos vivos de todo tipo han protegido los rebaños y cultivos de Inglaterra. Cuando los sajones invadieron las islas británicas comenzaron a talar los bosques para obtener pastos y terreno cultivable. Para demarcar estos terrenos y para evitar que el ganado se dispersara se idearon los setos. Los sajones no tardaron en descubrir el material más adecuado para su construcción: las matas de espino. Estas matas, cuyo cultivo no ofrece dificultad alguna, tardaron poco en desarrollarse, formando setos erizados, impenetrables para el ganado, y cuyo espesor protegía del viento a los cultivos. Por otra parte estos matorrales dieron cobijo a todo tipo de especies como alternativa a los bosques diezmados. Se calcula que más de medio millón de setos se extienden a través de los campos de Inglaterra, convirtiendo el paisaje en un gigantesco tablero de ajedrez. Además de salvaguardar los cultivos y los rebaños y ofrecer refugio a los animales, los setos vivos eran para el hombre medieval algo parecido a las farmacias actuales, ya que allí crecían todo tipo de plantas medicinales, así como hierbas para evitar los conjuros de las brujas, tan influyentes en aquellos días. Por ejemplo, se suponía que la castaña talpera, blanca como la nieve, curaba el dolor de costado y que las carnosas hojas de acedera aliviaban todo tipo de picazones, en especial las producidas por ortigas. Si se necesitaba cerrar una herida o un corte profundo, nada mejor que la eufrasia, pero si lo que se deseaba era curar úlceras bucales o las que aquejan a las partes íntimas, la argentina era el remedio adecuado. El hombre medieval respetaba profundamente esos matorrales, pues estaba convencido de que allí se reunían duendes, hadas y otros espíritus de muy diversa índole. Si se arrancaba un mastuerzo se corría el riesgo de ser atacado por una víbora, y si se arrancaba una inocente verónica se provocaba una tormenta, o lo que es peor, un pájaro podía arrancarle los ojos al agresor en cuestión. Pero no sólo actuaba la magia maléfica, sino también las fuerzas del bien. Si se frotaban las ubres de una vaca con ranúnculos se incrementaba la producción de leche; además, podían colgarse ortigas en el establo y evitar que la leche se agriara.

En aquellos tiempos los setos vivos eran cuidados con esmero, de modo que tanto el hombre como los animales podían obtener provecho de su existencia. Hoy día los granjeros consideran que estos setos no son más que una molestia en la formación de latifundios y profanan con excavadoras estos viejos y útiles santuarios.

Nos propusimos filmar uno de los antiguos setos que aún se conservan para dar a conocer su belleza e importancia. Dentro de poco tiempo los setos vivos sólo permanecerán en el recuerdo, perdiendo con ello una parte importante del patrimonio del Reino Unido. De ahí que decidiéramos aproximarnos a ellos por un medio de transporte bastante arcaico para los tiempos que corren después de que Jonathan encontrara un seto magnífico en el condado de Sussex. El seto en cuestión bordeaba un caminito natural protegido de la erosión por una capa de grava y abundante en flores silvestres. Era el tipo de vereda que Shakespeare conoció en su día, el mismo tipo de sendero que usaron los peregrinos de

Canterbury. La primera etapa de nuestra aproximación a la campiña inglesa la recorrimos, pues, para mi satisfacción, en un tren de vapor.

En diferentes lugares de las islas británicas los amantes del ferrocarril han rescatado antiguas locomotoras de vapor y se han dedicado a su esmerada restauración, de modo que se les permite hacerlas funcionar en tramos especiales de vía. El maquinista, el fogonero, el revisor y el resto del personal son, en la vida real, profesores, maestros de escuela, tenderos, boticarios o meros aficionados a los trenes cuya única remuneración es el placer de mostrar a las generaciones más jóvenes en qué consiste un auténtico viaje en tren, así como disfrutar con el mágico perfume del carbón, el hollín y el vapor, el ulular de la sirena y el delicioso traqueteo de los vagones. Esperando disfrutar de estos placeres nos dirigimos hacia uno de estos trenes-museo, el bautizado con el gracioso nombre de «ferrocarril de la campánula azul».

Aunque ha cumplido los treinta, Lee no había viajado nunca en un tren de vapor, revelación que me conmovió en sumo grado, pues me considero a mí mismo un entusiasta de los trenes. Una vez en la estación pudimos contemplar nuestro tren, resplandeciente bajo el sol y adornado con una estela de vapor. La restauración estaba muy bien conseguida y el conjunto se completaba con tres elegantes vagones, de primera, segunda y tercera clase. Las pesadas puertas se cerraron con un delicioso chasquido metálico. De ellas pendían unas tiras de cuero para bajar las ventanillas y dejar que las narices de los pasajeros se manchasen de hollín, requisito imprescindible para disfrutar de un auténtico viaje en tren en el más puro estilo. Jonathan se olvidó del presupuesto y reservó todo un vagón de primera sólo para nosotros. Era un vagón maravilloso, con amplios asientos tapizados y decorado con carteles de los años veinte en los que se anunciaban vacaciones en la costa. También contaba con enormes rejillas para el equipaje, tan grandes y resistentes como para albergar varias maletas Gladstone, sombrereras, canastas con la merienda y otros artículos de primera necesidad para un viaje de este tipo. Lee y yo tomamos asiento junto a la ventanilla, mientras Chris y Brian lo hacían en el rincón opuesto, equipados con la cámara y la grabadora, pues el programa debía comenzar con unas palabras mías mientras el tren traqueteaba a través de la campiña. Debido a ciertos impedimentos de tipo técnico tuvimos que filmar esta secuencia varias veces, lo que resultó muy de mi agrado: ello suponía repetir varias veces el mismo recorrido a bordo del «ferrocarril de la campánula azul».

Una vez que pudimos terminar la secuencia de introducción, abandonamos aquel maravilloso tren. El convoy se detuvo junto a un andén de madera sobre el que aparecía colocado un letrero que rezaba: *Apeadero de Freshfield. Si desea que el tren se detenga, solicite parada con antelación.* Una vez en el andén dimos con el que sería nuestro próximo medio de transporte: un tándem.

Todo se debía a una brillante idea de Jonathan. Aunque le advertí que no había montado en un tándem desde 1939, Jonathan insistió, como es normal en él, y me aseguró que no había nada que temer. De todos modos, y puesto que no saldríamos al campo hasta la mañana siguiente, Lee y yo decidimos practicar un poco en el patio del hotel donde nos hospedábamos. Al principio resultó un tanto difícil, ya que Lee presumía de saber pedalear mejor que yo. Además, la bicicleta era extremadamente ligera y uno debía prestar atención a las curvas, pues la rueda delantera tendía a doblarse como las alas de un pájaro dejándonos tirados en la cuneta. De todos modos no tardamos en dominar su técnica, por lo que nos lanzamos como flechas dando vueltas alrededor del patio.

Desgraciadamente, tres damas encopetadas acompañadas por un caballero parecido a un brigadier general de la vieja escuela nos salieron al paso en aquel preciso instante. Aunque apreté los frenos, el tándem resbaló sobre la gravilla, la rueda delantera se torció y Lee y yo caímos contra el suelo, atrapados entre una maraña de hierros y cables. Las tres damas gritaron al unísono mientras el brigadier general soltó un par de improperios al tiempo que Lee y yo rodábamos por la cuneta. Cuando finalmente pudimos liberarnos de aquella máquina infernal, el brigadier general nos observó con toda atención a través de su monóculo: como ambos vestíamos nuestros conjuntos de naturalista tras una filmación bajo la lluvia, ofrecíamos un aspecto bastante desaliñado.

—¡Domingueros! —farfulló el brigadier general después de observarnos en silencio unos instantes.

En aquella palabra se concentraba el velado desprecio de la clase media inglesa para con el proletariado. Rodeando con sus protectores brazos a las tres damas, el caballero se alejó de nuestra ingrata presencia. No fue, desde luego, un comienzo excesivamente esperanzador.

A pesar de todo, en el apeadero de Freshfield se podían admirar los sonidos y perfumes de la campiña, resplandeciente bajo el sol primaveral. Las alondras lanzaban su canto al viento, los cuclillos repetían su llamada una y otra vez y el aire se llenaba del aroma de cientos de flores silvestres. Montados de nuevo en *Daisy*, nombre con el que bautizamos a nuestro tándem, bajamos por una rampa de madera hasta una pista de cenizas y allí tomamos un estrecho sendero bordeado de amarillos y altos setos de espino, cuyos brotes parecían esponjosas nubes de color. De este modo, montados en *Daisy* bajo un sol de justicia y acompañados por los cantos de los pájaros, salimos en busca de la Inglaterra más tradicional.

La zona escogida por Jonathan no podía ser más adecuada ni más hermosa. Los setos y las colinas aparecían coronados de flores multicolores como los ranúnculos amarillos, los botetes rojos, blancas estrellas de castaña talpera, campánulas y violetas de aroma intensísimo, amén de las curiosas, pálidas y chatas flores del perejil. Enormes prados se extendían ante nuestros ojos, salpicados de flores. Grupos de robles y hayas ofrecían rincones frescos y umbrosos, mostrando yemas a punto de convertirse en hojas. Las pocas casas de campo o chalets que se divisaban en la zona se presentaban escondidas discretamente bajo las copas de los árboles que formaban frondosos bosquecillos, de modo que, a primera vista, aquél parecía un territorio deshabitado.

Por fin llegamos a un caminito natural, protegido por un enorme seto de impenetrables matas de espino. Allí nos esperaba Dave Streeter, nuestro guía por estos parajes. Delgado y cetrino, Dave tenía la viveza de un pájaro, imagen acentuada por su nariz aguileña y sus oscuros ojillos. Su aprecio por los setos antiguos era tal que parecía como si él mismo los hubiera plantado. Conocía al dedillo cada pájaro, cada insecto y cada planta que lo poblaba. Gracias a su ayuda nos fueron revelados los secretos de aquel muro viviente.

Es sabido que la mayoría de estos setos vivos tienen cientos de años. Pero algunos naturalistas han querido ser más exactos y han descubierto un sencillo método para averiguar su edad. Se trata de caminar treinta pasos y marcar la distancia recorrida. Una vez hecho esto, se vuelve a recorrer la distancia señalada y contar el número de las diferentes plantas leñosas que crecen allí. Cada una de ellas equivale a un siglo de antigüedad. Aunque a primera vista

parece un método poco fiable, en realidad se trata del resultado de investigaciones muy serias. Cuando se planta el seto, el granjero que se ocupa de ello sólo usa uno o dos tipos de plantas. Al transcurrir los años, brotan otras especies cuyas semillas han sido llevadas hasta allí por los pájaros, ratones y ardillas, que las esconden en pequeños graneros y luego las olvidan. A partir de los cálculos establecidos en setos de una antigüedad conocida de antemano se pudo aseverar que nuevas especies pueblan los setos a razón de una diferente cada cien años.

Una vez conocimos este método, Lee y yo decidimos aplicarlo a nuestro seto. Caminamos treinta pasos y recogimos muestras de cada especie. Encontramos más de diez plantas diferentes, lo que significaba que cuando fue plantado aún estaban por construir la torre de Londres y la abadía de Westminster. Es sorprendente que ambos edificios sean tan admirados mientras los setos vivos de Inglaterra, que tanto beneficio han proporcionado al hombre y a la naturaleza durante más de un milenio, son destruidos sistemáticamente sin que nadie mueva un dedo para evitar un desastre ecológico de tal magnitud. Si alguien se atreviera a sugerir la destrucción de la abadía de Westminster para construir un bloque de oficinas, o que se echara abajo la torre de Londres para edificar un nuevo hotel, la protesta sería unánime, aunque han prestado menos servicios que los setos de la campiña inglesa.

Aparte del gran número de plantas que crecen en su base o entre sus erizadas ramas, los setos de espino dan cobijo a gran variedad de reptiles, pájaros y mamíferos, algunos de los cuales pudimos filmar. Uno de los más atractivos, bajo mi punto de vista, es la rata de las mieses, el mamífero más diminuto de las islas británicas, animal que goza del prestigio de haber sido descubierto por el mismísimo Gilbert White. En su *Historia natural de Selborne*, White hace referencia a este diminuto roedor en los términos siguientes: «He conseguido algunos de los ratones que mencioné en mis anteriores cartas, dos crías y una hembra, y los he conservado en coñac. De su color, tamaño, forma y modo de criar deduzco que tal especie no está aún descrita. Son más pequeños y esbeltos que el *Mus domesticus medius* de Ray y su color se asemeja más al de la ardilla o el lirón. Su panza es blanca, y una línea recta divide el color de su lomo y su barriga. Nunca llegan a introducirse en los hogares por propia iniciativa, sino que son transportados hasta los almiaras y graneros por medio de las gavillas de grano, ya que son abundantes en tiempo de cosecha. Suelen construir sus nidales entre el pajuz del maíz o en los cardos. Se reproducen a razón de unas ocho crías por alumbramiento, en unos diminutos criaderos hechos a base de hojitas de hierba o trigo.

»El pasado otoño me hice con uno de estos nidales. Su forma recordaba una fuente de las usadas para servir pescado, compuesta por hojas de trigo perfectamente dispuesta. No era más grande que una pelota de *cricket*, su entrada cerrada de modo tan ingenioso que no podía discernir en qué parte se hallaba. Era tan compacta y de tal traza que podía voltearse sobre la mesa sin causar daño a las ocho crías que se acurrucaban en su interior, ciegas y desnudas. Tal es la manera en que está construido este ingenio que no parece claro cómo puede la madre llegar hasta cada uno de sus retoños para darle el pecho. Quizá abra diferentes rendijas para ello, cerrándolas de nuevo cuando acaba la tarea. De todos modos, parece evidente que no puede introducirse en el nidal al mismo tiempo que sus pequeños, cuyo tamaño aumenta día a día. Esta

maravillosa cuna, elegante ejemplo de la fuerza del instinto, fue hallada en un campo de trigo, suspendida de un cardo.»

La rata de las mieses se ha adaptado a la vida en los árboles de modo semejante a como lo hicieron los primates del Nuevo Mundo. Sus agilísimos pies le permiten trepar por los tallos de las hierbas sobre las que vive, y ha desarrollado una cola prensil de sorprendente poder, de la cual puede colgarse mientras construye sus nidales. Éstos, redondos y del tamaño de una pelota de tenis, están tejidos en su mayor parte a base de hojas de hierba y reforzados ocasionalmente con hojas mascadas. Estas guarderías, pues es aquí donde la hembra guarda a sus pequeños, tienen dos entradas y disponen de un blando lecho de hojas mascadas sobre las que reposan las crías. El peso de estas últimas al nacer no sobrepasa el gramo; como Gilbert White observó, dos de ellas equivalen al peso de una moneda de medio penique. Se construye un nidal para cada camada y en un año propicio la hembra de la rata de las mieses puede dar a la luz seis veces a razón de cinco o seis crías por parto. Si los seres humanos siguiéramos su ejemplo no tardaríamos en batir todos los récords demográficos. De todos modos debe tenerse en cuenta que, cuando hay superabundancia de ratas, los animales que les dan caza, como los zorros, las comadreas, los armiños y las lechuzas, sacan el máximo provecho de ello y por norma general su número disminuye enormemente. Cuando las ratas de las mieses pasan un mal año y no se reproducen a tan desorbitado ritmo, los depredadores lo pasan también mal, su número está directamente relacionado con el suministro que tengan de roedores. Desgraciadamente, el hombre sólo tiene un depredador que le da caza: el propio hombre. Pero su sobrepoblación es tal que la depredación a la que le somete su propia especie no equilibra su número como lo haría la naturaleza.

Otro inquilino de los setos de espino es el erizo. Siempre, desde mi infancia en Grecia, han sido éstos mis animales favoritos, desde que un granjero me regalara cuatro crías que había hallado en sus campos. Los erizos recién nacidos son de un color blancuzco y sus púas resultan muy suaves al tacto, como si fueran de goma. A medida que mis mascotas crecían, cambiaron gradualmente de color hasta adquirir un tono amarronado y sus púas se endurecieron considerablemente. Comprobé que eran unos animalitos muy inteligentes; llegué a entrenarlos para que se alzaran sobre sus patas traseras cada vez que desearan comer. También solía sacarlos a pasear al campo y me seguían obedientemente. Eran increíblemente veloces y cada vez que levantaba una piedra o un tronco en busca de algún espécimen para mi colección debía andar alerta, ya que ellos no tardaban en abalanzarse sobre mi hallazgo y devorarlo sin demora. Un día, mientras correteaban por una viña, me senté a la sombra de un olivo a unos cien metros de distancia. Yo podía observar a mis erizos, pero ellos no podían verme a mí. Pasaron unos minutos antes de que advirtieran mi desaparición, lo que les alarmó visiblemente. Empezaron a correr en círculos, gruñendo desconcertados, hasta que uno de ellos, olisqueando el terreno como un sabueso, dio con mi rastro y dirigió a sus congéneres hasta el lugar donde me hallaba descansando. Esta afirmación queda confirmada por el hecho de que no me había encaminado directamente hasta el olivo, sino que había dado varios rodeos; y los erizos siguieron exactamente el mismo recorrido. Estaban muy excitados cuando dieron por fin conmigo y se acurrucaron en mi regazo entre gruñidos y chillidos. Recuerdo ahora el manzano que teníamos frente a nuestra casa en Hampshire. En una ocasión tuve tantas manzanas que mi madre no dio abasto para hacer mermeladas y conservas, de modo que las dejamos que cayeran para que

abonaran la tierra al pudrirse. Cierta noche de luna llena me despertaron sobresaltado unos chillidos y gruñidos. Creyendo que se trataba de un par de gatos en celo me levanté de la cama y me asomé a la ventana; sorprendido, pude comprobar que se trataba de un par de erizos. Presa de la curiosidad me calcé las zapatillas y bajé al jardín. Descubrí que se habían dado un buen banquete con las manzanas podridas, cuyo fermento había actuado sobre su organismo como si se tratara de sidra, de modo que los erizos estaban totalmente ebrios. De ahí sus vueltas sin descanso en torno al árbol, sus topetazos con toda clase de obstáculos, su hipar y sus continuos gruñidos. Estaban comportándose de un modo más que reprochable. Por su propio bien los encerré en el garaje toda la noche y a la mañana siguiente los solté en el bosque. Me parecieron compungidos y avergonzados.

Otra criatura que tuvimos la suerte de filmar fue la comadreja, el más pequeño y encantador de los depredadores de nuestras islas. Las comadreas tienen unos veintiocho centímetros de longitud, cola incluida, y son unos animales muy hermosos, veloces y estilizados. Su extrema rapidez quedó demostrada a la hora de la filmación. Con el propósito de obtener primeros planos de la comadreja mientras cazaba construimos un decorado —muy logrado, por cierto— que representaba la sección transversal del seto de espinos. Una película se filma a razón de veinticuatro fotogramas por segundo. Comprobamos que nuestra comadreja se movía tan rápidamente que podía atravesar el decorado entre fotograma y fotograma: un prodigio de agilidad absolutamente extraordinario.

Recuerdo que cuando trabajaba como estudiante conservador en Whipsnade, los días de fiesta solía ir en bicicleta al museo de Tring para tomar lecciones de taxidermia. En el camino hacia el museo acostumbraba visitar también la caravana de un viejo gitano que llevaba consigo innumerables animales mascota. Me fijé en aquel anciano, al que todo el mundo llamaba Jethro, cierto día en que, al pasar junto a su caravana, descubrí sorprendido que cinco comadreas correteaban entre las ruedas. Inmediatamente bajé de mi bicicleta para observarlas mientras jugaban a «tocar y parar». Eran tan escurridizas que parecían serpientes peludas. El viejo Jethro apareció entre el bosque con una escopeta y dos conejos muertos; cuando silbó, las comadreas detuvieron su juego y corrieron a su encuentro dando chillidos de impaciencia. El anciano dejó caer los conejos; entonces las comadreas, gruñendo y peleándose por el botín, arrastraron sus cadáveres bajo la caravana y empezaron a devorarlos. Quedé cautivo con aquellas criaturas encantadoras y vivaces. Pero, por desgracia, el viejo Jethro no quiso vendérmelas, aunque le ofrecí mi sueldo semanal de tres libras con cincuenta.

—No, no me separaré de ellas, chico —exclamó mientras las miraba amorosamente. Después del trabajo que me ha costado criarlas. No, no las cambiaría ni por todo el té de la China. Pero puedes ir a cazar con ellas. Son muy buenas cazadoras.

Así que una noche de verano, de luna tan blanca y redonda como una magnolia, me llegué con mi bicicleta hasta la caravana de Jethro. Tras dar cuenta de una jarra de cerveza destilada por él y de un plato de su delicioso estofado, salimos al bosque con las comadreas, que correteaban delante de nosotros, mientras los setos eran iluminados por la luna. El viejo Jethro me explicó el método que habían inventado sus comadreas para cazar. Una o dos entraban en la madriguera del conejo mientras las otras esperaban afuera. Al momento, el conejo salía disparado al exterior y se topaba con las otras comadreas, que

saltaban sobre él con la velocidad del rayo. Una de ellas se encargaba de despacharlo con el característico mordisco de estos animales en la base de la nuca, los dientes inferiores mordiendo hacia arriba mientras clavaba los incisivos superiores en el cerebro: la muerte era instantánea.

Era maravilloso contemplar a las comadreas zigzaguear como serpientes bajo la luz de la luna, trabajando en equipo con agilidad y silencio. Si cazan así en la vida salvaje es cuestión opinable, pero estas cinco comadreas domesticadas habían puesto en práctica un método cooperativo muy eficaz. La prueba de ello es que en menos de dos horas el zurrón del viejo Jethro contenía ya siete gordezuelos conejos. Algunos servirían para alimentar a las comadreas y alguna que otra de sus mascotas —tenía también búhos y halcones, un lirón y un tejón—; el resto iría a parar a su cazuela o los vendería en el pueblo más cercano.

El viejo Jethro hacía uso de los setos del mismo modo que lo hacía el hombre medieval; en ellos hallaba alimento en forma de conejos y perdices, así como raíces para condimentar los guisos, amén de otras hierbas con las que hacía pomadas y ungüentos que luego vendía en el mercado. Llegué a conocer bastantes personas que no se acercarían a que las viera un médico por nada del mundo y que recurrían a él para aliviar todo tipo de dolencias. Recuerdo que tuve una novia a la que solía salirle periódicamente un sarpullido en la frente y en su mano izquierda, cosa que la irritaba sobremanera. Haciendo oídos sordos a su incredulidad y a sus protestas, la llevé a ver al viejo Jethro y la obligué a usar la pomada que él le proporcionó.

Al cabo de tres aplicaciones el sarpullido había desaparecido para siempre.

En una de las secuencias finales de nuestro programa, Jonathan quería mostrar uno de los antiguos prados protegidos por setos. Cuando llegamos al prado que había elegido quedamos entusiasmados. Era enorme, rodeado en tres de sus bordes por setos de espinos y en el otro por un bosquecillo de hojas relucientes. El bosque hacía talud y aparecía plagado de altísimos robles cuyo grosor hacía presuponer que tenían cientos de años; sus sombras se dibujaban grandes sobre la hierba. Pero lo más excepcional era su colorido, la alta hierba, decorada con ranúnculos de extraordinaria belleza que asemejaban oro molido y espolvoreado desde algún lugar del cielo. Caminamos sobre la hierba hasta el centro del prado con la sensación de estar profanando aquella llanura inmaculada.

En las últimas secuencias Jonathan deseaba mostrar el complejo entramado de setos que se extendía a través de los campos. Para ello decidió fletar un globo aerostático. Aunque siempre deseé hacer un viajecito en uno de tales aparatos, me preocupaba mi sempiterno vértigo. A pesar de todo no quería perder una oportunidad como aquella, de modo que accedí a participar en la operación.

El viaje debía prepararse como si se tratara de una maniobra militar. Era necesario realizar dos vuelos. El primer día, Chris nos acompañaría con la cámara y tomaría primeros planos de Lee y de mí en la cesta, mientras los demás nos seguían en coche y filmaban desde abajo. Durante el segundo vuelo, Chris nos seguiría con la cámara desde un helicóptero pilotado ni más ni menos que por el capitán John Crewdson, el *cascadeur* encargado de realizar las escenas peligrosas en las películas de James Bond. Pilotaría el globo Jeff Westley, cuya larga experiencia le permitía aterrizar en los lugares más insospechados. En un principio la idea de Jonathan era filmar al globo mientras se elevaba majestuosamente sobre el prado de ranúnculos; pero como ello habría dañado su flora nos decidimos por un prado más pelado.

A primeras horas de la mañana partimos hacia el prado en busca de nuestro globo. Su estampa recordaba la de un monstruo fabuloso. Era mucho más grande de lo que había imaginado. La barquilla para el pasaje, a pocos metros de distancia, parecía una gigantesca cesta para la ropa sucia; en su interior se hallaban las bombonas de butano imprescindibles para el vuelo. Tras hacer las presentaciones iniciamos la charla con Jeff, el piloto, un hombre fornido y de largos cabellos, cuya traviesa mirada sugería cierto aire de complicidad. Nos informó de que las predicciones meteorológicas eran inmejorables y nos prometió hacer todo lo posible para que disfrutáramos del viaje. Chris preparó la cámara para tomar los imprescindibles primeros planos, pero el ángulo de visión era tan estrecho que la cámara tendría forzosamente que instalarse a cierta distancia de la cesta. Solucionamos el problema montando la cámara sobre una barra de aluminio y haciendo uso del control remoto para dirigir sus movimientos desde el interior.

Jonathan deseaba hacer ver que Lee y yo éramos quienes dirigíamos el globo, de modo que subimos a bordo una sábana con la cual cubrir a Chris cada vez que se necesitara filmar una toma. Chris aceptó la sugerencia de muy buen humor y tras recibir las últimas instrucciones nos dispusimos a realizar nuestra primera ascensión en globo. Al soltar amarras, la cesta dio un saltito. Jeff tiró de una cuerda y una larga lengua de llamas azuladas rugió en el interior del globo. Era como dar rienda suelta a un dragón volador. La cesta se elevó muy suavemente, primero veinte metros, luego treinta, hasta que perdimos de vista al equipo de tierra.

La sensación era milagrosa. Cuando no hacía falta encender la llama, el silencio era completo y podían oírse conversaciones a más de trescientos metros de altura. Podía igualmente percibirse con nitidez el traqueteo de un tren, el ladrido de un perro o el rumor del ganado paciendo. Una sensación sólo comparable a la que se experimenta al bucear entre arrecifes de coral. Muy por debajo de nosotros se extendía un tramado de setos que rodeaba amplios prados salpicados de bosquecillos y pueblecitos como de juguete. Nuestra sombra, semejante a una seta gigante, se deslizaba sobre prados y setos creando el desconcierto entre los rebaños y haciendo que los caballos se comportaran como en un rodeo americano. Aunque volábamos a merced del viento, Jeff nos enseñó distintos modos de mantener la dirección del globo. En cierto momento el viento cesó repentinamente y Jeff dirigió el globo hacia un bosquecillo cercano. Nos deslizamos sobre las copas de los árboles e incluso rozamos las ramas más altas de un roble gigantesco. Así pudimos divisar una liebre y varios conejos, alarmados ante la presencia de aquel vehículo orondo y multicolor. Vimos también un par de cervatillos, que aguzaban el oído entre las matas, y recibimos todo tipo de insultos por parte de un grupo de grajos, indignados ante la invasión de su espacio aéreo.

Era fascinante deslizarse a unos ciento cincuenta metros por encima de los pueblecitos y las granjas aisladas; aquella panorámica permitía contemplar cada uno de los jardines que los rodeaban, todos repletos de bellísimas flores. El zumbido de nuestro globo alertaba a los perros, que ladraban histéricamente, y la gente salía de sus casas para ver qué ocurría. En cuanto advirtieron que podíamos oírlos comenzaron a preguntarnos hacia dónde nos dirigíamos; quedaron sorprendidos sobremanera cuando les respondimos que no teníamos ni idea. Al sobrevolar una escuela, los niños, acompañados de su profesor, salieron para observar nuestras evoluciones. Inevitablemente, los niños nos preguntaban

a gritos cuál era nuestro destino y también inevitablemente les contestábamos que no lo sabíamos. Los niños lo tomaron a risa y uno de ellos se reía con tanto afán que acabó por tirarse al suelo entre convulsiones. Pasamos sobre una mansión como de miniatura, construida con ladrillos rojos cuyo tejado, de un exquisito color rosa, brillaba exultante bajo el sol. El jardín aparecía adornado con macizos de flores de gran belleza y el conjunto parecía sacado de un cuento de hadas. Alertados por el ruido de nuestro globo el propietario y su mujer salieron al jardín:

—Tiene usted una casa muy bonita —le grité a la señora.

—Y usted un precioso globo —me contestó.

Puesto que el combustible estaba a punto de acabarse, nos dispusimos a aterrizar. Pero como suele ocurrir cuando se intenta amarrar un globo, la pega era que todos los campos en lejanía pertenecían a terrenos cultivados o aparecían ocupados por rebaños de histéricas ovejas que se morirían de un infarto si intentábamos aterrizar sobre ellas, por no hablar de sus propietarios. Avistamos finalmente un prado sin cultivar donde los animales domésticos brillaban por su ausencia; no obstante, antes de llegar a él debíamos sobrevolar unos campos de cebada, un bosquecillo e intentar después un aterrizaje en tres tiempos, ya que el prado era de pequeñas proporciones. Fue precisamente en ese momento cuando el viento nos jugó una mala pasada.

En teoría debíamos empezar a descender sobre el campo de cebada, deslizamos a poca distancia de las copas de los árboles y posamos suavemente sobre el prado. Pero al sobrevolar el campo de cebada el viento cesó de repente y nos vimos atraídos hacia el suelo a considerable velocidad. Intentando ganar altura, Jeff soltó una fuerte llamarada, pero ya era demasiado tarde y la cesta se estrelló contra las mieses y comenzó a dar saltos como un canguro. Después de tres topetazos suficientes como para rompernos los huesos, nos vimos arrastrados por el viento sobre el campo de cebada a velocidad de vértigo y en dirección al bosquecillo lindante. Los árboles, en cerrado grupo y peligrosamente enhiestos, se acercaban más y más; Jeff hizo lo único que puede hacerse en estos casos: dejar que el aire caliente saliera del globo por la correspondiente escotilla. Nuestro enorme y hermoso globo se desinfló y «murió» de repente; pero, al hacerlo, la cesta salió despedida de costado y todos fuimos a parar encima del pobre Chris. Dando sus últimos estertores, el globo nos arrastró cien metros más, los cuatro apelonados entre jarcias y tela. Finalmente consiguió detenerse y, jadeantes y confusos, pudimos salir de la cesta. La barra de aluminio que sostenía la cámara aparecía doblada y retorcida como un sacacorchos, aunque afortunadamente la cámara no sufrió daño alguno. Y lo que era más importante: todos estábamos ilesos. Jonathan, Paula y el resto del equipo, que habían seguido nuestra peripecia desde los coches, se acercaron, nerviosos, desde el bosquecillo cercano.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Jonathan, preocupado de que el «talento» se hubiera roto el espinazo.

—Perfectamente —le respondí—. Ha sido más fácil que bajar por un tobogán. Afortunadamente traían consigo la obligada botella de champaña que la tradición reclama consumir para celebrar el primer vuelo en globo. La bebimos con deleite mientras contemplábamos el destrozado campo de cebada y el flácido cadáver multicolor de nuestro corcel volador.

A pesar de tan desastroso aterrizaje estábamos impacientes por volar de nuevo escoltados por el helicóptero. Aunque por la mañana el tiempo era horrible, a media tarde el pronóstico varió, de modo que volvimos a elevarnos.

Era una tarde dorada y maravillosa, el cielo brillaba en todo su esplendor. Bajo su luz el campo refulgía esplendoroso, restallando el dorado de los ranúnculos en sus prados verde esmeralda y la palidez de los campos cultivados contrastando con la tierra recién arada, de un tono entre rojizo y amarronado. Minutos más tarde nos avisaban por radioteléfono que Chris había conseguido tomas suficientes, por lo que ya podíamos autorizar a Jeff para que se desembarazara de la sábana y disfrutara del paisaje. Como cabía suponer, Lee estaba tan entusiasmada con el vuelo en globo que me propuso de inmediato comprar uno. He de confesar que estuve tentado de hacerlo, pero pude frenar mi entusiasmo.

Mientras el sol inundaba los campos con su luz dorada, seguimos deslizándonos por las alturas, silenciosos y a merced del viento, convencidos de que aquél era el mejor medio de transporte jamás inventado.

PLANO OCTAVO

El lugar que escogimos para continuar el programa contrastaba enormemente con el anterior. Tras abandonar los verdes y luminosos campos de Inglaterra nos dirigimos hacia un extraño paraje: el desierto de Sonora. La mayoría de la gente asocia la palabra «desierto» con la imagen de un terreno árido, una zona de rocas y arena donde no hay rastro alguno de vida. Desde luego, esto puede aplicarse a algunos desiertos. Pero también existen otros en los que abundan plantas y animales cuya adaptación al entorno resulta sorprendente. Uno de ellos es el desierto de Sonora, situado al sudoeste de los Estados Unidos, cuya superficie, de varios miles de kilómetros cuadrados, alberga todo tipo de cactus y flores salvajes. Así que nos propusimos demostrar que un desierto no tiene por qué ser tan desagradable como la mayoría de la gente cree.

Nuestro equipo estaba formado por Rodney Charters, apodado *Rodders*, un sujeto fornido que anda siempre trabajando a toda prisa, incluso bajo el peso de una cámara. Siempre sonriente, fueran cuales fuesen los problemas, sus ojos rasgados le conferían un aspecto oriental. Su compañero Malcolm Cross, joven apuesto de largos bigotes, daba la estampa de ese tipo de caballero inglés peripuesto y algo afectado que fue pilar fundamental en la erección del Imperio británico. (Cuando me escribió para decirme cuánto se había divertido en la filmación, se expresó en los términos siguientes: «He vuelto de tan buen humor que he dejado embarazada a mi mujer.») El técnico de sonido era Ian Hendry, cuya espesa barba y ojillos melancólicos le hacían parecer un duendecillo de mediana edad. A pesar de su inocentón aspecto, como salido de un cuento de hadas, trabajó mucho y duramente.

Nuestro primer día en el desierto de Sonora fue una experiencia asombrosa. Como llegamos de noche no pudimos hacernos una idea clara del aspecto que ofrecía el desierto hasta la mañana siguiente. Al amanecer subimos a los coches y nos fuimos a inspeccionar los lugares que Jonathan había escogido para la filmación. Para empezar, el cielo aparecía magnífico, de un color entre el rosa pálido y el carmín y adornado de nubes moradas y amarillas. Sobre ese fondo se recortaba todo un ejército de cactus saguaro coronados con flores de un blanco intensísimo. El saguaro es, probablemente, el cactus más espectacular del mundo, ya que puede crecer hasta una altura de cuatro metros y medio, agrupándose en bosquecillos que se extienden varios kilómetros. El cactus madura cuando llega al metro y medio, aunque tarda unos cincuenta años en alcanzar esa altura. A cierta distancia parecen plisados o arrugados, como si estuvieran anudados con cables. A lo largo de estos pliegues se agrupan unas espinas negras y duras, de unos seis centímetros de largo, tan afiladas como agujas hipodérmicas y con un proceso de crecimiento bastante lento. Sus diminutas semillas soportan temperaturas extremas, que van del calor más insoportable al frío glacial. En esa primera etapa son muchas las que desaparecen pisoteadas por los venados o devoradas por los conejos o los campañoles. Si pueden superar tales dificultades, crecen seguras aunque lentamente. Entre los setenta y cinco y los cien años de edad suelen alcanzar los tres o cuatro metros de altura y empiezan a desarrollar sus extremidades, cuya forma recuerda la de los candelabros. El número y forma de tales extremidades es tan variado que no hay dos saguaros iguales: algunos tienen dos brazos, otros

veinte... e incluso cincuenta. Como todos los cactus, almacenan gran cantidad de agua en sus tejidos. Su piel es espesa e impermeable, lo que aumenta la capacidad para contener agua. Sus espinas no son sólo una protección ante el ataque de los animales, como el ciervo o el muflón, sino que al crecer agrupadas proporcionan al cactus pequeños sombreados que le ayudan a mantenerse fresco bajo el intenso calor. Cuando el saguaro muere, su pulpa se pudre y deja al descubierto una especie de esqueleto, semejante al mimbre, que le ha servido para soportar el crecimiento del tronco y las pesadas extremidades. En el interior de tales esqueletos pueden encontrarse unas extrañas estructuras leñosas de unos diez o quince centímetros parecidas a los zuecos holandeses. En realidad son restos de nidos de las aves del desierto. Debido a su gran tamaño, el interior del cactus se mantiene varios grados más fresco que el aire del exterior y ello lo convierte en un lugar ideal para anidar. El pájaro carpintero, por ejemplo, construye varios nidos en cada estación, de modo que convierte al saguaro en una especie de bloque de apartamentos. Cuando el pájaro carpintero practica un agujero en el tronco del cactus, éste se autodefende formando un callo duro y leñoso a su alrededor: éstos son los zuecos que uno encuentra al morir el saguaro. Cuando el pájaro carpintero abandona su nido, lo ocupan otros pájaros como la lechuza, el vencejo o el cerrojillo, de modo que resulta fácil encontrarse con que tres o cuatro especies diferentes habitan el mismo cactus.

Tras conducir algunos kilómetros por el desierto nos detuvimos y nos internamos a pie por un bosque de cactus. El saguaro, debido a su enorme tamaño y a su forma, era el más sobresaliente, pero también hallamos otras especies interesantes. Por ejemplo, varias opuntias de peluche, un cactus de tamaño medio, con las abundosas extremidades despuntadas y tan cubierto de espinas que parecía de peluche. De ahí le viene el nombre, claro. También había *Mamillarias boojum*, cuyo tronco y extremidades, cubiertas de pelillos negros, parecían necesitar un afeitado urgente. Estos pelillos o ramificaciones producen unas hojitas cuando el cactus tiene la humedad suficiente para nutrir las. Estas fantásticas plantas podrían ser descritas como zanahorias puestas del revés, aunque son de color verde y no rojo. Sus casi dos metros de altura y sus peludas extremidades hacen de éste el cactus más extraño del desierto. Tuvimos la suerte de llegar durante la estación en que los cactus florecen, pudiendo comprobar aquel derroche de color. Las flores eran de variados colores: verdes como el jade, amarillas, púrpuras, anaranjadas y escarlatas. Si nos hubieran asegurado que habíamos llegado a Marte nos lo hubiéramos creído, a la vista de tal profusión de formas y colores extraños.

Aunque hacía mucho calor, casi no lo notábamos, tan enormemente seco era el ambiente. De hecho, había que prestar mucha atención al trabajar en aquella zona, ya que uno podía sufrir graves quemaduras en la piel sin advertirlo. También había que tener mucho cuidado al caminar entre los cactus, evitando por todos los medios sus afiladas espinas: si se rozaba una mamillaria, por ejemplo, se descubría de inmediato cuan dañinas eran sus espinas. Alastair, que no paraba de moverse por todas partes, estuvo en peligro de muerte la mayor parte del tiempo que estuvimos en Sonora. En una ocasión, mientras caminaba hacia atrás para conseguir un encuadre, se topó con un saguaro: si el viento hubiera sido favorable, sus gritos se habrían oído en Londres.

Tuvimos la suerte de contar con la cooperación del Museo del Desierto de Sonora, una institución singular que exhibe animales tanto vivos como disecados. Ello nos permitió servirnos de algunos animales, la mayoría de ellos

domesticados. Pero la docilidad también puede tener sus desventajas como más tarde comprobamos. Tal ocurrió cuando quisimos mostrar el método ancestral usado para capturar lagartos, que tantos éxitos me ha proporcionado, consistente en fijar un nudo corredizo en el extremo de una caña. Se trata de acercarse poco a poco al lagarto, conseguir que éste introduzca la cabeza en el lazo y atrapararlo dando un fuerte tirón con la caña. Para ello pedimos prestado al museo uno de sus inquilinos más antiguos: un venerable chuckwalla. Estos lagartos, de unos sesenta centímetros de longitud, tienen el cuerpo gorduzuelo y de un color amarronado. Sus chatas cabezas ofrecen el aspecto y la expresión propia de sir Winston Churchill, excepción hecha de que no fuman puros. El nuestro se llamaba *Joe* y nos miraba con la displicencia de quien acaba de dar por finalizada una conferencia de interés mundial. Le instruimos con sumo cuidado en cuál era su cometido: todo lo que tenía que hacer era tenderse sobre una roca, esperar a que Lee se le acercara por detrás y le rodeara la cabeza con el lazo; y cuando sintiera que la cuerda le apretaba, retorcerse y patear como un poseso. Ante todo, debía actuar como un chuckwalla salvaje y no dejar entrever que sus últimos veinticinco años de vida los había pasado confortablemente alojado en el museo de Sonora. De su inteligente expresión dedujimos que había comprendido nuestras instrucciones al pie de la letra y que actuaría con total aplomo. Alastair estaba convencido de haber descubierto una nueva estrella para el séptimo arte. Incluso se acercó para darle unas palmaditas en el lomo y susurrarle: «Buen chico.»

A pesar de todo, en cuanto colocamos las cámaras y Lee agarró la caña, se produjo un cambio de actitud en *Joe*. Desplomado sobre una roca, dejó de ser el chuckwalla ágil que todos admirábamos. Poseído por una especie de parálisis propia de los reptiles, permaneció absolutamente inmóvil para ejemplo y envidia de cualquier taxidermista. Sin mover ni un dedo, incluso cuando quedó atrapado en el lazo, parecía estar relleno de serrín. Nada parecía arrancarle de su trance hipnótico. Aunque gritásemos, le amenazáramos y le ofreciéramos algunas golosinas, no conseguimos ningún resultado: *Joe* permanecía tan inmóvil como si estuviera esculpido en piedra. Como es de suponer, fue de inmediato devuelto al museo.

Con las serpientes tuvimos más suerte. Steven Hale, nuestro experto en ofidios, llegó con la furgoneta cargada de sacos repletos de serpientes cuya visión hacía recular al más pintado. Entre otras, trajo una serpiente de cascabel muy agresiva, que ya hizo sonar su cola antes de salir del saco. Era una serpiente maravillosa, con bellos dibujos decorando su lomo, y que no dejó ni un momento de acometer contra todo lo que se le ponía por delante. También nos mostró una serpiente coral de color rosa, rojo, negro y amarillo, cual corbata de seda italiana. Esta serpiente nos causó algunos problemas, ya que no perdía ocasión de escaparse y desaparecer entre las rocas. Pero la más elegante, y probablemente la más susceptible, era una *king snake*, a rayas negras y amarillas. Tenía ojos enormes y oscuros y la boca, siempre sonriente, le daba una expresión de tímida bondad. Con toda placidez dejó que Lee la atrapara con el lazo, se dejó capturar igualmente con un bastón especial para observar serpientes, permitió que la filmáramos sobre las rocas y entre los cactus y se dejó manipular de todas las maneras posibles: entre los dedos de Lee, alrededor de sus brazos y de su cuello. Sólo al final, cuando Alastair ordenó: «Pon esa lagartija sobre aquella roca», nos hizo frente y mordió a Lee. Afortunadamente, las *king snake* no son venenosas.

En mi opinión, uno de los puntos culminantes de la filmación fue cuando avistamos mi pájaro favorito: el correcaminos. Sus ojos alocados, su ridícula cresta y su torpe carrera hacen de él el más cómico y simpático de los pájaros. Filmamos un curioso incidente como demostración de que todo es aprovechable en este árido entorno. Había un nido con tres crías de correcaminos en su interior, una de ellas muerta. Sorprendentemente, cuando la madre lo descubrió, lo tomó y empezó a alimentar con él a las otras crías. Cuando dejamos de prestar atención, uno de ellos ya se había comido la cabeza y el cuello de su hermano muerto, apartando a un lado el resto. Parece ser que los correcaminos suelen hacer eso, ya que cazan serpientes muy grandes, y como no se las pueden tragar de una sola vez, comen lo que pueden y el resto lo dejan para mejor ocasión. Tras acabar de digerir la primera mitad, se comen la otra.

Durante la filmación sufrimos uno de esos días negros que sacan de quicio a cualquiera. Con el propósito de mostrar cada uno de los distintos tipos de desierto filmamos desiertos con cactus, con matorrales, con piedras y con hierba. Sólo faltaba filmar el más característico: kilómetros y kilómetros de dunas de arena. Alastair había encontrado un lugar ideal a unos setenta kilómetros de distancia. Tenía dunas de treinta y cuarenta metros de largo, bellamente erosionadas por el viento y la lluvia y perdiéndose en el horizonte. Además, su acceso estaba asegurado, ya que una autopista atravesaba el lugar. Alastair describió aquellas dunas con tanta pasión que tuvo la seguridad de que, a su lado, el Gobi y el Sahara quedarían a la altura del betún. De este modo, excitados por la idea de encontrarnos ante un paisaje semejante, si no superior, al de *Beau Geste*, nos levantamos al amanecer y fuimos en coche hasta el lugar en cuestión bajo un cielo brillante y prometedor.

Cuando Alastair quedó tan impresionado por la mayestática presencia de las dunas era día laborable. Pero nosotros fuimos en domingo y encontramos un paisaje bastante diferente al que Alastair nos había descrito. Cierta que se trataba de dunas enormes y bellamente esculpidas. Cierta también que se extendían hasta el horizonte y que parecían un decorado de Hollywood en el que uno esperaba encontrarse con Ramón Novarro lanzado al galope. A pesar de todo, en vez de encontrarnos con aquel galán de cine, nos topamos con las tres cuartas partes de la población de California, unos *buggies* extremadamente ruidosos saltando y destrozando las dunas. Los había a centenares, rugiendo, dando patinazos, botando y bramando, de modo que era imposible grabar el sonido.

Además, ni siquiera podíamos oírnos a nosotros mismos, aparte de la distracción suplementaria que supone ver pasar a tu lado, montadas en aquellos cacharros, a toda una colección de bellas señoritas ligeras de ropa. Desesperados, fuimos de un lado para otro por aquel desierto con la esperanza de encontrar algún lugar más deshabitado; pero toda la zona estaba sometida al control de aquel enjambre ensordecedor. Alastair propuso que nos dirigiéramos hacia el nacimiento de las dunas, lugar que parecía menos visitado, y que nos contentáramos con filmar sin sonido. Rodney, que solía saltarse a la torera todo tipo de reglas, giró el coche en redondo en medio de la autopista con la intención de volver por donde habíamos venido. En cuestión de segundos, un helicóptero de la policía dio aviso de la infracción a un compañero de tierra. Éste, entre el sonido ensordecedor de las sirenas, nos cortó el paso. El policía de oscuro uniforme que nos multó era formidable. Aparte de su pistolón —que uno suponía instintivamente que podía acertar a una moneda a trescientos metros— parecía haberse criado, por así decirlo, en las laderas del Everest. No sólo parecía un amante del boxeo, el

karate y el jiu-jitsu, sino que podría volar como Superman si se lo propusiera. Su aire amenazador se acentuaba escuchando su tono cordial y amable. Incluso Alastair, que en sus buenos tiempos había dado muestras de no respetar a la autoridad, quedó intimidado por la presencia de este pedazo de humanidad que parecía controlar a la CIA con una sola mano. Por lo que recogimos nuestra multa muy calladitos y compungidos.

Camino del lugar donde desaparecían las dunas Alastair observó que una zona aparecía infestada de *buggies* y, en cambio, a poca distancia brillaban por su ausencia. De manera que, bajo las instrucciones de nuestro director, nos internamos por una escarpada vereda. Nada más llegar al lugar en cuestión descubrimos por qué los *buggies* no se acercaban por allí: en la parte de la vereda más alejada de la autopista y de la civilización, nuestro coche se hundió en la arena hasta más arriba de sus ejes. Paula, Lee y yo tuvimos que caminar unos tres kilómetros hasta la autopista; y desde allí otros tres hasta llegar a un garaje y pedir una grúa para sacar el vehículo embarrancado. Aquella noche volvimos al hotel frustrados e irritados, pues no sólo no habíamos podido filmar ni un metro de película, sino que, además, debíamos a la policía local una multa de más de veinte dólares.

Fue éste el único día negro: el resto de la filmación en el desierto salió a pedir de boca. El tiempo era inmejorable y la temperatura superior, tanto al amanecer como por la tarde.

Lo más fascinante a la hora de rodar esta serie fue el contraste: igual filmábamos bajo la nieve que sudábamos a chorros en una selva tropical. Un día remábamos sobre las aguas de un río inglés y al siguiente hacíamos lo propio en un arrecife de coral. De modo que, siguiendo con los contrastes, abandonamos los bosques de cactus de Arizona y volamos hasta la sabana surafricana para visitar la reserva de Umfolozi.

Acceder a esta maravillosa reserva fue una de las más saludables experiencias de que nunca haya disfrutado. Condujimos a través de kilómetros de verde hierba que me recordaba vagamente las praderas inglesas. Uno advierte, también vagamente, que muchos bosques deben haberse talado para crear tal pradera, y aunque en apariencia es verde y brillante, de hecho está desecada, erosionada y, por añadidura, superpoblada. De todos modos, esto no le afecta a uno hasta llegar a Umfolozi.

Tras conducir atravesando verdes y erosionadas colinas uno se topa repentinamente con una verja. Y al otro lado podía verse cómo era África antes de la llegada del hombre blanco y de que los africanos experimentaran un crecimiento demográfico tan desorbitado. Maravillosos bosques de acacias, ricas praderas, baobabs gigantes: aquello había que verlo para creerlo.

Aquellos lectores que, como yo, estén al borde de la decrepitud se acordarán de Judy Garland en la película *El mago de Oz*. Supongo que recordarán aquella escena en la cual la casa de la protagonista es lanzada sobre el arco iris por un tornado. Hasta ese momento la película era en blanco y negro, pero cuando Judy Garland abre la puerta tímidamente todo aparece en el Technicolor más deslumbrante. Al llegar a Umfolozi experimenté una sensación parecida. Al atravesar aquel paisaje desecado por el hombre, uno no se daba cuenta de la cantidad de especies que habían sido destruidas porque no se había visto su alternativa en Technicolor. Incluso alguien que, como yo, está bastante al corriente de los problemas de conservación de la Naturaleza, podría quedarse

pasmado ante el paisaje que se escondía tras aquella verja. Es como si después de atravesar un desierto se llegara a un oasis protegido por alambradas.

Nada más entrar en el parque se advierte también la presencia masiva de animales. Una manada de cebras, rayadas como los charlatanes Victorianos, trotaban alrededor del camión de un modo un tanto caprichoso. Con ellas brincaban varios ñus, cuyos cuernos retorcidos recordaban la forma de unas gafas. Para ser unos animales tan desgarbados resultan extremadamente ágiles. Una manada de ñus es lo más parecido a un ballet, ya que saltan y se retuercen ejecutando todo tipo de complicadas piruetas. Al atravesar las altas hierbas, las cebras y los ñus asustaban a bandadas de estorninos púrpura y a grupos de picabueyes. Pacían plácidamente, como reclutas fuera de servicio, y nos miraban con enormes ojos melancólicos, rodeados de largas y seductoras pestañas. Ya habíamos recorrido un par de kilómetros cuando vimos a uno de los habitantes más característicos de la reserva: el rinoceronte blanco. Hace algún tiempo, estas enormes bestias —los mamíferos terrestres más grandes después del elefante— estuvieron a punto de ser extinguidas. Afortunadamente, cuando la cosa parecía inevitable, se tomaron medidas para su protección y ahora se puede contemplar a este gigante antediluviano en Umfolozi y en otros lugares del sur de África. El que nosotros vimos era enorme y su cuerno, de más de un metro de largo, semejaba una cimitarra. Su lomo aparecía adornado con varios buphagus. De vez en cuando, sus enormes patas asustaban a pequeños saltamontes y a otros animalitos, y los buphagus abandonaban su plataforma para capturarlos. Nos detuvimos a menos de cien metros del rinoceronte, que se detuvo a su vez para observarnos calmamente. Al cabo de unos instantes cruzó la carretera y desapareció entre las acacias.

Seguimos nuestro camino y, a menos de un kilómetro, nos topamos con una manada de mis mamíferos favoritos: las jirafas. Había cinco ejemplares; tres se dedicaban a devorar con toda tranquilidad la copa de una acacia mientras las otras dos, que debían de estar de luna de miel, se comportaban de un modo hartamente absurdo. Cara a cara, intentaban entrelazar sus cuellos como si de un par de cisnes se tratara. Se besaban con pasión, introduciendo sus lenguas en la boca del compañero de un modo muy voluptuoso. Se hubiera podido esperar algo así de una película francesa, pero nunca de un par de jirafas. Como cualquier pareja de amantes, sólo prestaban atención a sus juegos, de modo que pudimos acercarnos a ellas sin ser vistos. Al cabo de un rato llegamos a una serie de bloques de cemento construidos por el gobierno de Sudáfrica con el propósito de que los turistas se sientan como en casa. Aunque era lo más parecido a un lavabo público mal diseñado, la estancia en su interior se veía compensada por la belleza de los alrededores.

Nuestro *cameraman* era otro Rodney, Rodney Borland, acompañado de su mujer, Moira. Juntos habían realizado varias películas de primerísima calidad sobre la fauna africana, de modo que conocían aquellos parajes como la palma de la mano.

Alastair tuvo, justamente entonces, un *affaire* amoroso, intenso y prolongado, con un topo. Tal vez esta afirmación necesite una explicación detallada. En su momento proclamé que sólo iría a Sudáfrica si se me permitía observar una de las criaturas que más me ha fascinado en los últimos tiempos: el topo dorado. Existen varias especies de este extraño animal y, aunque resulta bastante parecido a sus hermanos europeos, se diferencia de ellos por su pelaje ateciopeinado, brillante como el oro. Intentando satisfacer mis deseos, Alastair

tuvo problemas para encontrar a alguien en Durban que le proporcionara un topo dorado. Al final, un amable habitante de la ciudad encontró un ejemplar en su jardín y nos lo mostró para que pudiéramos filmarlo. Era una criatura encantadora, cuyos minúsculos ojillos hacían suponer que había perdido sus gafas. De unos quince centímetros de largo, como un lingote peludo, no perdía ocasión de escabullirse hacia su guarida. Como la mayoría de los insectívoros, tiene un apetito voraz e insaciable y necesita cerca de trescientos metros de gusanos al día para quedar satisfecho. Por alguna razón desconocida Alastair trabó gran amistad con esta pequeña criatura: cavó sin descanso en busca de gusanos para el desayuno, la comida y la cena y dejó que el topo durmiera en su cuarto por las noches. A pesar de esta afinidad y dado que *McTavish*, nombre con el que bautizó al topo, había pasado toda la noche intentando escapar de la caja donde estaba encerrado, Alastair acabó por admitir que su compañía no era tan placentera. Aunque el topo dorado guarda cierta semejanza con el topo europeo, sus conductas no están relacionadas en modo alguno. Su parecido se centra en su similar adaptación a la vida bajo tierra, lo que ha dotado a ambos de poderosas patas delanteras, atrofia de la vista y fuerte hocico. Como ya he indicado, *McTavish* era de un color dorado, pero si la luz del sol caía en un ángulo determinado sobre su piel, ésta podía adquirir varias tonalidades diferentes, que iban del verde al violeta, pasando por el púrpura: una gama bastante chocante tratándose de un mamífero. Una noche *McTavish* tuvo éxito en sus intentos de escapar. Tras hallar una pequeña grieta en su caja, la agrandó con sus patas delanteras hasta convertirla en un agujero de dimensiones considerables. Alastair, muy compungido, nos informó a la hora del desayuno de tan triste pérdida. Por fortuna, ya habíamos filmado todo el material necesario.

Una de las cosas que más nos interesaba mostrar eran los diferentes hábitos de alimentación de los ungulados que pueblan la sabana. La jirafa, por ejemplo, devora las copas de las acacias, mientras que el cudú hace lo propio con las matas más bajas. De esta manera, alimentándose a diferentes niveles, hay menos competencia y el alimento se reparte mejor. Creímos que la mejor manera de mostrar ese reparto de funciones era filmando los dos extremos: un animal que se alimentara con las hojas más altas y otro que lo hiciera a ras de tierra. Para ello, nos decidimos por la jirafa y la tortuga.

Tras una intensa búsqueda logramos encontrar una tortuga, grande y somnolienta, descansando tranquilamente al pie de un baobab. Alastair, que había empezado a intranquilizarse ante la aparente ausencia de todo tipo de tortugas, vio a este reptil, que parecía en trance, y saltó del coche dando saltos de alegría. Se abalanzó sobre ella y la atrajo hacia su regazo. Eso no es lo más recomendable cuando las tortugas están alerta. Atrapar a una tortuga, aunque ésta parezca estar recitando calmamente uno de los poemas más aburridos de Tennyson, puede acarrear problemas. Todas las tortugas tienen una vejiga grande y de gran contenido y ésta no era una excepción. Decir que Alastair quedó empapado sería menospreciarlo: estaba más bien inundado.

—Nadie me había dicho que las tortugas mearan —repetía lastimeramente—. Y menos que lo hicieran al por mayor.

Metimos a la tortuga —ahora ya más desahogada— en una caja, intentamos secar a Alastair lo mejor que pudimos y salimos en busca de una jirafa. Como suele suceder en tales ocasiones, no había ni una sola jirafa a la vista. Normalmente, el paisaje estaba salpicado de ellas, pero ahora no podíamos

divisar ni una sola. Después de conducir varias horas, encontramos un macho enorme asomando entre unas acacias.

La gran idea de Alastair fue proponer que yo me acercara a la jirafa con la tortuga en los brazos. Cuando estuviera lo más cerca posible de ella, debería dejar la tortuga en el suelo, dirigirme a la cámara y empezar a explicar los hábitos alimenticios de las jirafas, los antílopes y las tortugas ejemplificándolo con su presencia ante las cámaras. Como sucedía con la mayoría de las ideas de Alastair era más fácil decirlo que hacerlo.

Con la tortuga en las manos salté del coche y me acerqué a la jirafa, que observó mi aproximación con un gesto de absoluta incredulidad. Nunca en su larga y feliz vida había imaginado que su almuerzo se vería interrumpido por un humano con una tortuga vociferante entre las manos. No parecía gustarle aquella primera experiencia. Tras proferir un gruñido de alarma, se ocultó entre las acacias, de manera que sólo podía distinguirse su cabeza.

—No vale —susurró Alastair—. Quiero que se vea todo el cuerpo.

Muy lentamente seguí a la jirafa entre las acacias, y ella volvió a refugiarse tras un arbolito. No tuve más remedio que seguirla, dando vueltas y más vueltas alrededor del arbolito, como si estuviéramos bailando un vals pasado de moda.

—Esto no funciona —le grité a Alastair—. Tendrás que mover la cámara.

Tras colocar la cámara en una nueva posición, y después de unos cuantos pasos de baile, conseguí que la jirafa se situara en el ángulo requerido.

—Excelente —aprobó Alastair, excitado—. Ahora, pon esa cosa en el suelo y habla sobre las cebras.

Obediente, puse la tortuga en el suelo y hablé larga y elocuentemente sobre la jirafa y sus hábitos alimenticios, así como de los de otros ungulados de la zona.

—...Y de este modo —concluí— los animales se alimentan según un método selectivo. El alimento se distribuye inmejorablemente, tanto para los animales que devoran las copas de los árboles como para los que se alimentan a ras de tierra. Por ejemplo, este que tenemos con nosotros.

Señalé al suelo, pero, sorprendentemente, allí no había tortuga alguna. En un alarde de velocidad, sin precedentes en su especie, la tortuga había recorrido más de cien metros hasta un bosquecillo de acacias. Como es de suponer, tuvimos que repetir la toma.

Otra de las brillantes ideas de Alastair fue su propuesta de comenzar el programa con unos planos del «talento» dando una conferencia junto a un rinoceronte blanco. Estaba tan entusiasmado con aquella idea que perdimos tres días buscando rinocerontes blancos. No tuvimos dificultad alguna en encontrarlos, ya que el parque estaba repleto de ellos. El problema residía en que no parecían muy dispuestos a cooperar con Alastair. Encontramos a una hembra acompañada de sus regordetas crías compartiendo una charca con un búfalo. El búfalo estaba recubierto de lodo seco y agrietado, de manera que parecía llevar un *puzzle* inscrito en el lomo. La hembra y sus crías no advirtieron nuestra presencia, de modo que me hubiera sido bastante fácil poder acercarme y completar la escena, para alegría de Alastair, si no hubiera sido por el búfalo. Este animal, que había estado revolcándose en la charca presa de la satisfacción que representa para cualquier búfalo estar cerca del agua, se levantó de un salto en cuanto me vio salir del coche. En su desesperado intento de salir del agua a toda prisa, sus patas resbalaron y cayó de costado, pataleando salvajemente y salpicando al resto de los inquilinos de la charca. Como es natural, los rinocerontes tomaron aquella pataleta como signo de que algo iba mal y abandonaron el lugar en un

santiamén. Esto se repetía una y otra vez. Los rinocerontes, debido a que son muy cortos de vista, han desarrollado un poderoso sentido del olfato, así como un oído muy fino. También son muy precavidos, aunque no logro entender a qué puede tenerle miedo un animal de tales dimensiones. De todos modos nuestros intentos por hacerme aparecer junto a un rinoceronte blanco al inicio del programa fallaron sin remedio: parecía que tuviéramos que abandonar Sudáfrica sin conseguir la toma que nuestro director tanto ansiaba.

Pero el último día, y entre murmullos de desaprobación por parte de los presentes, Alastair insistió en que lo intentáramos de nuevo. Salimos al rayar el alba y creo que a eso se debió nuestro éxito, ya que el enorme macho que encontramos presentaba un aspecto bastante adormilado, como si se hubiera levantado de la cama minutos antes. Con mucho cuidado dirigimos el vehículo hacia él, intentando mantenernos en dirección contraria al viento. Cuando llegamos a unos quince metros de distancia apagamos el motor y discutimos la situación en voz baja. El rinoceronte parecía sospechar que algo extraño estaba sucediendo, aunque no sabía qué. Otro punto a nuestro favor era que este ejemplar no tenía pájaro alguno instalado sobre el lomo; en caso contrario, el avecica hubiera dado la alarma.

—Ahora —susurró Alastair— tienes que salir del coche, acercarte a él tanto como te sea posible, volverte frente a la cámara y empezar tu discurso.

—Gracias —le contesté—. Mientras yo hago todo eso, tú estarás bien seguro aquí en el coche.

—Estaré contigo en espíritu.

Salí del vehículo esperando que todas las historias sobre la miopía de los rinocerontes fueran ciertas. Mientras abandonaba la seguridad del coche y me acercaba al animal, éste pareció haber doblado su tamaño. Muy lentamente, y esperando no pisar ninguna ramita seca, me acerqué más y más. El rinoceronte alzó la cabeza, aguzó el oído y dio un leve gruñido. Entonces hice de tripas corazón y me di la vuelta para empezar con mi discurso de introducción. Ya iba por la mitad cuando oí un crujido a mi espalda. Intentando mantener la sangre fría, miré hacia atrás de reojo y vi, para mi infinita alegría, que el rinoceronte se había dado la vuelta y se alejaba maldiciendo por lo bajo. Con recobrada confianza miré la cámara y continué con mi conferencia sin que me temblara la voz. Lo que me resultó muy difícil, ya que dar la espalda a seiscientos kilos de rinoceronte fue una de las cosas más difíciles que tuve que hacer en Sudáfrica.

PLANO NOVENO

Tras visitar la sabana africana volvimos a Inglaterra. El inicio de la primavera es allí muy bello, sus cielos de azul pálido, sus riberas adornadas de primulas amarillas, los bosques repletos de campánulas azuladas, los campos de ranúnculos y efímeras, y los primeros brotes retoñando en los árboles al templado sol. Pero no lo es tanto si se está filmando una película.

Nuestro próximo programa versaría sobre un estanque y un río ingleses, lugares fascinantes en primavera, cuando sus criaturas acuáticas, en especial sapos y tritones, nutrias y efímeras, comienzan a criar.

Pero no esa primavera.

Aquella era la primavera típica del cineasta frustrado, con cielos nublados y temperaturas árticas acompañadas de lluvia, granizo, aguanieve. Y, cuando ya creíamos que el cielo había agotado sus posibilidades, nieve. El estanque que Jonathan había escogido, de aguas límpidas y claras, se convirtió a los pocos días en una ciénaga opaca. El río Wye, que normalmente fluye alegre y chispeante sobre su lecho de rocas, fue transformado por el lodo hasta quedar convertido en una especie de río de lava. No hace falta decir que todo esto aumentaba el natural nerviosismo de Jonathan y que se le caía el mundo encima cada vez que miraba por la ventana. En vano fuimos de un lado para otro con la esperanza de que el tiempo cambiara. Paula estaba al borde de la desesperación, ya que parte de su trabajo como productora consiste en mantener alta la moral del equipo, algo casi imposible por aquellos pagos. Y por si esto fuera poco, ella y Jonathan se enamoraron profundamente durante la filmación de la serie y decidieron casarse tan pronto como acabara la misma. Como era de esperar, Jonathan atribuyó las inclemencias del tiempo al hecho de su inminente boda. Aquellos días nos pusieron a prueba.

—Mira, cariño —señaló Paula con gran sensatez—. ¿Por qué no filmamos a Lee bajando por los rápidos? Para esas tomas no importa que el agua baje turbia.

—Una gran idea —aprobó Lee, que se moría de ganas de practicar con su canoa—. Vamos al río, Jonathan.

—Eres tan sádico que jugar con la vida de mi mujer en los rápidos te levantará el ánimo —apunté.

—Sí —observó Jonathan sin entusiasmo—. Supongo que podemos hacer eso.

Dejamos el estanque de aguas turbias y nos dirigimos al lugar donde el río Wye se retuerce entre oscuros peñascales. Allí las aguas se abrían paso entre las rocas, arrancando nubes de espuma; todo estaba invadido por el fragor de las aguas. Lee, bastante excitada por cierto, se vistió con un traje de goma escarlata y un casco amarillo. Luego se introdujo en una frágil canoa y se dirigió a una de las márgenes del río para tomar su primera lección. Es tanta la perversidad de las mujeres, que en media hora Lee conducía la canoa con la misma profesionalidad que su instructor.

Todo esto se hacía con la intención de mostrar cómo se aprovecha el curso del río en el transporte, la fuerza del agua como elemento propulsor, la corriente como dirección y los recodos de aguas tranquilas como aparcamiento. Quisimos ilustrarlo con las imágenes de las criaturas que viven en esas turbulentas aguas y usan el mismo método para sobrevivir. Dispusimos la cámara entre las rocas mientras Lee, metida en su canoa, esperaba a unos doscientos metros la señal

para iniciar el descenso. A uno de los lados de la canoa se había fijado una pequeña cámara unida por un cable a un mecanismo de disparo. Así, Lee pondría en funcionamiento la cámaras y obtendría sus propios primeros planos y de la canoa; la otra cámara tomaría en el intervalo los planos generales. Lista la canoa, partió sorteando pequeños arrecifes de rocas negras y topeteando sobre la superficie del agua, la proa subiéndolo y bajando como un cerdito que buscara trufas. Debo admitir que Lee llevaba su embarcación con total maestría. Pero también acabé por notar cierto pesar en su rostro cuando se detuvo a descansar en un recodo. Descubrimos entonces que la cámara se había desconectado, posiblemente al dar una de sus paletadas vigorosas, de manera que no quedaba más remedio que repetir la toma de nuevo. Subimos la canoa hasta el lugar original y mi mujer —sintiéndose como un viejo lobo de mar— se introdujo en ella, repitiendo la operación con la misma destreza con que lo haría un salmón. Afortunadamente, la cámara funcionó esta vez.

Resulta sorprendente observar que todos los grandes ríos del mundo —el Amazonas, el Nilo o el Mississippi— comienzan su andadura de la misma manera: un pequeño manantial que fluye a borbotones del interior de la tierra. A medida que se acercan al mar, ganan en fuerza y caudal, convirtiéndose en ríos majestuosos. Los ríos, tanto los grandes como los pequeños, son algo así como venas y arterias de la tierra que dan alimento y cobijo a multitud de criaturas.

Puede comprenderse sin dificultad que las lagunas y los estanques alberguen gran variedad de especies. Pero resulta más difícil hacerse a la idea de que lo mismo sucede con las corrientes más turbulentas. Bajo condiciones especiales, conseguimos filmar algunas de las especies más relevantes con el propósito de mostrar su adaptación a un medio tan inestable. Tomemos, por ejemplo, a la larva del frígano. En cualquier estanque de aguas tranquilas se la puede observar, y admirar los extraños tubos que construyen para sobrevivir, ocultas bajo la arena o entre restos de vegetales. (Cuando era un chaval solía sacar a las larvas de sus refugios. Mientras construían otro nuevo, les proveía de materiales de diferentes colores, ralladuras de ladrillo o de pizarra, por ejemplo, para que las larvas cambiaran de color.)

Un camuflaje a base de plantas es suficiente en un estanque; pero las larvas que viven en los rápidos necesitan algo más sólido y pesado que les evite el ser arrastradas por la corriente, de modo que utilizan guijarros y pequeños cantos rodados. Cuando se examina el lecho pedregoso de un río, se cree a veces ver cómo una hilera de piedras parecen moverse. Hay otra especie que, a diferencia de la antedicha, no construye sobre una pila de piedrecillas, sino que adopta otra estrategia para sacarle provecho a los rápidos. Tras escoger una oquedad entre los guijarros del fondo, sitúa allí su guarida y fija a la entrada una red con palitos y piedras. Entonces, como si se tratara de una vieja solterona, espera pacientemente. a que su trampa se llene del alimento que arrastra la corriente.

A pesar de ser tan pequeña y tan frágil, la larva de la mosca negra también se adapta admirablemente a este hábitat; algo tan difícil para ella como lo sería para nosotros vivir bajo las cataratas del Niágara. Esta curiosa criatura, parecida a una diminuta oruga alargada, tiene un par de aparatosos bigotes en el extremo de su cabeza. Suele formar una almohadilla de mucosa a la cual queda adherida haciendo uso de los pequeños garfios que crecen al final de su cuerpo. Allí permanece durante largas temporadas sorbiendo su alimento a medida que éste es arrastrado por la corriente. Resulta muy curioso observar esta criatura, ya que parece alimentarse de su propio bigote. En este mismo entorno se puede

encontrar otro animalito interesante: el camarón enano. Aunque guarda cierta semejanza con las pulgas de mar, tan comunes en las playas, su cuerpo parece haber sido arrollado por una apisonadora, de modo que se ve obligado a nadar de costado. Pero esta especie de deformidad redundaba en su beneficio, ya que ofrece muy poca resistencia al empuje de las aguas, lo que le permite desplazarse sin grandes problemas.

A primera vista, y a pesar del mal tiempo reinante, Jonathan parecía bastante satisfecho: había conseguido filmar varias mofetas, ratones acuáticos, visones y toda una familia de fochas, cuyos rostros, de color escarlata, destacaban sobre su pelaje amarillento como si padecieran una congestión crónica. Su aspecto recordaba a uno de esos conjuntos de música *punk*, aunque eran muchísimo más atractivos. También disponíamos de varias tomas de cisnes navegando majestuosamente y sumergiéndose para atrapar manojos de hierba con los que alimentar a su prole.

Con todo este material bajo el brazo volvimos al estanque: aunque todavía bastante lleno de lodo, parecía tener mejor aspecto. Aquí nos propusimos filmar varias tomas: una sobre un bote; otra, el «talento» caminando sobre las aguas. Los estanques son como pequeños mundos autárquicos, y gran variedad de especies dependen de su existencia. Es lástima que su número vaya disminuyendo en las islas británicas. Todo se debe a que los granjeros, siempre tan amantes de la naturaleza, los consideran inútiles y proceden a su drenaje y posterior relleno con el propósito de hacerlos cultivables. El hecho de que multitud de especies, desde las ranas y los sapos hasta las libélulas, dependan de su existencia no parece preocupar a la sociedad moderna y civilizada.

Afortunadamente aún queda gente que tiene en cuenta el peligro que supone la desaparición de estos entornos privilegiados y que no dudan en ofrecer ayuda. Así cabe destacar la labor del Frog Watch, dependiente de la Royal Society for Nature Conservation. En el Reino Unido, cualquiera puede telefonar a una rana; es decir, existe una línea telefónica abierta a todo el que quiera avisar de la presencia de sapos y ranas en las acequias, los jardines particulares o en los innumerables estanques naturales que pueblan el país. El número de teléfono suele anunciarse por la radio o en los periódicos locales. Mediante esa información los expertos pueden hacerse una idea de los lugares donde viven estos anfibios, así como de su extensión. Como es natural las ranas no suelen alejarse mucho del lugar en que nacieron, pero no puede decirse lo mismo de los sapos, lo que representa un serio problema. En cuanto se hacen adultos los sapos se diseminan en un amplio radio, ya que, a diferencia de las ranas, no necesitan una humedad constante. No obstante, cuando llega la estación de la cría, vuelven a millares a las charcas y estanques de donde surgieron. A veces se ven obligados a cruzar caminos y carreteras para llegar a su objetivo, de manera que muchos de ellos perecen bajo las ruedas de los coches. En Holanda, donde parecen preocuparse más por la naturaleza en general, se han construido pasos subterráneos para los sapos en migración. Aunque en el Reino Unido no se dispone de tales refinamientos, se ha promovido una campaña de socorro bajo el lema «Ayuda a un sapo a cruzar la calle». Los simpatizantes de los sapos —y quien no lo es, dado que, con un beso, se transforman en príncipes—, equipados con papeleras, botes de basura y otros envases, suelen hacer guardia en los tramos de carreteras más frecuentados por estos anfibios y, tras introducirlos en tan peculiar medio de transporte, los depositan, sanos y salvos, al otro lado de la carretera. Más valdría que los *boy-scouts* dejaran por una temporada su

tradicional ayuda a las viejecitas desvalidas y centraran sus esfuerzos en socorrer a los sapos.

Filmamos bastantes secuencias de la vida en el estanque bajo condiciones especiales. Entre los protagonistas figuraba un pececillo harto curioso, la locha, que se caracteriza por utilizar a los mejillones de agua dulce como niñeras de sus crías. Cuando llega la temporada de apareamiento, la hembra de la locha desarrolla un órgano, largo y blanco, para la puesta de los huevos. Entonces, acompañada por su pareja, sale en busca de una niñera. Los mejillones de agua dulce, de unos dos centímetros de envergadura, suelen posarse de costado sobre el lodo del fondo, semejando guijarros chatos y ovalados. En el extremo de su concha pueden advertirse un par de sifones, uno exhalante y otro inhalante. El mejillón sorbe el agua por este último, extrae el alimento contenido en ella y expele el líquido, ya filtrado, por el otro sifón. Ambos sifones parecen pequeñas boquitas, que pueden cerrar herméticamente si su propietario advierte algún peligro. Las lochas parecen haberse dado cuenta de este fenómeno y, una vez escogido el molusco que se hará cargo de sus crías, se dedican a molestarlo dándole pequeños golpecitos. Como es natural, este atrevimiento alarma al mejillón, que no tarda en obtener ambos sifones ante el posible peligro. De todos modos, las lochas continúan con sus toqueteos, lo que convence al mejillón de que no hay tal peligro, por lo que vuelve a relajarse tras abrir de nuevo los sifones. Esto es lo que las lochas habían estado esperando. La hembra nada hasta alcanzar el sifón exhalante y deposita allí sus huevos, que parecen diminutas pelotitas de ping—pong. (Hasta que filmamos este proceso siempre se había dado por supuesto que el sifón utilizado era el inhalante.) Tan pronto como la hembra ha desovado, el macho se dirige al lugar para fertilizar los huevecillos. A veces, al desplegar el órgano de desove, la hembra deja escapar alguno de los huevos en el esfuerzo, huevo que no tarda en ser devorado por alguno de los padres. En la naturaleza el dicho «la ley del pobre: antes reventar, que sobre» es más que un refrán: es una ley. Cuando los huevos han sido depositados y fertilizados, los padres no se preocupan más por ellos, dejándolos a cargo de la nueva niñera. Lo que sucede a continuación es bastante curioso, por no decir inesperado. Cuando las crías de la locha salen del huevo, los mejillones engendran su descendencia, que en un primer momento parecen pequeñas castañuelas con garfios. Estas se aferran con sus garfios a las crías de la locha que, al alejarse de la guardería marina, llevan consigo gran cantidad de pequeños mejillones, futuras niñeras para sus propias crías.

También pudimos filmar las actividades de una araña fuera de serie. Si se pidiera a alguien que buscara una araña, probablemente nunca lo haría en el fondo de un estanque. Pues bien; ése es el lugar donde la araña acuática construye su hogar. Entre la hierba del fondo prepara algo parecido a una campana, que rellena con burbujas de aire traídas desde la superficie mediante sus peludas patas. Alrededor de esa campana teje una tela, como hacen las arañas de tierra, y espera pacientemente a que un renacuajo o un zapatero caigan en la trampa. Hace bastante tiempo, un naturalista describió cómo la araña sustituye de vez en cuando el aire enrarecido por aire fresco. Pero como sólo había sido observado este proceso en una sola ocasión se consideró que el científico en cuestión se había equivocado. Nosotros, tras filmar varias secuencias, pudimos comprobar que tal actividad se realiza realmente. La araña traza una pequeña abertura en la parte superior de su guarida, por donde aflora una pequeña burbuja de aire. Con sus patas, la lleva hasta la superficie y, en el viaje de vuelta, trae consigo otra, de

aire fresco, con la que renueva el ambiente del interior de la campana. Todo el proceso recuerda a una camarera vaciando los ceniceros después de un guateque. Uno de los habitantes más fascinantes del estanque probablemente fueron los limacos. La especie que filmamos era bastante extraña, tenía la forma de un rayo, y tan suaves y ondulantes eran sus movimientos que parecían hechas de azogue. Naturalmente son gusanos cuyos cuerpos achatados guardan cierta similitud con las babosas. Son hermafroditas, lo que quiere decir que cada individuo posee a la vez órganos femeninos y masculinos y que pueden producir huevos y esperma. De todas maneras no pueden fertilizar sus propios huevos, sino que para ello precisan del esperma de otro individuo. Se alimentan principalmente de animalitos muertos, como renacuajos o pececillos, a los que sorben carne y jugos antes de la putrefacción. También pueden aguantar largas temporadas sin alimento, pero ello no hace sino disminuir su tamaño poco a poco, hasta que casi se devoran a sí mismos. Otra característica poco usual de estas curiosas criaturas es que usan la boca para ingerir el alimento y para expulsar las heces. Su forma de reproducción parece extraída de un libro de ciencia-ficción, ya que no sólo ponen huevos, sino que, si accidentalmente uno de ellos se corta en dos, de cada una de sus mitades se desarrolla un limaco completo. Algunas especies incrementan su número mediante una especie de tira y afloja autopropulsor, partiéndose en dos y repitiendo la operación en progresión aritmética. En cierta ocasión se llevaron a cabo varios experimentos con limacos americanos. Mediante descargas eléctricas, se les enseñó a distinguir entre dos tubos, uno blanco y otro negro, para salir de un laberinto. Además, si se partía en dos mitades a cada individuo, ambos limacos resultantes demostraban recordar la lección. Y más difícil todavía; si un limaco ya entrenado era devorado por uno de su congéneres, este último parecía heredar los conocimientos del primero. (De todas formas, este experimento aún no ha sido investigado en profundidad.) En caso de que fuera cierto, éste sería uno de los casos más sorprendentes del comportamiento animal, tan sorprendente como si un alumno, tras comerse a su profesor —convenientemente asado, por supuesto—, adquiriera sus conocimientos y su experiencia. Sin necesidad de fantasear, aún hay pueblos que creen que consumir la carne del adversario muerto en combate proporciona al vencedor la fuerza y el coraje del derrotado. Llegados a este punto es hora de comentar dos secuencias. Una referente a una barca; la otra bautizada con el nombre de «Botas de agua», calzado imprescindible para caminar sobre el agua. Las botas en cuestión eran un artilugio bastante extraño. Se trataba de un par de canoas de unos dos metros de largo cada una, unidas con unas barras y acabadas en algo parecido a la cola de un delfín. Se usaban del siguiente modo: se introducía cada pie en una de las canoas y se ajustaban a los tobillos con unas tiras que rodeaban la quilla de cada canoa. Entonces, con la ayuda de uno de los presentes, se procedía a dejar al tripulante sobre el agua. En cuanto éste flotaba, debía subir y bajar los pies, como siguiendo el ritmo de una canción. Este movimiento hacía que las «colas de delfín», al entrar y salir del agua, propulsaran al portador sobre el agua. Era un ejercicio bastante laborioso y cansado. La parte peligrosa del asunto consistía en que, si se perdía el equilibrio, el portador del invento podía ahogarse, ya que resultaba muy difícil poder sacar los pies de las canoas. Jonathan consiguió un magnífico bote de remos de casi cinco metros de largo, muy ancho y parecido a un escarabajo gordezuelo, cuya pintura se caía a tiras cual la piel de un bañista poco precavido. A medida que yo navegaba con aquel

artilugio, Jonathan, acompañado por la cámara y el resto del equipo, me seguía de cerca. Cuando acabamos la filmación, nuestro técnico de sonido, Brian, que había estado observándome con envidia, se propuso hacer lo propio. Tras dejarlo sobre el agua, empezó a deslizarse sobre ella de forma harto elegante. Pero al intentar el regreso tuvo algunos problemas: al acercarse a la orilla perdió el equilibrio y cayó de costado, intentando por todos los medios mantener la cabeza fuera del agua. Por fortuna, aquella zona no era muy profunda y Brian pudo aguantarse con una mano sobre el fondo manteniendo la cabeza erguida. Si el agua hubiera sido más profunda, o nosotros no hubiéramos estado por allí cerca, se hubiera ahogado sin remisión.

La secuencia siguiente consistía en unos planos de Lee y míos remando mientras yo explicaba que un naturalista aficionado no tenía por qué gastar grandes sumas de dinero en un equipo sofisticado y que, con un poco de ingenio, se podían aprovechar objetos de uso cotidiano. Por ejemplo, con una percha de alambre de las usadas para colgar abrigos se puede construir una pértiga de gran utilidad para arrancar hierbas del fondo de un estanque. Como cualquier naturalista aficionado sabe de antemano, las hierbas y matos más interesantes suelen crecer en el centro de los estanques, de modo que se precisa algún artilugio para su extracción. Conseguir esos planos idílicos de Lee y de mí tocados con simpáticos sombreros de paja y remando plácidamente por el estanque resultó más difícil de lo que habíamos supuesto en principio. Para empezar, el bote era bastante pequeño, de manera que casi no quedaba sitio para un tercero. Con el bote a ras de superficie Lee tuvo que remar con fuerza para transportar al cámara, al ayudante del cámara, al técnico de sonido, al director y al marido de ella, o sea, yo mismo, durante un buen rato, lo que no resultó muy de su agrado. Tras abandonar aquella maravillosa laguna nos alejamos de los fríos campos de Inglaterra y cruzamos el Atlántico hasta el lugar que los norteamericanos, por alguna extraña razón, han bautizado con el sobrenombre de «la gran manzana»: Nueva York. Allí, bajo el cuidado de Paula, la dirección de Alastair y con Rodders ocupándose de la cámara, nos propusimos demostrar que, para cualquier naturalista aficionado, una gigantesca metrópoli también alberga animales de interés. Alastair nos saludó como sólo él sabe hacerlo: una sonrisa de oreja a oreja y la cabeza ladeada, como si le hubieran ahorcado haciendo un nudo bajo su oreja izquierda.

—Gusanos —exclamó nada más vernos—. Gusanos, por el suelo... cementerio... mucha vida en un cementerio.

Intenté recordar los cementerios en los que había estado. Algunos eran austeros, como salas de hospital. Otros eran tan intrincados que sólo se podía acceder a ellos usando un machete y sus lápidas, erosionadas por el paso del tiempo, contenían mensajes indescifrables. Me sorprendía la idea de encontrar vida en un cementerio y me parecía producto del especial sentido del humor del que hacía gala Alastair. A pesar de todo nos dirigimos al cementerio de Calvary.

Era un camposanto bastante extraordinario: no sólo contenía tumbas de piedra, sino monstruosos mausoleos a medio camino entre la Acrópolis y la catedral de San Pablo. Albergaban, además, por lo que pude observar, los restos mortales de gentes llamadas Luigi Vermicelli o Guido Parmesan. Lo más horroroso de todo era que el conjunto, los monumentos tan blancos y puros, se recortaban sobre el fondo de los rascacielos de Nueva York: era difícil adivinar dónde acababan los mausoleos y dónde empezaban los rascacielos. De hecho, empezaba a preguntarme si los rascacielos no serían más que enormes mausoleos y si valía la

pena desperdiciar tanta tierra útil para albergar a los muertos. De todos modos resultó que me había equivocado en mis temores, pues el cementerio rebosaba de vida. No sólo había gusanos abriendo túneles, sino faisanes y gansos del Canadá que se alzaban también sobre las lápidas al tiempo que varios mapaches y zorros se refugiaban en los mausoleos diseñados para albergar en bastantes hectáreas a italianos difuntos. Me gustó que, incluso en Nueva York, uno pudiera morir con la seguridad de que un mapache, cálido y amistoso, iría a criar su familia en nuestro propio regazo.

Supongo que resultó muy apropiado que dejáramos aquel campo lleno de cadáveres para dirigirnos al vertedero municipal de Nueva York. No hay experiencia más saludable que contemplar la gran cantidad de desperdicios que produce una gran ciudad: es algo que abre los ojos ante la futilidad del acontecer humano. Allí se alzaba una monstruosa pila de basura multicolor cuyo tamaño aumentaba cada hora. La dejadez humana me ha molestado con frecuencia pues he visto, en África y en Sudamérica, a gente cuyo único medio de supervivencia consistía en una lata, un pedazo de cuerda y un trozo de papel del tamaño de una uña. Mientras en el mismo país, caso de Argentina, he visto pasar bajo la ventana de un hotel al camión de la basura cargado de hogazas de pan intactas, filetes gruesos como tomos de la *Encyclopaedia Britannica* y montañas de verduras y legumbres suficientes para alimentar a varios pueblos de la India durante meses. He visto familias enteras en Norteamérica a las que, inocentemente, creía afectadas por alguna enfermedad glandular, para descubrir más tarde que su obesidad extremada se debía a simple sobrealimentación. ¡Qué gran festín hubieran llegado a ser en caso de perderse en la selva! Como es natural a las gaviotas les parecía que aquella montaña de basura era el mejor restaurante de Nueva York; se agolpaban a millares, graznando y peleándose por un trozo de desperdicio comestible. Era reconfortante comprobar que toda aquella basura servía al menos para mantener una colonia de aves.

Continuamos con la filmación en aquella urbe, una de las ciudades más sucias, repulsivas, hermosas e interesantes del planeta. Filmamos la vida en los cementerios y en el vertedero municipal y también mostramos cómo sobreviven perros y gatos vagabundos en los arrabales. También registramos cómo vivían las palomas y las ratas en aquella jungla de asfalto. O cómo lo hacían a una altura de quince o veinte plantas, en un piso de cemento, vidrio y aluminio, las tijeretas que se escondían en el televisor, las cucarachas que correteaban sobre la alfombra y los ratones que vivían entre zócalos.

Y llegó el día conocido como «la batalla del bloque 87».

Entre nuestros asesores figuraba una encantadora naturalista llamada Helen Ross Russell, profunda conocedora de la flora y la fauna de la gran manzana y autora de varios libros muy interesantes sobre la vida salvaje en la gran ciudad. Conocía en qué rascacielos anidaban los halcones peregrinos, cuáles eran los mejores lugares para encontrar ratas y en qué campos de golf las mofetas se dedican a robar las pelotas. Sus conocimientos eran inagotables y nos resultó de gran ayuda en nuestro trabajo. Uno de nuestros objetivos era mostrar la gran variedad de especies que pueblan uno cualquiera de los muchos solares esparcidos a lo largo y a lo ancho de la ciudad. Resulta sorprendente cómo se abre camino la vida en medio de una gran urbe. Musgos y líquenes suelen ser los primeros en aparecer, seguidos por hierbas y matojos; finalmente, entre ladrillos y basuras brotan los árboles. A medida que las plantas se adueñan de un lugar concreto, no tardan en aparecer especies de invertebrados, tal los milpiés, las

arañas o los caracoles. Cuya presencia atrae, a su vez, pájaros, ratones y, en algunos casos, sapos y serpientes. De este modo, un solar abandonado puede ofrecer al naturalista aficionado gran variedad de flora y fauna.

Alastair descubrió el solar perfecto para la filmación. Estaba situado en una esquina de la calle 87, bordeados dos de sus lados por altos muros y los otros dos restantes por avenidas repletas de denso tráfico rodado. El solar parecía haber sido usado como campo de recreo para los perros de la vecindad, de manera que podría decirse que estaba bien abonado. Repleto de cascotes, latas vacías y carteles desprendidos —uno de ellos rezaba: *Precintado por la policía*—, albergaba distintas especie de hierbas e incluso arbolitos de tamaño respetable. En algunos rincones se habían formado charcas usadas por las palomas del barrio como abrevadero-bar-piscina. Nuestro solar disponía de arañas, caracoles, milpiés, pájaros y perros; y seguramente era visitado de noche por ratas, ratones y gatos. Pero resultaba deficiente en lo que a orugas respecta. Ésa fue nuestra desgracia.

Las orugas configuran una de las plagas más importantes de América, pero lejos de ser molestas, son bastante fascinantes, casi tanto como los humanos. La hembra de la polilla, después de aparearse, deja gran cantidad de huevecillos, de los cuales surgen las orugas, que aguardan en estado de hibernación hasta la primavera siguiente. Pueden soportar temperaturas muy bajas reemplazando parte de sus fluidos internos por una sustancia llamada glicerol, que actúa como anticongelante. Cuando llega la primavera, las orugas salen de sus huevos y, como si de una familia se tratara —y eso es realmente lo que son—, se dedican a la construcción de una especie de tienda de campaña en la cual se refugian. Estas tiendas son de suma importancia para las orugas, ya que actúan como invernaderos. Están orientadas de tal manera que obtienen la máxima luz solar tanto por la mañana como al atardecer. Algunos científicos han comprobado que, mientras la temperatura del exterior era de 52 grados Fahrenheit, la del interior de la cúpula se mantenía por encima de los 102.

Al aventurarse fuera de su refugio, las orugas dejan un rastro con la seda que producen unos adminículos situados en la parte inferior de sus cabezas. A medida que se internan entre las ramas van dejando pequeñas autopistas de seda reforzadas una y otra vez por sus congéneres. Pero esto es sólo parte de la historia. El resto parece el producto de una investigación policial. Los estudiosos de la conducta de las orugas aseguran que cada una de ellas deja una esencia característica sobre las sedosas autopistas y que estos olores indican cuáles de las diferentes rutas conducen a los lugares en que más abunda el alimento. Lo que más les intriga es la naturaleza de esa sustancia, destilada en la punta del abdomen, tan atrayente como un rastro de Chanel número 5. Una investigadora de gran inteligencia y perspicacia llamada Janice Egerley descubrió algo interesante al respecto. Observó que una de las orugas que tenía en estudio seguía el rastro de una línea dibujada a lápiz en su cuaderno. ¿Había algo en el aroma del lápiz que atraía a la oruga? Ulteriores investigaciones probaron que uno de los componentes más usados en la fabricación de minas de lápiz, el aceite de pescado hidrogenado, guarda alguna relación, en cuanto a aroma se refiere, con las verdes hojas de los árboles. Más tarde se descubrió que, fuera cual fuere la sustancia en cuestión, las orugas podían distinguir entre un lápiz de mina dura y uno de mina blanda de una misma y determinada marca. Las investigaciones continúan su curso y muy probablemente a estos datos se añadirán otros aún más sorprendentes. De todas formas, enriquecidos con estos conocimientos, creíamos

imposible mostrar la vida salvaje de una ciudad sin mostrar algunos aspectos de la vida privada de las orugas.

Pero, como ya dije anteriormente, nuestro solar abandonado, aunque contaba entre sus habitantes con un cerezo, uno de los preferidos por las orugas, no tenía orugas. Tras una conferencia en la cumbre, acordamos gastar parte del presupuesto en la importación, desde la parte de la ciudad en que Helen basaba sus investigaciones, de cierta cantidad de orugas hasta nuestro solar, para devolverlas a su lugar de origen una vez acabada la filmación.

Así que pusimos manos a la obra. Una vez más tuvimos la suerte de contar con la estentórea voz de Paula: acostumbrada a dar instrucciones a grito pelado no tuvo dificultad alguna en hacerlo desde cinco pisos de altura y entre el infernal tráfico que abarrotaba las calles de Nueva York. Tras finalizar la mayoría de las secuencias decidimos iniciar la concerniente a las orugas. Las sacamos de la furgoneta con toda ceremonia y las llevamos hasta el cerezo que, deformado y retorcido, se resistía a ser exterminado por la gran ciudad. Con sumo cuidado, trasladamos su tienda de campaña y sus *autostradas* hasta las ramas del arbolito, con tanto éxito que todo el conjunto parecía más natural que la naturaleza misma. Al momento advertimos la presencia de una dama que, boquiabierta y totalmente intrigada, seguía nuestros movimientos.

—¿Qué están haciendo? —nos preguntó agitando su adiposo cuerpo dentro de unos estrechos pantalones.

Alastair, con la cabeza ladeada, abandonó por un momento sus ocupaciones para dedicarle una inocente sonrisa. Afortunadamente, Paula se apresuró a intervenir ante la posibilidad de un incoherente discurso por parte de nuestro director.

—Estamos haciendo una película sobre los animales de la ciudad. Queremos mostrar que también hay animales en una ciudad como Nueva York.

—¿Y por eso hay tantos bichos en ese árbol?

—Sí. Se llaman orugas.

—Pero aquí no hay de eso. Seguro que los han traído ustedes.

—Bueno... sí. Ya sabe, como aquí no había, los hemos traído para hacer la película —confesó Paula ante la pinta neanderthalense de la señora, que parecía haber barrido con una sola mano los desperdicios acumulados en la Plaza Roja tras la celebración del primero de mayo.

—Si aquí no había, ¿por qué los han traído?

—Para la película —espetó Alastair, que estaba muy concentrado decidiendo si las orugas debían caminar de izquierda a derecha o viceversa.

—Pero eso es un engaño —argumentó la señora saliendo de su letargo, las piernas separadas y los brazos en jarras—. No viven en este lugar, las han traído ustedes. Eso es un timo. Han traído esos bichos deliberadamente.

—Claro que los hemos traído nosotros —contestó Alastair, irritado—. Si no los hubiéramos traído, no podríamos filmarlos.

—Eso es engañar a la gente —repuso la señora—. No corresponde a la realidad.

—Tenga en cuenta, señora —intervine yo en tono apaciguador—, que el noventa por ciento de las películas que usted ha visto sobre animales, como las de Walt Disney, por ejemplo, están hechas del mismo modo. De hecho, toda filmación es algo engañoso. De todas maneras, no lo es más que un retrato o un paisaje en los cuales el pintor interpreta la naturaleza para que se ajuste más a sus propósitos.

—Walt Disney no engaña a la gente —atajó la señora, mostrando toda la beligerancia propia de un tigre «dientes de sable»—. Walt Disney es un buen americano. ¿Por qué quieren falsear nuestro solar?

—Tenemos un permiso especial del ayuntamiento —repuso Paula.

—¿Y la asociación de vecinos de la calle Ochenta y siete les ha dado permiso para engañar a la gente? —preguntó la señora, agitándose como un pavo real.

—¿No tiene preferencia el ayuntamiento en estos casos? —preguntó Paula.

—Nada ni nadie tiene preferencia ante la asociación de vecinos de la calle Ochenta y siete.

—Pero escuche... algunos... rascacielos... mucha vida... orugas —propuso Alastair girando sobre sí mismo.

—Ahora mismo voy a la asociación de vecinos —amenazó la señora—. Y averiguaré si tienen derecho a montar este timo.

Tras decir esto desapareció a toda prisa, como si fuera a librar en solitario la batalla de Leningrado, ante lo cual volvimos al trabajo. De todas maneras, la paz no duró mucho. Mientras Alastair repartía instrucciones a voz en grito entre las orugas, que no le hacían ningún caso, la señora volvió, acompañada de una mujer, cuyos marciales ojos, semejantes a rayos láser, no parecían augurar nada bueno. Con ellas venía un acartonado caballero.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó la dama de los ojos láser.

Con suma paciencia, Paula le explicó que intentábamos filmar varias secuencias con las orugas. Alastair, muy irritado, seguía caminando en círculo.

—Pero, ¿qué le están haciendo a nuestro solar? —preguntó la dama acusadoramente, como si se tratara de los Kew Gardens en vez de un solar ruinoso lleno de excrementos de perro.

—Están falseando la naturaleza —afirmó la señora Neanderthal—. Y han traído un montón de bichos.

—¿Bichos? —graznó la dama activando sus rayos láser—. ¿Qué bichos?

—Esos de ahí —señaló Alastair—. Sólo son orugas.

—¿Orugas? ¿Se han atrevido a traer orugas a nuestro solar?

—Es que aquí no había —repuso Paula.

—Claro que no. Y no queremos verlas por aquí.

—Sólo las trajimos para la película. Nos las llevaremos en cuanto acabemos.

—No queremos ver ni una sola oruga pululando por nuestro solar.

—¡Qué desagradable! —exclamó el hombre acartonado—. Nunca en mis veinticinco años de carrera periodística había oído hablar de falsear la naturaleza.

—Si ha sido periodista durante veinticinco años seguro que se ha topado con bastantes falsedades —le contesté con aspereza—. Debe considerar que la casi totalidad de las películas sobre la naturaleza se han falseado de un modo u otro.

—Este hombre dijo que Walt Disney era un engañabobos —dijo la señora Neanderthal, ante un pecado sólo comparable a echar una cruz a la hoguera.

—¡Qué desagradable! —convino el caballero acartonado—. Ningún periodista de verdad se atrevería a falsear una información.

—Ni a acusar a Walt Disney —añadió su compañera.

—Por Dios —gruñó Alastair—. Ya está atardeciendo.

—Todo lo que hemos hecho —repuso Paula— es fijar un par de ramas a ese cerezo lleno de orugas. Cuando acabemos de filmar algunas tomas...

—Querrá decir cuando acaben de falsear algunas tomas —le espetó el caballero, indignado—. Eso es algo que nunca osaría hacer un periodista de verdad.

—Cuando acabemos de filmar algunas tomas —repitió Paula— nos llevaremos las orugas.

—¿Y adonde se las llevarán? —preguntó la dama de ojos láser.

—Al lugar de donde proceden —terció Alastair—. Un lugar más saludable que éste.

—¿Tiene algo en contra de la calle Ochenta y siete?

—Eso. ¿Cómo se atreven a criticar la calle Ochenta y siete? —inquirió ofendido el hombre acartonado—. Además, un caballero inglés. O de Boston, tal vez.

—Mire —adujo Paula—. Sólo tardaremos cinco minutos. Después, recogeremos todo y nos iremos de su solar.

—No podemos dejar que nuestro solar sirva para engañar a la gente. Es nuestro solar.

—Pero si no estamos haciendo nada malo —repuso Paula—. Ha de reconocer que la gente que trae aquí a sus perros causa más daño que nosotros.

—Ustedes trajeron un montón de bichos —atajó la señora Neanderthal—. Antes de que nos demos cuenta toda la calle Ochenta y siete estará llena de bichos.

—Dios mío —gruñó Alastair—. Eso es ridículo.

—A usted le sonará ridículo, pero es muy importante para nosotros. No vamos a dejar de ninguna manera que llenen nuestro solar con un montón de orugas.

—¿Sabes si Alfred Hitchcock tenía problemas de este tipo? —pregunté a Alastair.

—Les exijo que se lleven sus bichos de aquí —exclamó la dama de los ojos láser.

—Estoy de acuerdo —añadió el caballero acartonado.

—Nos los llevaremos —gritó Alastair—. En cuanto acabemos de rodar.

Tan ridícula conversación siguió del mismo modo durante un buen rato. Al final, la falta de luz era tan evidente que nos vimos obligados a recoger a las orugas y a meterlas de nuevo en la furgoneta. La dama de los ojos láser sólo quedó satisfecha cuando cerramos la puerta trasera con llave.

A pesar de ser tan frustrante y molesto, visto con la perspectiva que ofrece el tiempo transcurrido desde entonces, he de confesar que aquel incidente tuvo un cierto encanto. Es agradable sentir que, en una ciudad tan enorme e inhóspita, aún hay gente que se preocupa por un solar abandonado lleno de excrementos de perro.

PLANO DÉCIMO

Tras las prisas y el bullicio de Nueva York resultó muy reconfortante regresar a la vieja Europa. Más concretamente a Grecia, uno de mis países preferidos: el azul del mar y de su cielo, su brisa limpia y clara, hacen de este lugar uno de los más atractivos del planeta.

Como suele suceder en el rodaje de cualquier serie para televisión el primer programa, según el orden de emisión, se filmó el último. Puesto que el tema general de la serie versaba sobre cómo convertirse en naturalista aficionado, Jonathan propuso que comenzáramos por la isla de Corfú, donde, durante mi niñez, se acreció mi interés por la naturaleza. He de confesar que la idea me complació en sumo grado, ya que no había pisado la isla desde hacía muchos años pese a las continuas invitaciones que recibía de mis amistades. Además, Lee podría visitar por primera vez aquellos parajes.

A pesar de la invasión del turismo, sus vulgaridades y descuidos incluidos, la isla mantiene aún cierta magia y yo estaba ansioso por mostrar a Lee algunos rincones que permanecen tal como los conocí en mi infancia. Mi alegría se multiplicó al enterarme de que mi vieja amiga Ann Peters vivía en la isla y que dados sus conocimientos de griego moderno se ofrecía a ayudarnos en la medida de lo posible. Años atrás, Ann fue mi secretaria y me acompañó en varias filmaciones por Sierra Leona, Australia y la Patagonia, de manera que no sólo estaba al corriente de las dificultades propias de un rodaje, sino que conocía todo lo concierne a la filmación de animales en libertad.

—¿Dónde nos alojaremos? —pregunté a Jonathan.

—En el Corfú Palace —me contestó.

Lo oí pero no me lo podía creer. El Corfú Palace era el más antiguo y venerable de los hoteles de la isla; su construcción data de principios de siglo. Estaba situado en una bahía circular en las afueras de la capital, justo donde desemboca el alcantarillado. Ello proporcionaba a la zona, especialmente en verano, un tan peculiar aroma que ni los perros se acercaban por allí.

—¿Quién lo eligió? —insistí.

—Ann —contestó Jonathan.

Me la quedé mirando, convencido de que una estancia tan prolongada en la isla le había secado el seso.

—Has perdido la sensatez —le dije—. Primero, nos asfixiaremos en el dormitorio. Segundo, cada habitación nos costará un riñón y, por último, si queremos guardar alguna muestra de mariposas o tortugas, nos veremos obligados a abandonar un hotel de tan alto rango.

—Todo está preparado —me atajó Ann—. Para empezar, el propietario, un joven llamado Jean Pierre, nos alojará a un precio especial; después, el problema del alcantarillado se solucionó hace años; y, finalmente, resulta que Jean Pierre es un fanático de la vida animal.

Vací mi copa de un trago antes de replicar.

—Me parece que te pasas de la raya —espeté con convicción—. Ya sé que Corfú es un lugar fuera de lo común, pero me resisto a creer que un naturalista sea el propietario de uno de los mejores hoteles de la isla.

—Pues es del todo cierto —protestó Ann—. Tiene todo el piso superior del hotel repleto de serpientes, tortugas y lagartos de todas clases. Además, se ha ofrecido a capturar todos los reptiles que necesitemos para el rodaje.

Me di por vencido. En el pasado, la isla de Corfú estaba tan llena de sorpresas y rarezas como la chistera de un mago. Ahora pude comprobar que seguía manteniendo su mágico poder.

La isla se alza, como un extraño monolito, a mitad de camino entre las costas de Albania y Grecia. En tiempos remotos cayó en manos de una docena de naciones diferentes y de cada una de ellas absorbió lo que creyó bueno, rechazando lo demás: ello le ha permitido mantener su peculiar individualidad. A diferencia de muchas otras zonas de Grecia, la isla está cubierta de verde, ya que fue usada por el imperio veneciano como su despensa de aceite. Grandes olivares cubren así sus colinas de uno a otro lado de su costa. Entre ellos se pueden divisar las altas y espigadas copas de multitud de cipreses, agrupados en espesas arboledas. Todo ello confiere al paisaje un aspecto místico. Iluminado por el sol brillante y envuelto en el canto de las cigarras, su perfil se recorta pujante sobre el azul del mar. De todos los lugares del planeta que he tenido ocasión de visitar, Corfú es el que más identifico con la idea de hogar, ya que fue aquí, bajo la cegadora luz del Mediterráneo, donde comenzó mi fascinación por la naturaleza.

Debido a una escala técnica tuvimos ocasión de pasar unas horas en Atenas; el tiempo justo para dar un vistazo rápido a la Acrópolis, mirar de reojo los evzones cambiando la guardia frente al palacio real y disfrutar de una espléndida comida en el muelle del Pireo: pescado, como sólo los griegos saben cocinarlo. Después nos dirigimos a Corfú.

Cuando llegamos a la isla era ya de noche, pero la luz de la luna iluminaba de tal modo el paisaje que se podían distinguir los campos de olivos y sus reflejos sobre la mar rizada. Después de dar buena cuenta de una botella de retsina y de devorar un plato de pescado preparado al modo local, nos retiramos, a nuestros dormitorios más iluminados aún.

A la hora del desayuno apareció Jean Pierre e hicimos las debidas presentaciones. Moreno y chaparro, tenía unos ojos pardos muy vivaces así como una sonrisa encantadora. Para alarma y consternación del resto de los huéspedes, sacó de una bolsa una de las serpientes más grandes que haya visto nunca y que parecía esculpida en bronce. Además, y con un gesto teatral, semejante al de los prestidigitadores cuando sacan un conejo de la chistera, esparció sobre las losas del patio toda una cascada de lagartos, de color verde oscuro y manchas amarillas, cuyos ojos, dorados y brillantes, recordaban los de un leopardo.

—Me temo que esto es todo lo que he podido conseguir —se disculpó.

Los lagartos se escurrieron entre las mesas, pero no tardaron en ser capturados y devueltos a la bolsa de donde habían salido.

—¿Dónde los encontraste? —le pregunté.

—Me levanté muy temprano y me fui a un lago llamado Scottini. Está en el centro de la isla.

—Oh, lo conozco bastante bien. Era una de mis zonas favoritas para recoger muestras.

—Es un sitio ideal para encontrar todo tipo de animales y plantas.

—Iremos allí para rodar una secuencia con los lagartos —propuso Jonathan, quien, semanas antes, había hecho un viaje de reconocimiento por Corfú—. Te

filmaremos acercándote al lago junto a todos esos lagartos. Se comportarán como...

—¿Como estatuas de sal, tal vez? —le interrumpí—. ¿Ya has hablado con ellos? ¿Le has dado un guión a cada uno? ¿Han leído sus contratos? Me niego rotundamente a trabajar con un puñado de lagartos que no han leído sus contratos y que se niegan a recibir instrucciones. Y, lo que es aún peor, olvidan sus papeles. Recuerda, mi reputación está en juego.

—Bueno, bueno. Estoy seguro de que actuarán con aplomo.

—¿Dónde vamos a guardarlos?

—¿Por qué no en la bañera? —propuso Jean Pierre.

Aquello era peor que oír al encargado del Claridge's o del Waldorf Astoria pidiendo que alojáramos en nuestra *suite* a una manada de jabalíes llenos de verrugas.

—Una buena idea —exclamó Lee—. Ya los sacaremos cada vez que queramos tomar una ducha.

—Mejor —previno Jean Pierre—. No les gusta el jabón ni el agua caliente.

Cada vez estaba más convencido de que sólo en Corfú se podía oír una conversación semejante. No tuvimos más remedio que llevar a nuestros reptiles a la habitación, llenar la bañera con agua e introducir en ella a los lagartos. Las serpientes parecían seguras dentro de sus bolsas. Más tarde, nos dirigimos al norte de la isla, a un lugar llamado Kouloura, donde Jonathan se proponía filmar nuestra llegada a la isla a bordo de una caica, una de esas barcas de pesca, alargadas y multicolores, tan típicas en Grecia.

El día era brillante, claro como el cristal, y el sol caldeaba el ambiente sin resultar bochornoso. El mar estaba en calma y sólo se apreciaba una ligera brisa proveniente de las colinas de Albania y de las costas de Grecia que podíamos divisar a lo lejos. Resultaba muy refrescante conducir bajo la sombra de los olivos, cuyos troncos, cada uno de ellos único e irrepetible como las huellas dactilares, semejaban columnas soportando el peso de una nave de hojas. Al momento abandonamos los umbrosos olivares para adentrarnos por una pequeña carretera que se retorció una y otra vez sobre la ladera del monte más alto de Corfú: el Pantokrator. En algunos tramos, el arcén exterior de la carretera caía en picado sobre el mar, mientras sobre nuestras cabezas se alzaban los picachos de la montaña. Entre las cañadas, doradas y blancas, las golondrinas volaban como oscuras saetas, atareadas en la construcción de sus nidos de barro semejantes a medias botellas de chianti.

Al rato tomamos una carretera secundaria hacia el mar bordeada de espesos bosques de cipreses oscuros, tan altos como recordaba haberlos visto en 1935. Pronto divisamos el puerto de Kouloura tendido ante la costa como un arco tensado. En un extremo del arco se hallaba una de las villas más hermosas de Corfú, la que pertenece a mis viejos amigos Pam y Disney Vaughan-Hughes. Nuestra caica aparecía anclada en el embarcadero. Era una barca esbelta y muy bien conservada, cuyas velas, azules y blancas, brillaban al sol.

171

Pam y Disney nos dieron una calurosa bienvenida; no nos habíamos visto desde hacía varios años. Aceptaron de buen grado que amontonáramos nuestro equipo frente a la casa, que rodáramos en su precioso jardín, que nos proveyéramos de todo tipo de bebidas refrescantes y que jugáramos con su tortuga de tierra bautizada con el nombre de *Carruthers*. No se podía pedir más. Nos situamos frente a la casa como sólo los equipos de rodaje saben hacerlo. Y mientras

culminaban los preparativos nos fuimos a echar un vistazo al kayiki, a fin de asegurarnos que estaba en condiciones para nuestro paseo marino. Pese a tan prometedor comienzo, pronto empezaron los problemas.

En la secuencia de presentación yo debía comenzar perorando: «Todos y cada uno de nosotros nacemos con un interés innato por el mundo que nos rodea. Si observamos a cualquier niño, incluso a un cachorro, podremos advertir que su interés por el entorno no tiene límites. Desde el momento en que nacemos nos convertimos en exploradores insaciables de ese mundo, tan complejo y fascinante, que es la naturaleza. A medida que van creciendo, algunos pierden el interés por la vida que les rodea; pero otros, estimulados por la gran variedad de formas que pueblan la tierra, continúan su labor de búsqueda. Estos últimos son los más afortunados. Ellos son los naturalistas aficionados.»

Para resaltar mis palabras, Jonathan propuso que un niño nos acompañara en la barca, de manera que pareciera que los tres salíamos a examinar aquellos parajes. Para ello solicitó la presencia de la hija del propietario de un pequeño café del puerto de Kouloura, una preciosa pequeña de seis años de edad. Sin embargo, antes de nuestra llegada, la pequeña hizo algo muy feo —no pudimos averiguar el qué— y su madre decidió, contra todo precedente (en Grecia, claro está), darle un escarmiento. El resultado puede imaginarse. Jonathan encontró a su pequeña estrella llorando desconsoladamente y negándose a hablar, negándose a ponerse sus mejores galas, negándose a todo. En vano intentamos Pam, Ann y yo mismo —los únicos que hablábamos griego— consolarla y animarla. Ni siquiera la generosa oferta de Jonathan, de aumentar su sueldo de diez a veinte dracmas —olvidándose por completo del presupuesto— dio resultado.

—No podemos rodar la secuencia sin un niño —protestó Jonathan—. Por Dios, Ann, haz algo.

—Y ¿qué quieres que haga? Si la niña no quiere, nada hay que hacer.

—Entonces encuentra otra —le espetó Jonathan.

De modo que la pobre Ann tuvo que ir al pueblo más cercano para conseguir lo que se le pedía.

—¿Ha de ser niño o niña? —preguntó antes de marchar.

—Da igual que sea hermafrodita. Lo importante es que sea una criatura.

Durante la media hora siguiente y mientras esperábamos que volviera Ann, Lee y yo empezamos a rebuscar en el agua cualquier apoyo factible para el rodaje. Encontramos varios cangrejos ermitaños de aspecto bastante irascible habitantes de conchas de brillantes colores, amén de otras conchas con sus legítimos propietarios y de enormes cangrejos, todos ellos con su correspondiente aderezo de algas y esponjas a modo de camuflaje. Tan vasta colección cangrejil animó un poco a nuestro director, quien seguía esperando la llegada de Ann con ansia indecible.

En aquel preciso instante apareció triunfante nuestra amiga acompañada por un chaval de unos diez años. En cuanto Ann detuvo el coche, la puerta del café se abrió y apareció la pequeña, sonriente y radiante, embutida en su vestidito nuevo.

—Vaya, cariño, mira eso —exclamó Paula excitada—. Ahora tienes la parejita.

—¿Crees que el presupuesto dará para tanto? —le pregunté a Jonathan muy en serio.

Él se limitó a mirarme.

Pasamos el resto del día ocupados con el rodaje de las secuencias a bordo del caica, que resultaron bastante complicadas, ya que además de las tomas sobre la barca, Jonathan quiso subir a una loma para filmar una panorámica del puerto y de la casa de Pam y Disney mientras la caica anclaba en la ensenada. Como no disponíamos de radioteléfono me vi obligado a escrutar a Jonathan con mis prismáticos mientras el kayiki daba vueltas y más vueltas a la espera de instrucciones. Cuando Jonathan comenzó a agitar los brazos, nos dirigimos hacia el puerto. Huelga decir que tuvimos que repetir la toma varias veces. Jonathan recuperó por fin su proverbial buen humor y todos volvimos a la ciudad bajo el sol ardiente, obsesionados con la idea de bebidas refrescantes, ropa limpia y una buena cena.

Los lagartos continuaban, mientras tanto, en el interior de la bañera.

Al día siguiente la fatalidad nos visitó de nuevo. Jonathan había inspeccionado una de las villas en las que mi familia viviera años atrás y decidió que era muy fotogénica para una secuencia de larga duración. Tras una serie de complicadas llamadas telefónicas, Ann consiguió el permiso de su propietario, que vivía en Atenas, para que rodáramos dentro y fuera de la casa. Resultó que la tenía alquilada al dueño de un club nocturno, cuyo permiso resultaba también imprescindible. Encontrar a este segundo propietario fue aún más difícil que dar con el primero, ya que los encargados de los clubs nocturnos llevan una vida llamémosla crepuscular; de manera que resulta muy difícil dar con ellos de día y, en cuanto se hace de noche, abandonan sus ataúdes para revolotear como Drácula de un lado a otro de la ciudad. Finalmente, Ann dio con el sujeto en cuestión, quien se negó en redondo a permitirnos entrar en su propiedad. Tras innumerables súplicas, Ann consiguió una respuesta afirmativa, pero con la condición de que él estuviera presente durante todo el rodaje. El propietario anunció la fecha de su llegada a Corfú y se comprometió a abrirnos el mismo la casa. Sin embargo, llegó el día y nuestro hombre no hizo acto de presencia.

—Podemos acercarnos y filmar los alrededores desde la terraza —sugirió Ann—. Tal vez llegue mañana.

—Es posible. También podemos rodar en Potamos y rezar para que realmente llegue mañana.

Así que nos fuimos a Potamos, un pueblecito encantador diseminado sobre una ladera, cuyas casitas, pulcras y multicolores, estaban tal cual las recordaba de mi última estancia allí, cuarenta años atrás. Bajo cada arco había un nido de golondrinas repleto de crías y bajo cada nido una caja de cartón para recoger sus deyecciones. Todo aquello me recordaba el refrán griego según el cual una casa no es un verdadero hogar hasta que no se adorna con los nidos de las golondrinas. Mientras contemplaba a los padres alimentando a sus crías, no pude evitar pensar en la posibilidad de que aquellos fueran los tatarata—tatarata—tatarata—tatarata—tatarata—tatarata—tatarata—tatarata—tataranietos de las golondrinas que vi, décadas atrás, bajo esos mismos aleros, cuando era niño. Tras filmar todas las secuencias necesarias, volvimos al hotel.

Los lagartos todavía estaban en la bañera.

Al día siguiente, el cielo apareció limpio y despejado. El avión procedente de Atenas llegó al aeropuerto y nuestro hombre tampoco venía en él.

—¡Que se vaya al infierno! —estalló Jonathan—. Iremos a la villa y rodaremos como sea.

Esa villa era la misma que describí en el libro sobre mi infancia en Corfú y a la que bauticé con el sobrenombre de Blancanieves. Se erguía entre un copudo

olivar, cobijada a la sombra de un enorme magnolio y rodeada de flores blancas y rosadas. Una parra crecía sobre la verja, salpicada de racimos de uvas apezonadas. Para mi sorpresa, nada más llegar advertí que la casa no era ya tan blanca. Las en otro tiempo blancas y relucientes paredes aparecían desconchadas y agrietadas, descoloridas a causa de un inexcusable y prolongado descuido. Pese a todo, la villa todavía mantenía cierta elegancia en su decadencia, aunque no podía dejar de preguntarme cómo puede alguien tratar con tal abandono un edificio tan hermoso y encantador.

Mientras descargaban el equipo tomé a Lee del brazo y la llevé a dar una vuelta por el olivar, dejándome llevar por la nostalgia. Subimos después a la terraza. En ella, en una de mis numerosas fiestas, mis bichejos sembraron el terror: las urracas se escaparon, se emborracharon con el vino y destruyeron la mesa que había dispuesto con sumo cuidado para honrar a mis invitados; *Aleko*, mi gaviota, se dedicó por su parte a picotear las piernas de mis invitados en cuanto éstos se sentaron a la mesa. Allí estaba la pared en la que mi salamanquesa preferida, *Jerónimo*, solía pernoctar hasta que murió tras encarnizado duelo con una mantis religiosa. A unos ciento cincuenta metros de la casa se alzaba la capilla familiar, una de esas iglesias encantadoras tan comunes en los campos de Grecia, construida Dios sabe cuándo y dedicada a algún oscuro santo responsable de algún que otro milagro. Pintada por fuera de color rosa, no era más grande que una habitación repleta de sillas tapizadas para los asistentes. En su extremo, sobre el altar, una pintura de la Virgen María y el niño. Ahora aparecía en un estado deplorable y un montón de hojas muertas esparcidas por el suelo obturaba la entrada. En los viejos tiempos ese suelo estaba siempre encerado y alfombrado y las sillas bien pulidas; dos lámparas de aceite iluminaban constantemente las figuras de la Virgen y el niño, y un jarrón con flores frescas adornaba cada uno de los lados. En la actualidad todo olía a podredumbre y no había lámparas ni luz ni flores.

Recuerdo cierta ocasión en la que, al volver de noche de una de mis correrías, vi entreabiertas las puertas de la capilla. Dejando mi cazamariposas y mi zurrón en el suelo me acerqué a cerrar la entrada, pero quedé maravillado ante un espectáculo sorprendente. Era el tiempo en que abundan las luciérnagas, y cuando llegué al pórtico y miré hacia adentro, la pintura del altar aparecía iluminada de un modo casi etéreo por las dos lamparitas y por docenas y docenas de aquellos animalitos, que revoloteaban alrededor de las llamas como una multitud de estrellas fugaces. Algunas se habían posado sobre el retrato de la Virgen, decorándolo como joyas engarzadas en el lienzo. Seducido ante tanta belleza quedé un buen rato contemplando el interior de la capilla hasta que, temiendo dejar encerradas a las luciérnagas y que éstas murieran, me dediqué a capturarlas con el cazamariposas y a dejarlas en libertad una a una. A buen seguro que la Virgen del cuadro nunca disfrutó de semejante —y tan natural— decoración.

Al regresar de nuestro paseo encontramos a Jonathan; en su rostro se dibujaba una expresión de culpabilidad. Sostenía un trozo de cristal entre las manos.

—Mira —me dijo—. Sólo espiaba por la ventana cuando este trozo de cristal se desprendió sin causa aparente. Si meto la mano por el agujero podría abrir la ventana e introducirme en la villa para filmar su interior.

—No sé cuál es la condena en Grecia por allanamiento de morada, pero podrían ser varios años. Y te aseguro que las galerías griegas no son muy confortables —le contesté.

—Seguro que nadie lo notaría si volviéramos a colocar el cristal en su sitio —aventuró Lee.

—¿Y qué ocurriría si el dueño aparece y nos pilla con las manos en la masa?

—Podríamos escapar por ese puentecito de allí —me contestó Jonathan con firmeza—. Al menos podríamos rodar la secuencia de la terraza.

Tras argumentación tan convincente entramos en la villa. Dos eran las razones de peso que nos obligaron a transgredir la ley: primero, necesitábamos varios planos de Lee y míos asomados ambos a las ventanas y entrando y saliendo por la puerta; segundo, necesitábamos una toma de corriente eléctrica para filmar a esas horas de la tarde. Dicho y hecho. La operación se prolongó más de la cuenta y era de noche cuando, cargando el equipo, volvimos al Corfú Palace.

Los lagartos seguían en la bañera.

Al día siguiente disfrutamos de nuestro primer día libre, ya que Paula y Jonathan tenían que ir a la aduana a recibir las orugas. Tal afirmación merece una aclaración. Puesto que en Corfú no era todavía época de cría de larvas de mariposa —al menos de la clase que nosotros necesitábamos— tuvimos que importarlas de una granja especial de Inglaterra. Los aduaneros griegos, aunque conocían las excentricidades de los habitantes de Corfú, se sorprendieron sobremedida al abrir los paquetes y encontrarlos repletos de larvas de todo tipo que anidaban entre sus frutos y plantas favoritos. Pese a los argumentos de Paula, según la cual esas especies *también* podían encontrarse en Corfú más adelante, los agentes aduaneros se preguntaban el por qué de tantas molestias si era cierto que esas larvas *también* existían en la isla. (Las necesidades inmediatas del rodaje no parecieron causar el más mínimo efecto en ellos.) Los aduaneros acabaron apelando al orgullo nacional: ¿acaso las orugas griegas eran inferiores en algún aspecto a las orugas británicas? Durante años Grecia había destacado por el tamaño, cantidad y calidad de sus orugas. Todo el mundo debía saber que las orugas griegas eran las mejores del mundo. Por tanto, ¿qué sentido tenía importar orugas inglesas —inferiores siempre, se mire como se mire— y correr el peligro de que contagiaran a las griegas con alguna enfermedad desconocida y fatal?

La mañana transcurría veloz mientras Paula, Ann y Jonathan, sudorosos y exasperados, se veían obligados a firmar el pertinente visto bueno para cada oruga, por separado, fuera debidamente inspeccionada por el Colegio de Veterinarios, el Ministerio de Agricultura y la Sociedad Zoológica de Londres. También debieron comprometerse a indemnizar al gobierno griego en caso de que las orugas británicas causaran una sola muerte entre sus congéneres griegas. Una disposición adicional exigía, además, que se evitara por todos los medios que las orugas británicas se cruzaran con las nativas, pues ello redundaría en perjuicio de la pureza de su «helénica» sangre. Menos mal que, finalmente, nuestros tres enviados llegaron, exhaustos y victoriosos, con las cajas de las orugas bajo el brazo.

Aquella misma tarde volvimos a la villa. El pedazo de cristal volvió a desprenderse misteriosamente, las puertas se abrieron y continuamos nuestros trabajos. Como la mayoría de los animales, las orugas dejaban mucho que desear a la hora de actuar frente a las cámaras: o permanecían inmóviles como muestras disecadas o se lanzaban sobre la comida con tanta celeridad que resultaba difícil seguir las con el objetivo. Una vez acabamos con las orugas, aún nos quedaba lo más arduo: filmar los demás insectos que Lee, Ann y yo habíamos ido

recogiendo: escarabajos, cigarras y varios bichejos más, todos debidamente encerrados en botes de cristal y cajas de cerillas.

Cuando era un chiquillo no podía adquirir todos esos refinados receptáculos de uso tan corriente hoy en día, de manera que me las ingeniaba con lo que tenía más a mano. En nuestra villa no se tiraba a la basura ni una lata; las cajas de cartón eran oro molido, pero lo más valioso eran las cajas de cerillas, ligeras, fáciles de transportar y lo suficientemente pequeñas para inmovilizar al insecto cautivo de modo que no se hiriera en sus intentos de huida. En un momento dado debí tener millares, pues no perdía ocasión de hacer uso de ellas y de aumentar así mi colección. Pese a su utilidad, las cajas de cerillas no estaban exentas de problemas. Recuerdo perfectamente el día en que dejé olvidada una de ellas sobre la mesa del comedor y mi hermano mayor —nunca gran amante de los animales— la abrió para encender un cigarrillo. Cuál no sería su sorpresa cuando de ella salió un escorpión hembra que no tardó en trepar por su brazo: prefiero correr un tupido velo sobre los acontecimientos posteriores.

Durante el rodaje pude comprobar que la humilde caja de cerillas sigue siendo de gran utilidad; sólo sus ocupantes se mostraban recalcitrantes, cayendo de las flores sobre las que habían sido colocados o echando a volar en el momento menos oportuno. Tales dificultades solían acabar cuando la luz del atardecer impedía continuar el rodaje, por lo que nos veíamos obligados a recoger nuestras orugas y volver a la ciudad.

Los lagartos seguían en la bañera.

Al día siguiente el cielo amanecía tan limpio y claro como de costumbre. Nos disponíamos a dar buena cuenta del desayuno cuando apareció Jonathan de excelente humor pidiendo uno de sus «frugales» desayunos a base de cereales, café, tostadas, mermelada, salchichas, tocino, huevos fritos con patatas y macedonia de frutas. Una vez hubo acabado con todo ello se repantigó en su silla y comenzó a hablar:

—Hoy vamos a filmar la secuencia de la serpiente. Jean Pierre vendrá a echarnos una mano.

—¿Te refieres al lución? —pregunté.

—Sí, eso es, el lución.

—Debo advertirte que ese nombre suele prestarse a malentendidos. El lución es en realidad un lagarto sin patas.

—Pues se parece a una serpiente —protestó Jonathan, molesto de nuevo por la perfidia de la madre naturaleza.

—De todas formas tiene algo parecido a un conato de extremidades y si lo coges con fuerza verás que saca una especie de cola de lagarto. De ahí le viene el sobrenombre de «serpiente de cristal».

—Dios mío, sólo me faltaba eso, que ese maldito bicho saque la cola en mitad de una secuencia. ¿Por qué escogí este trabajo?

Acompañados de Jean Pierre y de nuestro reptil protagonista nos dirigimos hacia un olivar. Según Jonathan, era el más fotogénico de la isla, aunque no logro entender en qué basaba su elección, pues toda la isla está repleta de fantásticos olivares. Le informé de que el lución es un animal increíblemente rápido, de manera que el rodaje debía llevarse a cabo en un lugar en que nuestro artista invitado no pudiera ir muy lejos y se le pudiera capturar con facilidad. Jonathan me aseguró que lo había tenido en cuenta, lo que parecía cierto: a un lado del olivar se extendía una acequia seca taponada en sus dos extremos por un par de pedruscos enormes, lo que constituía el lugar idóneo para nuestros propósitos.

—Ahora —explicó Jonathan— quiero que tú y Lee empecéis a caminar y os escondáis tras ese olivo. Cuando veáis al lución lo atrapáis.

—Espera un momento —le corté—. Si empezamos a correr a una distancia de veinte metros de esta criaturita tendremos que seguir haciéndolo durante seis o siete kilómetros hasta darle alcance, si es que podemos.

—Bueno, ¿tú qué sugieres?

—Que soltéis al animal justo cuando nosotros nos abalancemos sobre él.

—¿Qué?

Me dirigí al lugar donde debía efectuarse la «captura». Unos matorrales y una pequeña oquedad constituían el escondite perfecto.

—Si alguien se agazapa aquí puede soltar el bicho justo cuando nosotros lleguemos.

—¿Quién lo hace?

—Yo —terció Jean Pierre, presto a la acción.

—Muy bien —aceptó Jonathan—. Ve hacia allá. Quiero probar.

Obediente, Jean Pierre, con la bolsa y el lución en su interior, se dirigió al lugar en cuestión y esperó instrucciones.

—Así no queda bien, hombre. Se te ve a la legua. Agáchate un poco.

Obediente, Jean Pierre se puso en cuclillas.

—Más. Agáchate un poco más. Se te ve la cabeza.

El encargado del Corfú Palace se echó cuerpo a tierra. Si sus clientes le hubieran visto en tal postura no hubieran sabido qué pensar.

—Excelente —le gritó Jonathan—. Espera a que Gerry y Lee lleguen a tu altura. En cuanto lleguen, suelta al bicho.

Como si lo hubiera ensayado, Jean Pierre, en el momento clave, soltó al lución, que se comportó también de manera ejemplar tras salir al paso y acurrucarse en un rincón: su cola no nos crearía problemas. Jean Pierre, empapado en sudor y con la cara llena de tierra, se irguió. Después de tomar unos primeros planos del bruñido cuerpo del bicho, de sus patas atrofiadas, de su elegante cabeza, de sus vivos ojillos y de su sonrisa inocente, lo dejamos en libertad y pudimos contemplar cómo se escondía entre las matas.

Tras un merecido descanso, durante el cual nos zampamos una sabrosa sandía, cargamos el equipo y volvimos al hotel, comentando con nuestro anfitrión el éxito de su primera experiencia cinematográfica.

Los lagartos aún permanecían en la bañera.

A la mañana siguiente, Jonathan nos volvía a mostrar un inmejorable estado de ánimo:

—Hoy —anunció mientras rebañaba su plato de huevos con patatas fritas— vamos a filmar en el lago ese, Scottini, se llama.

—¿Y qué vamos a filmar allí —pregunté.

—Lagartos.

—¿Lagartos? —pregunté con absoluta incredulidad.

—Sí. Todavía están en tu bañera, ¿no?

—Sí, claro. Sólo estaba pensando que nuestro cuarto de baño ya no será el mismo sin ellos. Les hemos cogido mucho cariño, ¿sabes?

—Ah, bueno. Por un momento creí que se habían escapado o algo parecido.

—No. Por desgracia.

—Muy bien. Esto es lo que vamos a hacer. Os tomaremos unos planos a ti y a Lee al borde del lago, mientras tú explicas que solías visitar ese mismo lugar cuando eras un chaval. Haremos unas tomas de las ranas y los renacuajos, y

también del mismo bicho de ayer. Entonces, tú le explicas a Lee que es muy fácil atrapar un lagarto.

—Perdona, pero... ¿Has visto alguna vez un lagarto en movimiento?

—Oh, no te preocupes. Disponemos de ocho ejemplares. Seguro que uno de ellos estará con un pie en la tumba y correrá menos que los demás.

Jonathan estaba convencido de que, tarde o temprano, podría dirigir a algún animal. Durante toda la serie, creyó en esa posibilidad, aunque los hechos no hicieran sino confirmar lo contrario.

—Ninguno de ellos está enfermo o acabado —me confesó Lee por lo bajo—. Cuando los saco de la bañera para darme una ducha corren por la habitación como rayos.

—Ya lo sé. Pero no seré yo quien acabe de destruir la poca confianza que aún guarda Jonathan en la madre naturaleza. Quién sabe, tal vez se produzca un milagro.

Así empezó el gran día de los lagartos. Los lagartos fueron expulsados de la bañera para alegría de las empleadas de la limpieza y se les otorgó un nuevo hogar en una caja de plástico. Todos nos dirigimos hacia el lugar de la filmación. Era un día excesivamente caluroso, por lo que nos alegrábamos cada vez que la carretera aparecía sombreada por los olivares. En mi juventud, aquellos campos habían sido lugares mágicos. Para los adultos que solían caminar entre las largas hileras de árboles en busca de sombra sólo eran olivos cubiertos de hojas. Pero para mí constituían un paraíso exultante de vida. Los miles de agujeros de cada tronco albergaban docenas de criaturas diferentes, tales como lechuzas, ardillas, topos y ratas de campo. En determinada época del año surgían de la tierra unas extrañas criaturas de lomo abultado y ojos saltones. Si se las observaba con atención podía verse cómo salían de su interior las cigarras, que no tardarían en cubrir los campos con su canto. En las raíces de los olivos podían encontrarse diversas variedades de ciempiés, largos como un lapicero; así como sapos de todas clases, cuya arrugada piel recordaba aquellos mapas medievales en los que los continentes aparecen inacabados. Pululaban por doquier mariposas, hormigas león, mariquitas, que depositan sus huevos en los pétalos de las flores, y escarabajos peloteros siempre atareados arrastrando sus bolas de estiércol. Alguien me comentó que no podía entender cómo me gustaban tanto los olivares, unos lugares tan sosos y poco frecuentados por los animales. En mi opinión tales campos daban cobijo a infinidad de criaturas. Además, en primavera aparecían cubiertos de flores, como si alguien hubiera derramado botes de pintura de distintos colores sobre sus troncos, oscuros y retorcidos: nada de sosos ni de aburridos.

Tras adentrarnos por una pista forestal llegamos por fin a Scottini, un lago casi circular bordeado de altos matorrales. Del centro del lago emergía una isleta cubierta de frondosos matorrales. Aquel lugar también podía parecer desértico, pero estaba plagado de vida microscópica, larvas de libélula, pececillos, sapos, ranas, serpientes y mariposas.

Cuando las cámaras se situaron en varios puntos estratégicos, comenzamos por la primera secuencia, la del lución. Nuestro experto, una vez olvidado su rango de propietario de hotel, se presentó descalzo, los pantalones remangados, chapoteando entre el barro y el agua. La «serpiente de cristal» se comportó de un modo intachable, deslizándose sobre el lodo, escondiéndose entre la hierba y nadando en el lago.

—Ahora empecemos con nuestra *pièce de résistance* —exclamó Jonathan excitado—. Los lagartos. Ahora quiero que pongáis tres de ellos justo sobre esas hierbas; y tú y Lee os acercáis para contemplar sus juegos.

—Bajarán al lago antes de que puedas decir «Jonathan Harris» —profeticé.

—Bueno, vamos a intentarlo.

Jean Pierre colocó en sus puestos los tres lagartos, mientras Lee y yo hicimos lo propio.

—Ahora, ¡acción!

Jean Pierre dejó a los lagartos a su aire y salió del encuadre. Lee y yo dimos un paso adelante. Los tres lagartos, como si estuvieran en la salida de Le Mans, desaparecieron en el lago en menos que canta un gallo.

—Maldita sea —exclamó Jonathan—. Tendremos que sujetarlos un poco más.

—Ahora sólo te quedan cinco —le advertí.

—Bueno, lo intentaremos con otros tres. Seguro que ahora resulta.

Repetimos la misma operación, pero esta vez los lagartos se comportaron de un modo muy diferente: aparentemente, no divisaban la ribera del lago, de manera que no sabían hacia dónde dirigirse. Tras dar unas cuantas vueltas en redondo se lanzaron a todo correr hacia el lugar donde estaba emplazada la cámara. Una y otra vez intentamos que corrieran hacia el lago, pero ellos se obstinaban en dirigirse tierra adentro, en un alarde de tozudez sólo comparable al de una mula. Desesperados, los colocamos en un altozano desde el cual podían divisar el lago. Esta vez no se hicieron de rogar y desaparecieron como por ensalmo.

Jonathan parecía darse por vencido.

Volvimos a intentarlo con uno de los dos que nos quedaban. Este nuevo «actor» introdujo una variación en la obra, permaneciendo inmóvil como una roca. Nuestros gestos y gritos parecían tenerle sin cuidado. De pronto, mientras discutíamos la estrategia a seguir, volvió a la vida de forma inesperada y no tardó en arrojarse al agua como una exhalación. Sólo nos quedaba un lagarto. La situación era desesperada. Jonathan no quiso correr más riesgos y filmó la captura en orden inverso. Es decir, primero filmamos a Lee con el lagarto ya dentro del cazamariposas, quitándole las hierbecitas como si lo hubiera atrapado un par de minutos antes. Después, dejamos que el animal nadara en una charca, simulando que Lee y yo le acechábamos. Montando los dos tomas en orden inverso se daba la sensación de haber atrapado realmente a la criatura. Era éste nuestro último día de filmación. No nos quedaban más animales. De manera que decidimos cargar el equipo y volver a la ciudad.

Ya no había lagartos en la bañera.

Tras tomar un baño relajante, Lee y yo pasamos la tarde dando vueltas por las estrechas callejas del barrio viejo de Corfú, visitando viejas amistades, bebiendo más retsina de la cuenta, cantando y comiendo cordero asado.

Sabíamos que al volver a Toronto nos esperaban largas, interminables semanas encerrados en cuartuchos mal ventilados, visionando una y otra vez metros y metros de película, escribiendo los comentarios y grabando las pistas de sonido. Una faena de lo más aburrida, pero absolutamente imprescindible si se quiere hacer un buen trabajo. No obstante, aún nos quedaban unos días por delante. De manera que aquella noche disfrutamos de lo lindo. Era muy tarde cuando, caminando, volvimos por la orilla hasta el hotel. La luna brillaba en todo su esplendor. Sus cráteres, al destacar sobre su superficie, le daban el aspecto de una madreperla suspendida en el aire cuya luz iluminara el mar oscuro y

aterciopelado. Dos lechuzas cuchicheaban entre siseos. El aire, templado, nos traía la esencia del mar, las flores y los árboles.